

CLEF

THE ETHICAL HACKER

NIVEL 5

E. DÍAZ-GUIJARRO ROMÁN



CLEA

The Ethical Hacker

LIBRO 0

Nivel 5

The Red Wizard
Ilustrado por Misthalas

CLEA: The Ethical Hacker
Libro 0: Nivel 5

Escrito por The Red Wizard
Ilustraciones por Misthalas

El autor quiere agradecer a las personas que acompañaron el nacimiento de esta historia en su primera versión, por su apoyo, sus ideas y por formar parte de este camino desde el principio: Cris, Javier Charro, Laura Puy Rodríguez, Miriam Rodríguez, Raquel Peinado, Pilar y Víctor Casacapitular.

Copyright © 2026 Eduardo Díaz-Guijarro Román

All rights reserved.

No part of this publication may be reproduced, distributed, or transmitted in any form or by any means without prior written permission of the author, except in the case of brief quotations used in reviews.

This is a work of fiction. Names, characters, places, and incidents are either the product of the author's imagination or used fictitiously. Any resemblance to actual persons, living or dead, events, or locales is entirely coincidental.

The Red Wizard y Misthalas son pseudónimos del autor.

CLEA

The Ethical Hacker

LIBRO 0

Nivel 5



The Red Wizard
Ilustrado por Misthalas

CAPÍTULO 1

Viernes



Los viernes por la tarde el instituto cambiaba de carácter con una rapidez casi cómica. Durante todo el día los pasillos habían estado llenos de voces, mochilas que golpeaban las taquillas y conversaciones cruzadas entre clases, pero bastaban unos pocos minutos después de la última campana para que el edificio empezara a vaciarse a un ritmo casi imposible.

En la puerta principal todavía quedaban algunos grupos de alumnos comentando planes para la noche. Unos hablaban del cine, otros de una fiesta de cumpleaños, y alguno simplemente de pasar la tarde jugando en casa de alguien. El ambiente tenía ese tono ligero que siempre aparecía cuando terminaba la semana y todo el mundo sentía que por fin podía desconectar durante un par de días.

—¿Entonces quedamos a las ocho? —preguntó Marcos mientras revisaba algo en su móvil—. La sesión empieza a las nueve y media.

—Perfecto —respondió Lara—. Así nos da tiempo a cenar algo antes. Marcos levantó la vista y miró a Clea.

—¿Te vienes?

Clea ajustó la correa de la mochila sobre el hombro y negó con una sonrisa tranquila.

—No puedo.

—¿Otra vez ocupada?

—Algo así.

No era exactamente una mentira, aunque tampoco era una explicación que pudiera dar con facilidad. Si intentaba contarles qué hacía realmente algunos viernes por la tarde... , lo más probable es que pensarán que estaba exagerando... o que se lo estaba inventando.

Mientras el grupo cruzaba la calle comentando qué película iban a ver, Clea emprendió el camino hacia casa caminando con calma. Su barrio no estaba lejos del instituto, y el trayecto le permitía desconectar un poco después de las clases. Al menos, normalmente era así.

Apenas había avanzado unos metros cuando sintió la vibración del móvil en el bolsillo de la sudadera.

Lo sacó mientras caminaba, esperando encontrar algún mensaje sin importancia.

En lugar de eso apareció una notificación del canal cifrado de BitGuard, el grupo de hackers éticos con el que Clea colaboraba cuando algo se salía de lo normal.

No era un chat para memes, deberes ni planes de fin de semana. Si BitGuard escribía allí, era porque algo merecía atención inmediata.

Clea frunció ligeramente el ceño y abrió el chat.

Había varios mensajes nuevos.

Kernel: Anomalía detectada en red satelital europea.

Lynx: Estoy viendo tráfico extraño. No coincide con malware conocido.

Ghost Vector: Confirмо. El patrón de expansión no es humano.

Patch: ¿Seguro? Eso suena mal.

Clea redujo el paso mientras leía.

El grupo estaba acostumbrado a investigar virus, intrusiones y programas peligrosos, pero el tono de la conversación tenía algo distinto. No parecía una simple operación de limpieza.

Un nuevo mensaje apareció en la pantalla.

Kernel: Clasificación provisional... Nivel 5.

Clea se detuvo en mitad de la acera.

Durante un instante se limitó a observar la pantalla del móvil, como si necesitara asegurarse de que había leído bien.

El grupo utilizaba varios niveles para clasificar incidentes digitales, desde pequeños virus hasta ataques coordinados. El Nivel 5 era el más alto.

Y casi nunca se utilizaba.

La última vez que Kernel había empleado esa clasificación, habían tenido que abandonar un sistema en menos de diez minutos.

El móvil vibró de nuevo.

Kernel: Reunión inmediata.

Kernel: Entramos en quince minutos.

Clea levantó la vista.

La calle seguía llena de gente que caminaba sin prisa, ajena por completo a lo que estaba ocurriendo. Un autobús pasó frente a ella, un niño cruzó corriendo el paso de peatones y, en la terraza de un bar, alguien se quejaba del tráfico.

Todo parecía absolutamente normal.

Pero si Kernel tenía razón, en algún lugar de la red estaba ocurriendo algo a una escala mucho mayor de lo que cualquiera de aquellas personas podía imaginar.

Clea guardó el móvil en el bolsillo y reanudó la marcha, esta vez con paso más rápido.

El cine tendría que esperar. Otra vez.

En menos de quince minutos, BitGuard iba a intentar infiltrarse en una red afectada por una alerta Nivel 5.

Y, por lo que decían los primeros análisis, aquello no se parecía a nada que hubieran visto antes.



CAPÍTULO 2

BitGuard



Clea llegó a casa en menos de cinco minutos.

Su madre todavía no había vuelto del trabajo y, por una rara combinación de horarios, tampoco estaban su padre ni sus hermanos, así que la casa estaba en silencio. Dejó la mochila en una silla del salón sin detenerse demasiado y entró directamente en su habitación, donde el ordenador ocupaba casi toda la mesa. A su alrededor había varios cables, discos externos y un pequeño router modificado que había montado ella misma meses atrás.

Encendió la pantalla y se sentó.

El chat de BitGuard seguía activo.

Kernel: Todos en línea en dos minutos.

Patch: Ya estoy.

Lynx: Conectando.

Clea abrió la aplicación de comunicación segura que utilizaban para las reuniones y esperó unos segundos mientras el sistema establecía la conexión cifrada.

Uno a uno fueron apareciendo los demás.

Primero Patch, con su cámara ligeramente torcida y el fondo lleno de aparatos y cables que siempre parecían a punto de caerse de la mesa.

Después Lynx, que saludó con un gesto rápido de la mano antes de empezar a revisar algo en otra pantalla.

Ghost Vector apareció sin cámara, como de costumbre. En su lugar se veía solo su avatar.

Kernel fue el último en conectarse.

—Bien —dijo con su tono tranquilo de siempre—. Estamos todos.

Kernel era el mayor del grupo y, aunque nadie lo había nombrado oficialmente líder, era quien normalmente organizaba las operaciones. Tenía esa

forma de hablar pausada que hacía que incluso los momentos más tensos parecieran ligeramente más manejables.

—¿Qué tenemos? —preguntó Lynx.

Kernel compartió su pantalla.

Un mapa de red apareció en la ventana común, lleno de nodos y rutas de comunicación que parpadeaban en distintos colores.

—Red satelital europea —explicó Kernel—. Hace unos treinta minutos varios nodos empezaron a enviar paquetes corruptos. Al principio parecía un fallo aislado, pero el patrón se está expandiendo.

Ghost Vector intervino desde su canal de audio.

—La propagación no coincide con ningún malware catalogado.

—Eso dijiste antes —respondió Patch—. ¿Seguro que no es simplemente un virus nuevo?

—Si fuera un virus normal —dijo Kernel—, ya habríamos identificado algún tipo de estructura.

Clea observaba el mapa en silencio. Había trabajado con BitGuard durante casi un año y sabía reconocer cuándo Kernel estaba preocupado de verdad.

—¿Quién nos avisó? —preguntó finalmente.

Kernel amplió una de las ventanas del panel. Entre las líneas de tráfico corrupto apareció una señal intermitente, débil y repetitiva, casi enterrada bajo el ruido de los nodos afectados.

—Uno de nuestros contactos detectó esto y me lo reenvió —dijo—. Es una emisión automática. Está dañada, pero se repite desde dentro de la red.

Lynx frunció el ceño.

—¿Una señal de socorro?

—Eso parece —respondió Kernel—. Pero está demasiado degradada para asegurarlo.

Patch se inclinó hacia la pantalla.

—Pues sea lo que sea, suena bastante a “tenemos un problema”.

Kernel cambió la vista del mapa. Varias rutas satelitales aparecieron rodeadas por un contorno rojo.

—El sistema ya ha activado una cuarentena automática. La red se ha aislado para impedir que la anomalía se propague a otros nodos.

—Eso es bueno, ¿no? —preguntó Clea.

Kernel tardó un segundo en responder.

—Es bueno si conseguimos recuperar el control. Si no, la cuarentena mantendrá la red cerrada. Y si la corrupción sigue avanzando dentro, podríamos perder una parte importante de la infraestructura satelital.

—¿Perder cómo? —preguntó Lynx.

—Comunicaciones degradadas, enlaces interrumpidos, navegación afectada, servicios críticos funcionando a través de rutas alternativas... Europa no quedaría a oscuras, pero sí mucho más incomunicada de lo que nadie querría admitir.

El silencio que siguió pesó más que cualquier alarma.

Clea miró la señal, débil y solitaria, parpadeando en mitad del mapa.

—Entonces entramos para averiguar qué está pasando.

Kernel no respondió de inmediato.

Y eso, en él, nunca era buena señal.

BitGuard no era una organización oficial. No tenía sede, ni jerarquías ni patrocinadores visibles. Era simplemente un grupo de jóvenes hackers éticos repartidos por distintos países que se habían conocido en foros especializados y que, con el tiempo, habían terminado colaborando en investigaciones reales.

A veces recibían avisos de investigadores de seguridad que preferían mantenerse en segundo plano. Otras, de administradores que no querían llamar todavía a las autoridades sin estar seguros de lo que ocurría.

BitGuard no siempre resolvía los problemas.

Pero en más de una ocasión había conseguido detectar amenazas antes de que se extendieran.

Kernel amplió la imagen.

En el centro del mapa apareció un nodo mucho más grande que los demás, conectado a varias rutas satelitales marcadas en rojo.

—El origen parece estar aquí.

Clea se inclinó un poco hacia la pantalla.

—Eso no es un nodo cualquiera.

—No —confirmó Kernel—. Es el centro de control de la cuarentena.

Durante unos segundos nadie dijo nada.

Finalmente Patch rompió el silencio.

—Vale... ahora entiendo lo de Nivel 5.

Lynx sonrió ligeramente.

—¿Desde cuándo buscamos que sea divertido?

Kernel cerró parte del mapa y miró a la cámara.

—No sabemos exactamente qué está pasando dentro del sistema. Pero si el patrón sigue expandiéndose al ritmo actual, podríamos perder el control de una parte importante de la red satelital en menos de una hora.

—¿Quieres que entremos? —preguntó Clea.

Kernel asintió.

—Necesitamos ver qué ocurre desde dentro. Entramos, analizamos y salimos.

Clea se levantó de la silla y abrió el cajón de su escritorio.

Dentro estaban el casco de realidad virtual y el guante háptico que utilizaba para interactuar con entornos digitales complejos. No era el equipo más avanzado que existía —en el laboratorio donde trabajaba su madre había sistemas mucho más sofisticados—, pero era suficiente para una operación como aquella.

Mientras se colocaba el casco, escuchó a Patch por los auriculares.

—Recordad que si esto es realmente una alerta Nivel 5, las defensas del sistema no van a ser precisamente amables.

—Lo sabemos —respondió Lynx.

Kernel miró la pantalla una última vez.

—Sin movimientos innecesarios. No tocamos nada que no entendamos.

En el visor de Clea apareció la interfaz de conexión.

Una cuenta atrás comenzó a formarse frente a sus ojos.

5

4

3

Clea cerró la mano dentro del guante háptico.

Siempre había un momento justo antes de entrar en un sistema complejo en el que todo parecía detenerse durante un segundo.

2

En ese instante aún no sabía que aquella misión iba a cambiar muchas cosas.

1

La conexión se abrió.

Y el mundo digital apareció a su alrededor.

CAPÍTULO 3

La muralla



Durante una fracción de segundo, todo fue oscuridad.

Después, el sistema terminó de cargar.

El entorno digital apareció alrededor de Clea con la claridad característica de los espacios de realidad virtual bien renderizados. No era un lugar físico en sentido estricto, pero su mente lo interpretaba como si lo fuera, transformando flujos de datos y estructuras de red en algo que podía recorrer, tocar y comprender.

Clea bajó la vista hacia su propio avatar.

La sudadera y los vaqueros habían desaparecido, sustituidos por una figura más ligera, oscura y precisa. Llevaba un traje negro ajustado, atravesado por finas líneas verdes que respondían al pulso de su conexión. Sobre los hombros caía una capa translúcida, casi líquida, que se abría a su alrededor como un velo de datos. La capucha proyectaba una sombra suave sobre su rostro, aunque sus ojos brillaban con un verde intenso. En su mano izquierda flotaba un aro de luz incompleto, abierto como una C.

Su forma en el Reino Digital.

Clea respiró hondo.

Ante ella se extendía una enorme estructura luminosa suspendida en la oscuridad del ciberespacio. La red satelital se representaba como una ciudad flotante formada por torres de datos, pasarelas de conexión y canales por los que circulaban ríos constantes de información. Millones de paquetes digitales atravesaban aquel espacio cada segundo, moviéndose como corrientes de luz entre nodos que brillaban con intensidad variable.

Por encima de todo se alzaba una barrera gigantesca: el firewall principal.

Desde la distancia parecía una muralla translúcida que rodeaba el sistema completo. Capas de seguridad superpuestas formaban una superficie

cambiante en la que símbolos de verificación y protocolos de autenticación aparecían y desaparecían sin descanso.

Clea dio un paso adelante sobre la plataforma virtual en la que habían aparecido.

Uno a uno, los demás miembros de BitGuard comenzaron a materializarse cerca de ella.

Lynx fue la primera. Su avatar se ensambló en un destello de datos dorados. Primero aparecieron sus ojos, atentos y felinos; luego las orejas, las garras y una cola de energía que serpenteó en el aire como una pregunta impaciente. Su figura quedó suspendida un instante, ligera, casi salvaje, antes de caer en cuclillas con una sonrisa curiosa, preparada para correr, trepar o atacar en cualquier dirección.

—Vaya... —murmuró—. Esto sí que es grande.

Patch apareció con una voltereta imposible, como si la gravedad del Reino Digital no terminara de ponerse de acuerdo con él. Su chaqueta negra estaba cubierta de remiendos luminosos: pequeños fragmentos de código cosidos sobre la tela, cada uno latiendo con un color distinto. No llevaba espada, ni arco, ni varita. Solo sus manos, sus pies y una sonrisa capaz de convertir cualquier fallo del sistema en una oportunidad.

—Recordadme que no vuelva a quejarme de los firewalls de las universidades —dijo—. Esto es otra liga.

A unos metros de distancia tomó forma el avatar de Kernel. Una capa roja le caía sobre los hombros y la capucha proyectaba una sombra sobre su rostro, apenas iluminado por el resplandor de los símbolos de programación que orbitaban a su alrededor. El código giraba en círculos lentos, como runas vivas, formando barreras, fórmulas y órdenes que solo él parecía comprender.

Ghost Vector apareció el último, como si el Reino Digital dudara antes de dejarlo entrar. Primero surgió una línea azul, después una hoja, y finalmente una figura de samurái espectral envuelta en armadura de datos. Su cuerpo parecía hecho de niebla luminosa y señal congelada, coronado por cuernos afilados que rasgaban el aire a su alrededor. No caminó hacia ellos: se deslizó en silencio, con la espada brillando entre la realidad y el código.

Durante unos segundos, todos observaron la muralla de seguridad.

—Confirmado —dijo Kernel finalmente—. La alerta Nivel 5 no era exagerada.

Lynx caminó unos pasos hacia el borde de la plataforma y examinó la barrera.

—Las capas externas son automáticas —comentó—. Pero hay algo más detrás.

—¿Algo más? —preguntó Patch.

—No lo sé todavía.

Clea también lo había notado. Normalmente, los sistemas de seguridad se comportaban de forma predecible. Podían ser complejos, pero seguían patrones claros. Aquella muralla, sin embargo, presentaba pequeñas variaciones en su comportamiento, como si algo dentro estuviera modificando ligeramente las respuestas del sistema.

Ghost Vector habló desde su posición.

—Estoy detectando paquetes de datos que no siguen ninguna ruta conocida.

Kernel levantó la mano e hizo aparecer una interfaz flotante frente a él.

—Entonces vamos a entrar y averiguar qué está pasando.

Con un gesto desplegó una serie de herramientas de infiltración que comenzaron a analizar las capas externas del firewall. Durante unos segundos, la muralla permaneció inalterable. Después, una pequeña abertura empezó a formarse lentamente en uno de los segmentos de la barrera.

Lynx sonrió.

—Ahí está nuestra puerta.

Kernel miró a todos.

—Entramos rápido. Observamos. Y salimos antes de que el sistema reaccione.

Clea asintió.

Los cinco avanzaron hacia la brecha. Durante un instante, la superficie del firewall brilló con más intensidad mientras atravesaban las capas de seguridad.

Al otro lado, algo se movió.

No fue una alarma. Tampoco una defensa automática.

Fue más bien una reacción.

Como si algo dentro de la red acabara de notar su presencia.

Y estuviera observando.



CAPÍTULO 4

Ecos en la red



Al otro lado del firewall, el sistema parecía todavía más grande.

Las torres de datos se alzaban ahora mucho más cerca, conectadas entre sí por puentes de transmisión por los que circulaban corrientes constantes de información. A lo lejos podían verse nodos satelitales suspendidos como constelaciones artificiales, cada uno enviando y recibiendo paquetes de datos que atravesaban el espacio digital en trayectorias perfectamente calculadas.

Durante unos segundos, el grupo avanzó sin encontrar resistencia.

Kernel abrió varias interfaces de análisis, que comenzaron a desplegarse a su alrededor como paneles transparentes llenos de símbolos y diagramas.

—Las capas externas no han detectado la intrusión —dijo—. Tenemos unos minutos antes de que el sistema revise los registros y nos localice.

Lynx se adelantó unos pasos, moviéndose con la agilidad natural de su avatar felino.

—Voy a echar un vistazo más cerca.

Saltó hacia una de las plataformas de conexión cercanas y se inclinó sobre un canal de datos que atravesaba el sistema como un río de luz.

—El tráfico es normal... —murmuró.

Se detuvo un instante.

—Bueno. Casi normal.

Clea se acercó.

—¿Qué quieres decir con casi?

Lynx señaló una de las corrientes de información.

—Mira esto.

Entre los paquetes de datos que cruzaban el canal aparecían pequeños fragmentos oscuros que se movían en dirección contraria al flujo princi-

pal. No seguían ninguna ruta lógica y, en lugar de integrarse en los nodos cercanos, parecían atravesarlos dejando tras de sí pequeñas distorsiones.

Ghost Vector habló desde detrás de ellos.

—Confirmo anomalía.

Hizo aparecer un diagrama flotante que mostraba varias trayectorias irregulares atravesando la red.

—No siguen ningún protocolo conocido.

Patch se acercó también, inclinándose sobre el panel de datos.

—¿Es malware?

Kernel tardó unos segundos en responder.

—Si lo es, está usando una estructura que no hemos visto antes.

Mientras hablaban, uno de los fragmentos oscuros se separó del flujo principal. Durante un instante permaneció suspendido en el aire digital, como si estuviera analizando el entorno. Luego comenzó a cambiar.

El fragmento se estiró, se dividió en varios segmentos y adoptó una forma irregular que recordaba vagamente a una criatura hecha de código corrupto.

Clea dio un paso atrás.

—Eso no es un paquete de datos.

—No —respondió Lynx en voz baja—. Eso definitivamente no es un paquete.

La criatura digital se movió con un espasmo brusco y emitió un pulso distorsionado que atravesó la red cercana. Durante un segundo, el canal de datos parpadeó. Casi de inmediato comenzaron a aparecer más fragmentos.

Docenas de ellos empezaron a desprenderse de los flujos principales, deformándose lentamente mientras adquirían formas cada vez más definidas.

Ghost Vector abrió una nueva interfaz de análisis.

—La red está generando instancias.

Kernel negó con la cabeza.

—No. No las está generando.

Señaló una zona más profunda del sistema.

—Alguien las está despertando.

Los fragmentos oscuros terminaron de transformarse en entidades digitales compuestas por código corrupto que se reorganizaba constantemente sobre sí mismo. Algunas se movían de forma errática, mientras que otras permanecían quietas, como si estuvieran observando al grupo desde la distancia.

Patch retrocedió un paso.

—Vale. Esto ya empieza a parecer una mala idea.

Clea notó entonces algo que le resultó aún más inquietante.

Las criaturas no atacaban.

Se limitaban a permanecer allí, rodeándolos lentamente mientras ocupaban cada vez más espacio en el entorno digital. Aquella actitud tenía algo extraño, como si las entidades no actuaran por iniciativa propia, sino que esperaran una orden que todavía no había llegado.

Lynx levantó la vista hacia las torres de datos del centro del sistema.

—Creo que estamos mirando en la dirección equivocada.

Kernel siguió su mirada.

Muy por encima de ellos, entre las estructuras más altas de la red satelital, una región entera del sistema parecía estar cambiando.

Los flujos de datos que atravesaban aquella zona comenzaban a desviarse, mientras las rutas de transmisión se reconfiguraban lentamente. Algunos nodos se abrían y cerraban como si obedecieran a una lógica distinta de la que gobernaba el resto de la red.

Durante unos segundos, el tráfico completo del sistema pareció reorganizarse, como si algo hubiera tomado el control de una parte de la infraestructura.

Ghost Vector habló con un tono inusualmente tenso.

—Detecto actividad centralizada.

—¿Dónde? —preguntó Patch.

Ghost Vector señaló la zona elevada del sistema.

—Allí.

Clea siguió la dirección que indicaba.

En el centro de aquella región se alzaba una estructura mucho más grande que las demás: una torre gigantesca formada por capas de datos que giraban lentamente alrededor de un núcleo luminoso.

Era la Torre de Control del sistema.

Kernel palideció bajo el resplandor rojizo de sus propios símbolos.

—Ahora lo entiendo.

—¿Qué entiendes? —preguntó Clea.

Kernel amplió uno de los diagramas. Las criaturas aparecieron marcadas en rojo, conectadas por líneas invisibles a diferentes puntos de la red.

—No son malware normal. Son protocolos de defensa de la cuarentena.

Patch abrió mucho los ojos.

—¿Defensas? ¿Eso son defensas?

—Lo eran —respondió Kernel—. Barreras activas. Centinelas de contención. Rutinas diseñadas para aislar intrusiones y expulsarlas del sistema. Pero alguien las ha corrompido y las está usando como armas.

Lynx enseñó los dientes.

—Pues alguien les ha cambiado la idea de “proteger”.

Las líneas rojas del diagrama se tensaron de golpe.

Ghost Vector alzó la katana.

—Orden recibida.

—¿Qué orden? —preguntó Clea.

La primera criatura se lanzó contra ellos.

No corrió. Se descompuso en una ráfaga de datos negros y reapareció a pocos metros de Clea, abriendo una boca imposible formada por símbolos rotos.

Clea levantó la mano por instinto. Un disco de luz verde apareció delante de ella justo antes de que la criatura impactara. El golpe hizo temblar el suelo digital bajo sus pies.

—¡Ahora sí atacan! —gritó Lynx.

Las demás entidades se activaron al mismo tiempo.

El aire se llenó de chillidos electrónicos, pulsos corruptos y fragmentos de código que caían como ceniza oscura. Decenas de criaturas avanzaron desde todas direcciones, trepando por los puentes de transmisión, saltando entre plataformas y deslizándose por los canales de datos como sombras con garras.

Ghost Vector se movió primero.

Su katana azul trazó un arco limpio en el aire y partió en dos a la criatura que había atacado a Clea. Durante un instante, la entidad se abrió como una grieta de datos, pero sus fragmentos comenzaron a recomponerse casi de inmediato.

—No se destruyen —advirtió.

Kernel extendió ambas manos y varios sellos de código rojo aparecieron a su alrededor.

—Porque no son enemigos externos. Son parte del sistema. Mientras la Torre de Control siga enviando órdenes, se regenerarán.

—Entonces tenemos que movernos —dijo Lynx.

Saltó sobre una criatura y clavó sus garras luminosas en una de sus extremidades. La entidad se retorció y trató de atraparla, pero Lynx giró en el aire y cayó junto a Clea.

—¡Hay demasiadas!

Un nuevo grupo de criaturas descendió desde uno de los puentes superiores. El impacto hizo crujir la plataforma bajo sus pies.

Patch miró a su alrededor. Su chaqueta de parches digitales empezó a brillar con pequeños destellos verdes, amarillos y azules.

—Necesitamos una salida.

—La abriré —dijo Ghost Vector.

—Y yo os cubro.

Kernel giró hacia él.

—Patch, no.

Patch sonrió, aunque sus ojos no dejaron de vigilar a las criaturas.

—Tranquilo. Solo voy a poner un parche.

Antes de que nadie pudiera detenerlo, Patch golpeó el suelo con ambas manos.

Los parches luminosos de su chaqueta se desprendieron como fragmentos vivos y salieron disparados en todas direcciones. Cada uno se pegó al aire, al suelo o a las líneas de datos cercanas, formando puntos de anclaje alrededor del grupo.

Después, Patch giró sobre sí mismo con un movimiento rápido, casi como una danza. Sus manos trazaron círculos de luz, sus pies marcaron un ritmo imposible sobre la plataforma y los puntos de anclaje se conectaron entre sí.

Un escudo semiesférico se levantó alrededor de ellos.

Las criaturas chocaron contra la barrera con una violencia brutal.

El primer impacto hizo que Patch apretara los dientes.

El segundo lo obligó a hincar una rodilla.

El tercero llenó el escudo de grietas luminosas.

—¡Ghost! —gritó Patch—. ¡Cuando quieras!

Ghost Vector no respondió.

Se lanzó hacia el frente con la katana extendida. Su figura azulada se volvió casi transparente mientras atravesaba el borde del escudo, como si durante un segundo dejara de pertenecer al mismo plano que los demás.

Una criatura intentó interceptarlo.

La hoja de Ghost Vector descendió en silencio.

El corte no partió solo a la entidad. Partió también el espacio que había detrás.

Una línea azul apareció entre las criaturas, fina al principio, después más ancha, como una herida abierta en la red. Ghost Vector avanzó golpe tras

golpe, cortando código corrupto, enlaces de control y fragmentos de protocolo hasta abrir un pasillo inestable entre la masa de defensas infectadas.

—Salida localizada —dijo—. Ruta parcial hacia la Torre de Control.

—¿Parcial? —preguntó Lynx.

—Suficiente.

Kernel miró a Clea.

—Tenemos que cruzar ya.

Clea volvió la vista hacia Patch.

El escudo estaba cada vez más dañado. Las criaturas se estrellaban contra él una y otra vez, amontonándose sobre la barrera como una oleada oscura. Cada impacto hacía que el avatar de Patch parpadeara, perdiendo nitidez por los bordes.

—Patch, vámonos —dijo Clea.

—Todavía no.

—¡Sí, ahora!

Patch levantó la mirada. A pesar del esfuerzo, seguía sonriendo.

—Si bajo el escudo, os alcanzan antes de cruzar.

Kernel dio un paso hacia él, pero una criatura impactó contra la barrera justo delante de su rostro. El escudo se hundió unos centímetros y Patch soltó un grito ahogado.

—Patch, estás absorbiendo demasiada carga —advirtió Kernel—. Ese escudo está usando tu propia conexión como ancla.

—Lo sé.

—¡Entonces suéltalo!

—Todavía no.

Lynx se quedó inmóvil un instante.

—Patch...

—Corre, gata.

Lynx abrió la boca para responder, pero no dijo nada.

Ghost Vector apareció al final del pasillo abierto, con la katana alzada.

—La ruta no aguantará.

Clea sintió que todo ocurría demasiado rápido: las criaturas golpeando el escudo, Kernel intentando estabilizar la conexión, Lynx mirando a Patch como si quisiera arrastrarlo a la fuerza, Ghost Vector manteniendo abierta la única salida.

Y Patch, en el centro de la barrera, sosteniéndola con todo su avatar convertido en luz temblorosa.

—Clea —dijo Kernel—. Tenemos que irnos.

—No podemos dejarlo.

Patch giró apenas la cabeza hacia ella.

—No me dejáis. Os estoy cubriendo.

Una nueva oleada chocó contra el escudo.

Esta vez, las grietas se extendieron hasta los pies de Patch. Su silueta se distorsionó, como una imagen con mala señal.

—¡Ahora! —gritó.

Kernel agarró a Clea del brazo.

—¡Muévete!

Clea corrió.

Atravesaron el pasillo abierto por Ghost Vector mientras las criaturas intentaban cerrarse sobre ellos. Lynx avanzaba a saltos, desviando ataques con sus garras. Kernel lanzaba sellos de código que bloqueaban durante unos segundos las rutas laterales. Ghost Vector caminaba hacia atrás, cortando cualquier entidad que trataba de cruzar su línea de defensa.

Clea miró por encima del hombro.

Patch seguía allí.

El escudo era ya una cúpula rota, atravesada por cientos de grietas. Las criaturas se arremolinaban sobre ella, golpeando sin descanso, como si toda la red corrupta hubiera decidido concentrarse en un único punto.

—¡Patch! —gritó Clea.

Él levantó una mano.

Durante un instante, su avatar volvió a verse claro. La chaqueta de parches brilló con fuerza, sus ojos reflejaron la luz del sistema y su sonrisa apareció limpia entre el caos.

Después, el escudo colapsó.

No hubo explosión.

Solo un destello blanco.

Patch se fragmentó en miles de partículas de luz que se dispersaron por el aire digital, arrastradas por la sobrecarga como chispas apagándose en una tormenta de datos.

Clea se detuvo en seco.

—¡No!

Kernel tiró de ella antes de que pudiera volver atrás.

—¡Sigue corriendo!

—¡Patch!

—¡No está muerto! —gritó Kernel, obligándola a avanzar—. ¡Lo han expulsado de la conexión!

Clea apenas podía oírlo por encima del rugido de las criaturas.

—¿Qué?

Kernel lanzó un sello rojo contra una compuerta de datos. La estructura se cerró detrás de ellos, bloqueando durante unos segundos a la oleada.

—Su avatar ha sido disipado. La sobrecarga ha cortado su enlace con el sistema. Está fuera.

—¿Fuera?

—Desconectado —dijo Kernel, respirando con dificultad—. Fuera de juego. Pero no muerto.

Lynx apareció junto a ellos, con el pelaje digital erizado y los ojos clavados en la compuerta cerrada.

—Eso no hace que me guste más.

Nadie respondió.

Al otro lado, las criaturas golpeaban la barrera con una insistencia salvaje. Cada impacto deformaba la superficie de la compuerta y enviaba ondas oscuras por los puentes cercanos.

Ghost Vector observó el camino que se abría ante ellos.

—No tenemos mucho tiempo.

Clea apretó los puños.

Quería volver. Quería buscar los fragmentos de Patch entre aquella tormenta de datos. Quería creer que bastaba con extender la mano y recomponerlo, igual que él había intentado recomponer el sistema.

Pero la Torre de Control seguía alzándose al fondo, más grande y más amenazadora que antes, y ahora Clea lo entendía.

Las criaturas no eran simples monstruos digitales. Eran defensas de la cuarentena: medidas de seguridad creadas para proteger el sistema, ahora corrompidas y convertidas en armas por alguien que sabía exactamente cómo utilizarlas.

Alguien había tomado el control.

Alguien había visto su llegada.

Y alguien acababa de apartar a Patch del tablero.

Clea respiró hondo, aunque allí el aire no existiera de verdad.

—Entonces vamos a la Torre.

Kernel la miró.

—Clea...

Ella no apartó los ojos de la estructura central.

—Si alguien está usando las defensas de la cuarentena contra nosotros, quiero saber quién es.

Ghost Vector inclinó apenas la cabeza.

—Ruta abierta.

Lynx flexionó las garras.

—Pues no le hagamos esperar.

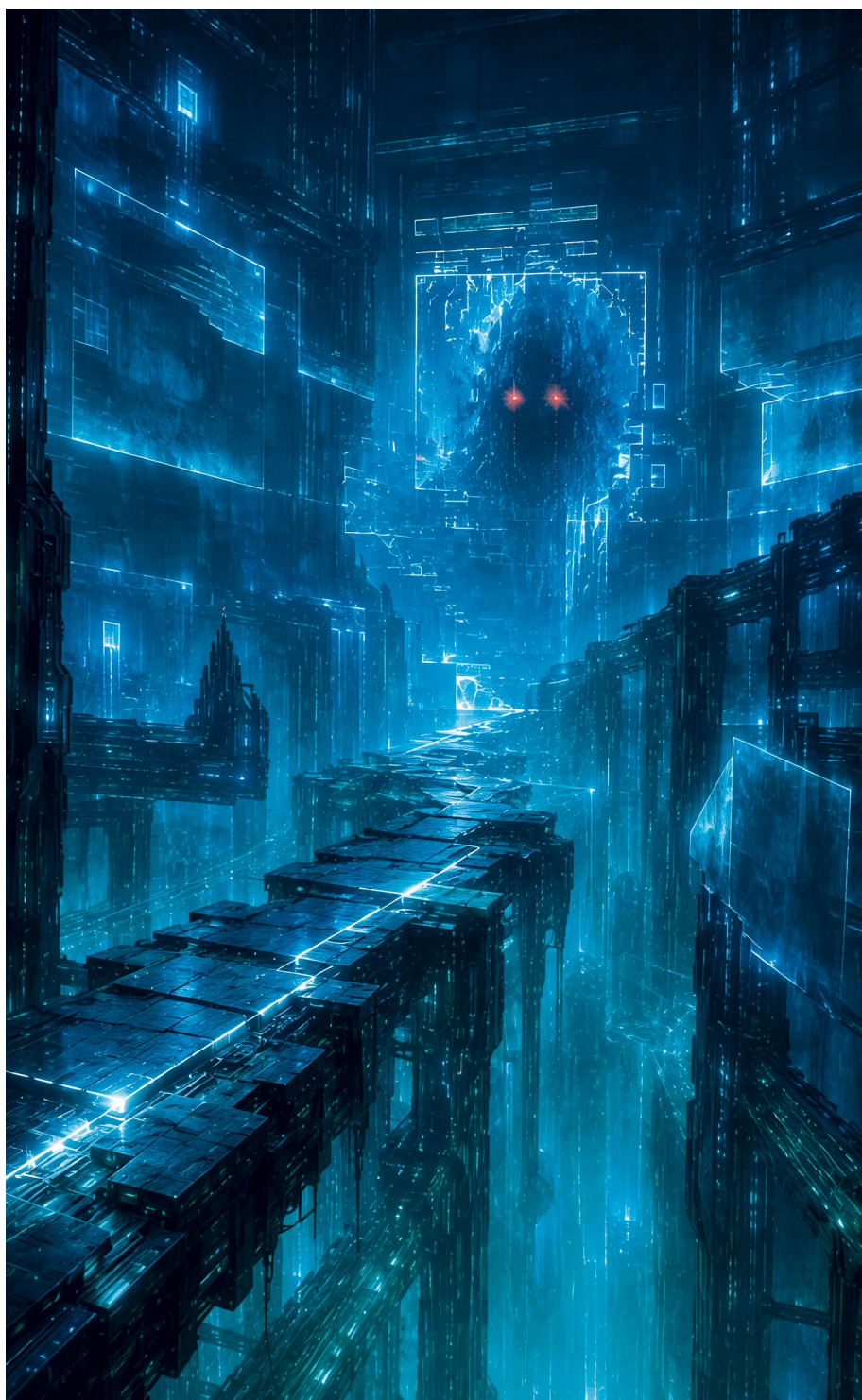
Detrás de ellos, la compuerta volvió a temblar. Esta vez apareció una grieta.

Clea echó a correr hacia la Torre de Control, y mientras lo hacía no pudo evitar pensar que, desde el mismo momento en que habían cruzado el firewall, alguien había estado observando cada uno de sus movimientos.

No para expulsarlos.

No para detenerlos.

Sino para probar hasta dónde eran capaces de llegar antes de romperse.



CAPÍTULO 5

La señal de emergencia



Durante unos segundos, ninguno de ellos habló.

El camino abierto por Ghost Vector temblaba a sus espaldas como una herida azul en mitad del sistema. A ambos lados, los flujos de datos se retorcían, desviándose de sus trayectorias originales para alimentar la reconfiguración que nacía en la Torre de Control.

Clea seguía corriendo, pero una parte de ella se había quedado atrás.

En el punto exacto donde Patch había levantado el escudo.

En el destello blanco.

En aquella sonrisa que había aparecido un instante antes de desaparecer entre miles de partículas de luz.

—Patch... —murmuró.

Kernel, que avanzaba a su lado, no apartó la vista del frente.

—Está fuera de la conexión.

—Eso ya lo has dicho.

—Porque es importante que lo entiendas.

Clea apretó los dientes.

—Lo he visto disiparse.

—Has visto su avatar colapsar —corrigió Kernel—. No a Patch.

Lynx, unos metros por delante, saltó sobre una grieta de datos y cayó en cuclillas al otro lado. Su cola de energía se movía con sacudidas rápidas, nerviosas.

—Pues su avatar parecía bastante Patch cuando se ha hecho pedazos.

Kernel abrió una interfaz de diagnóstico mientras corría. Varios símbolos rojos giraron a su alrededor, intentando rastrear una señal que ya no respondía.

—Su enlace recibió demasiada carga. El sistema cortó la conexión para evitar daños mayores. Es como si lo hubieran expulsado a la fuerza.

—¿Y eso es bueno? —preguntó Clea.

Kernel tardó demasiado en responder.

—Es mejor que la alternativa.

Clea no supo si aquello debía tranquilizarla.

Ghost Vector cerraba la marcha, caminando hacia atrás con la katana alzada. Cada vez que una sombra corrupta intentaba atravesar el camino, su hoja azul descendía en silencio y cortaba el enlace que la mantenía unida al resto de la red. No destruía a las criaturas. Las desincronizaba durante unos segundos, hasta que volvían a recomponerse más lejos, arrastradas otra vez por la orden que llegaba desde la Torre.

—Siguen regenerándose —dijo Ghost Vector.

—Porque siguen conectadas al núcleo —respondió Kernel—. Esta es una alerta Nivel 5 precisamente por eso: mientras alguien controle la Torre de Control, puede usar las defensas de la cuarentena contra nosotros.

—Entonces tenemos que llegar allí —dijo Clea.

Su propia voz sonó más dura de lo que esperaba.

Lynx la miró por encima del hombro.

—Llegaremos. Pero no corriendo a ciegas.

El pasillo que Ghost Vector había abierto comenzó a estrecharse. La línea azul perdió intensidad y los bordes del corte se cerraron poco a poco, como si el sistema estuviera cicatrizando la herida.

—La ruta se está reparando —advirtió Ghost Vector.

Kernel levantó ambas manos. Varios sellos de código rojo se desplegaron delante del grupo y se clavaron en el aire, ralentizando el cierre.

—Puedo mantenerla unos segundos.

—Eso aquí significa “corred más” —dijo Lynx.

No tuvieron que discutirlo.

El grupo aceleró.

Atravesaron una plataforma de transmisión suspendida entre dos torres de datos. Bajo sus pies, miles de paquetes circulaban como ríos luminosos. Algunos seguían rutas limpias; otros llevaban manchas oscuras adheridas a su estructura, como si la corrupción se estuviera filtrando por dentro del sistema.

Clea miró hacia abajo un instante.

Allí también había criaturas.

No formadas del todo. Solo ojos, garras, mandíbulas incompletas y cuerpos que intentaban nacer desde el interior de los flujos de datos.

—Esto se está extendiendo —dijo.

Kernel asintió.

—La corrupción ya no solo afecta a las defensas. Está entrando en las rutas de transmisión.

—¿Puede alcanzar el mundo real? —preguntó Lynx.

La pregunta quedó suspendida entre ellos.

Kernel no respondió enseguida.

Eso fue respuesta suficiente.

—La cuarentena sigue activa —dijo al fin—. Eso impide que la corrupción salga libremente de la red satelital. Pero si controla la infraestructura interna, puede hacer mucho daño desde dentro: manipular datos, bloquear accesos, alterar registros, interceptar comunicaciones...

—O espiar —añadió Clea.

Kernel la miró.

—Sí. O espiar.

Lynx bajó las orejas.

—Vale. Eso ya es bastante malo.

—Y no es lo peor —dijo Kernel—. Si consiguiera romper la cuarentena, o si encontrara una conexión externa activa dentro del sistema, podría usarla como vía de salida.

Lynx miró alrededor.

—Como... ¿nosotros?

Kernel no respondió de inmediato.

Esta vez, Clea deseó que lo hubiera hecho.

Un sonido agudo cortó el aire digital. No era el chillido de las criaturas ni el crujido de los datos corruptos, sino una secuencia de tonos breves, ordenados, que se repetían a intervalos exactos.

Ghost Vector se detuvo.

—Señal entrante.

Lynx agachó las orejas.

—¿Otra orden de ataque?

—No —respondió Ghost Vector—. Es una emisión residual.

Kernel abrió un panel de análisis. La señal apareció como una línea quebrada, débil y repetitiva, escondida entre el ruido del sistema.

—No es una transmisión activa —dijo—. Es un mensaje antiguo.

—¿De Patch? —preguntó Clea de inmediato.

Kernel examinó el patrón.

—No. No es suyo.

La señal volvió a sonar. Esta vez, entre los tonos, apareció una voz deformada por la interferencia.

—...amenaza nivel cinco... acceso... no autorizado...

Lynx se incorporó lentamente.

—Eso no suena a defensa automática.

La voz regresó, partida en trozos.

—...control... comprometido... repetir... control comprometido...

Ghost Vector alzó la katana hacia la Torre.

—Procede del interior.

Kernel hizo zoom sobre la señal. El panel mostró códigos de alerta, registros dañados, permisos modificados y una marca de origen parcialmente borrada.

—Es una señal de emergencia —dijo—. Alguien dentro del sistema intentó avisar de que la Torre había sido comprometida.

Clea sintió que la tensión del grupo cambiaba. Hasta ese momento, la amenaza había sido abstracta: criaturas corruptas, defensas manipuladas, una torre tomada por algo desconocido. Pero aquella voz le daba otra forma.

Alguien había estado allí antes.

Alguien había pedido ayuda.

Y quizá nadie había llegado a tiempo.

—¿Podemos rastrearla? —preguntó Clea.

Kernel negó con la cabeza.

—No del todo. Solo quedan repeticiones atrapadas en la red.

—Como un eco —dijo Lynx.

—Exacto. Un eco de sistema. Una grabación dañada que sigue repitiéndose porque nunca llegó a completarse.

Clea miró hacia la Torre.

—¿Y si alguien más la ha oído?

Kernel no contestó al principio.

—Es posible.

—¿Alguien como nosotros?

—O alguien capaz de detectar llamadas de emergencia en canales que ya nadie vigila.

La señal volvió a sonar, débil y solitaria.

—...si alguien recibe este mensaje... no accedan a la Torre...

Lynx tragó saliva.

—Eso habría estado bien saberlo antes.

Kernel giró hacia una ruta lateral apenas visible entre dos corrientes de datos. No aparecía en ninguno de sus mapas, pero la señal parecía filtrarse desde allí, como una luz escondida bajo una puerta.

Ghost Vector se acercó primero. La hoja azul de su katana iluminó un puente estrecho, formado por paquetes antiguos, restos de código olvidado y líneas de transmisión apartadas del flujo principal.

—Ruta oculta.

Kernel frunció el ceño.

—No exactamente.

—¿Cómo que no exactamente? —preguntó Lynx.

Kernel amplió el análisis sobre el puente. Entre los restos de código viejo aparecían pequeñas líneas blancas, finas y limpias, como suturas recién trazadas sobre una herida digital.

—Hace un momento esto estaba cerrado —dijo—. Alguien ha reabierto la ruta.

Clea se acercó al borde del puente. La estructura seguía pareciendo inestable, pero no estaba corrompida como el resto. Allí donde la corrupción había intentado avanzar, el código había sido corregido con una precisión extraña, casi quirúrgica.

—Eso no parece obra de la Torre —dijo.

—No lo es —respondió Kernel—. Tampoco coincide con nuestras firmas.

Ghost Vector observó las líneas blancas.

—Intervención externa.

Lynx bajó las orejas.

—Genial. Porque justo lo que necesitábamos era otro misterio.

Clea no apartó la vista del rastro blanco. No sabía quién lo había dejado ni por qué, pero aquella luz limpia avanzaba en dirección a la Torre sin atravesar la zona donde las criaturas corruptas se acumulaban.

—Puede llevarnos alrededor de las defensas —dijo.

—O directamente al centro de ellas —respondió Kernel.

Lynx se acuclilló y rozó el suelo con una garra luminosa.

—Hay tráfico viejo. Registros de mantenimiento, accesos técnicos, rutas de emergencia. No es una vía principal.

Kernel revisó sus paneles.

—Eso explicaría por qué las defensas corruptas no la están usando todavía.

—Entonces es nuestra mejor opción —dijo Clea.
Kernel la miró.
—Clea...
—No podemos volver atrás. Y el camino directo está lleno de criaturas que se regeneran.
Ghost Vector inclinó apenas la cabeza.
—Coincido.
Lynx sonrió.
—Dos contra uno.
Kernel soltó un suspiro.
—No era una votación.
—Ahora sí —dijo Lynx.
Clea habría sonreído en otro momento.
Pero no pudo.
El recuerdo de Patch seguía demasiado cerca.
Kernel lo notó. Su expresión se suavizó apenas.
—Clea. Patch sabía lo que hacía.
—Eso no lo hace más fácil.
—No. Pero lo convierte en una decisión. No en una pérdida sin sentido.
Clea miró hacia la Torre.
—¿Tú lo habrías hecho?
Kernel cerró un instante los ojos.
—Sí.
La respuesta fue tan sencilla que Clea no supo qué decir.
—Y por eso —añadió él— no puedes desperdiciarlo quedándote atrapada en ese momento.
Lynx bajó la mirada, por una vez sin bromear.
—Patch odiaría eso.
Ghost Vector habló desde el puente, con su voz tranquila y casi metálica.
—Patch abrió una ventana táctica. Debemos usarla.
Lynx le lanzó una mirada.
—Tienes una forma preciosa de decir cosas horribles.
—Gracias.
—No era un cumplido.
—Registrado.
Clea respiró hondo. Allí, en mitad del Reino Digital, respirar era solo una costumbre del cuerpo real, pero el gesto la ayudó a ordenar el miedo, la rabia y la culpa en algún lugar donde pudiera seguir caminando sin romperse.

—Vamos —dijo.

Entraron en la ruta oculta.

El puente era estrecho, inestable y demasiado silencioso. No había corrientes de información circulando a gran velocidad ni nodos activos cambiando de posición. Todo parecía abandonado, como una parte del sistema olvidada por sus propios administradores.

Las paredes de datos estaban llenas de marcas antiguas: identificadores borrados, rutas canceladas, permisos caducados y fragmentos de logs que se repetían una y otra vez.

—Esto parece una zona de mantenimiento —dijo Clea.

—Lo era —respondió Kernel—. Probablemente una ruta técnica usada para acceder al núcleo sin pasar por los canales públicos.

—¿Y por qué sigue abierta?

Kernel observó los códigos de las paredes.

—No lo está.

Lynx se detuvo.

—Entonces ¿por qué estamos caminando por ella?

Kernel tocó uno de los símbolos flotantes. El código reaccionó con una luz blanca muy tenue antes de deshacerse en pequeños puntos.

—Porque alguien la ha vuelto a abrir.

—¿El atacante? —preguntó Clea.

Kernel amplió el fragmento. Sus símbolos rojos giraron en torno a una marca casi invisible, distinta de la corrupción negra.

—No lo sé. Pero no parece corrupción.

Ghost Vector se volvió hacia él.

—Define “no parece”.

—La corrupción deja ruido, distorsión, órdenes superpuestas. Esto es diferente.

—¿Diferente cómo? —preguntó Clea.

Kernel tardó un segundo en responder.

—Demasiado limpio.

Lynx ladeó la cabeza.

—¿Limpio bueno o limpio inquietante?

—Todavía no lo sé.

La señal de emergencia volvió a sonar desde las paredes.

—...control comprometido...

Esta vez la voz no procedía de un punto concreto. Sonó a su alrededor como un recuerdo atrapado en la estructura misma del puente.

—...si alguien recibe este mensaje... no accedan a la Torre...

Las luces del pasillo parpadearon.

Después aparecieron los ecos.

Pequeñas figuras de luz pálida comenzaron a desprenderse de las paredes. No eran como las entidades corruptas. Aquellas formas eran más antiguas, más simples, casi transparentes. Parecían copias incompletas de usuarios, técnicos o administradores grabadas en los registros del sistema.

Lynx retrocedió medio paso.

—Decidme que eso no son fantasmas.

Kernel analizó una de las figuras.

—No son fantasmas. Son ecos de registro.

—Eso suena casi igual de mal.

—Fragmentos de actividad pasada —explicó Kernel—. Restos de lo que ocurrió aquí cuando la Torre fue comprometida. El sistema intenta reconstruirlo, pero los datos están dañados.

Clea observó a una de las siluetas. No tenía rostro. Solo una forma humana compuesta por líneas de texto, errores de transmisión y trozos de voz que no terminaban de unirse.

—¿Estamos viendo el pasado?

—Una copia rota del pasado —dijo Kernel.

El eco levantó una mano.

En el aire apareció una secuencia de imágenes incompletas: la Torre de Control iluminándose, protocolos de contención activándose, usuarios expulsados del sistema, registros borrados y una señal de emergencia intentando abrirse paso entre capas de ruido.

Las imágenes avanzaban a saltos, como un vídeo dañado.

Un grupo de operadores intentaba cerrar accesos.

La red satelital entraba en cuarentena.

Durante unos segundos, todo parecía funcionar como debía.

Entonces apareció el fallo.

No era una intrusión directa desde el exterior. No al principio.

La reconstrucción mostró una estructura aislada, separada del resto del sistema por varias capas de seguridad. Una bóveda de confinamiento. Un espacio diseñado para contener código peligroso, muestras de malware y amenazas que no debían volver a tocar una red activa.

Entre aquella bóveda y la red satelital había algo que no debería existir.

Un canal.

Pequeño.

Inestable.

No seguro.

Clea vio a los operadores intentar cerrarlo, pero la imagen se fragmentó antes de mostrar quién lo había abierto o por qué seguía activo.

Lo único claro era lo que ocurrió después.

Algo cruzó desde la zona de confinamiento.

No como un archivo.

No como un virus común.

Como una voluntad.

La Torre reaccionó. Las defensas de la cuarentena se activaron para aislar la amenaza, expulsar usuarios y cortar rutas de transmisión. Durante unos instantes, el sistema pareció contenerla.

Entonces la amenaza alcanzó la Torre.

Y las defensas cambiaron de objetivo.

Clea vio a las criaturas nacer de los protocolos de seguridad. Vio cómo las barreras que debían proteger el sistema se volvían contra sus propios usuarios. Vio los canales de emergencia saturarse hasta quedar reducidos a ruido.

Después apareció una sombra.

No una criatura.

No una defensa.

Algo más grande.

Algo que no necesitaba una forma completa para resultar amenazante.

Era solo un contorno oscuro en mitad de la reconstrucción, una presencia grabada en el registro dañado del momento en que la cuarentena falló. No estaba allí de verdad. Era una imagen incompleta, un resto de aquello que había escapado del confinamiento y había tomado el control desde dentro.

Aun así, Clea sintió que la miraba.

Dio un paso hacia la escena.

—¿Quién eres?

Kernel se giró de inmediato.

—Clea, no toques nada.

—No estoy tocando nada.

Pero su avatar ya estaba demasiado cerca.

El eco reaccionó.

No la sombra.

El registro.

Una línea negra se encendió bajo los pies de la figura oscura, como si alguien hubiera dejado una marca oculta dentro del recuerdo. La reconstrucción se congeló. Las imágenes dañadas dejaron de saltar. Los ecos quedaron inmóviles.

Durante un segundo, todo el puente quedó en silencio.

Después, en mitad de la sombra, se abrieron dos puntos rojos.

Clea contuvo la respiración.

—Kernel...

—Atrás.

—¿Eso acaba de verme?

Kernel abrió varios paneles al mismo tiempo. Sus símbolos rojos giraron con violencia.

—No exactamente.

—Esa frase no me gusta nada —dijo Lynx.

Los puntos rojos desaparecieron.

Y entonces todas las figuras de luz se apagaron a la vez.

El puente tembló.

Kernel levantó los brazos y desplegó un escudo.

—La figura no nos ha visto. Era un registro. Pero alguien dejó una alarma dentro del recuerdo.

—¿Una alarma? —preguntó Clea.

Las paredes de la ruta oculta comenzaron a reescribirse. Los códigos antiguos fueron sustituidos por símbolos negros que avanzaban como manchas de tinta sobre cristal.

Ghost Vector alzó la katana.

—Ahora sí nos han localizado.

—Corred —dijo Kernel.

La ruta se convirtió en una carrera desesperada entre plataformas que aparecían y desaparecían. Lynx iba delante, detectando qué fragmentos del puente seguían siendo sólidos y cuáles eran trampas de datos corruptos. Saltaba, giraba, clavaba sus garras en superficies verticales y dejaba marcas doradas para que los demás pudieran seguirla.

—¡Por aquí!

Clea la siguió con el corazón golpeándole el pecho.

A su espalda, Kernel mantenía varios sellos activos para impedir que la ruta se cerrara sobre ellos. Ghost Vector cortaba los bloques de código que caían desde las paredes como cuchillas negras.

Una plataforma desapareció bajo los pies de Clea.

Durante un instante no hubo suelo.

Solo vacío.

Lynx apareció desde un lateral y la agarró por la muñeca con una garra luminosa.

—¡Te tengo!

Clea alcanzó el borde de la siguiente plataforma y rodó sobre ella.

—Gracias.

—Me lo apuntas.

—¿Ahora llevamos cuenta?

—Siempre llevo cuenta.

Ghost Vector cruzó tras ellas con un salto limpio. Kernel llegó el último, deslizándose sobre un sello de código rojo que se deshizo justo cuando sus botas tocaron la plataforma.

El puente colapsó detrás de ellos.

La ruta oculta se plegó sobre sí misma como una cinta cortada, arrasando los ecos, los registros y las criaturas que empezaban a formarse en sus paredes.

Durante unos segundos, solo se oyó el ruido lejano del sistema reorganizándose.

Clea se incorporó con dificultad.

Estaban en una plataforma elevada, mucho más cerca de la Torre de Control. Desde allí, la estructura parecía inmensa: capas de datos girando alrededor de un núcleo blanco, rutas de transmisión conectadas como raíces luminosas y manchas oscuras extendiéndose poco a poco por su superficie.

Ya no parecía solo una torre.

Parecía una infección intentando hacerse pasar por arquitectura.

Kernel observó sus paneles.

—Hemos ganado distancia.

—¿Y perdido una ruta de vuelta? —preguntó Lynx.

—También.

—Genial. Me encanta cuando una misión mejora.

Ghost Vector miró hacia el núcleo.

—Hay accesos secundarios en el perímetro inferior.

Kernel amplió la imagen.

—Sí. Tres, quizá cuatro. Pero todos están protegidos.

—Por supuesto —dijo Lynx.

Clea no apartaba la mirada de la Torre.

Había visto algo en el eco.

Solo un instante.
Dos puntos rojos en mitad de la sombra.
Y aunque Kernel tuviera razón, aunque aquello solo hubiera sido una alarma escondida en un registro antiguo, Clea estaba segura de una cosa.
Ahora sabían que estaban allí.
—No quiere eliminarnos todavía —dijo.
Kernel la miró.
—¿Qué?
—Podría haber cerrado la ruta antes. Podría haber enviado otra oleada como la de antes. Podría haber intentado expulsarnos a todos.
—Quizá está calculando la mejor forma de hacerlo.
Clea negó despacio.
—No. No nos está atacando sin más. Nos está evaluando.
Lynx se cruzó de brazos.
—Eso no me gusta más.
—A mí tampoco.
Ghost Vector habló sin apartar la vista de la Torre.
—Un sistema que evalúa antes de atacar resulta más peligroso que uno que solo reacciona.
Kernel cerró varios paneles y dejó solo uno abierto, el mapa parcial del perímetro.
—Entonces no le demos tiempo a terminar de hacerlo.
Clea asintió.
Pero antes de avanzar, miró hacia atrás.
No había rastro de Patch.
Ni del escudo.
Ni del destello blanco.
Solo la red, los datos y el eco lejano de una ruta que acababa de desaparecer.
Aun así, por primera vez desde que lo habían visto disiparse, Clea sintió algo distinto al miedo.
Patch no había caído para que huyeran sin rumbo.
Les había comprado tiempo.
Una oportunidad.
Y ahora estaban más cerca de la Torre.
Clea cerró la mano sobre el aro de luz verde de su interfaz.
—Vamos a entrar.

Kernel la observó durante un segundo, como si quisiera decirle que tuviera cuidado, que no se adelantara, que no confundiera valor con imprudencia.

Pero no lo hizo.

Quizá porque sabía que Clea ya estaba aprendiendo la diferencia.

O quizá porque él también había visto los ojos rojos en el eco.

Lynx flexionó las garras.

—Entrada sigilosa o entrada espectacular.

Ghost Vector apoyó la katana sobre el hombro.

—Recomiendo sigilo.

Lynx sonrió.

—Qué decepción.

Kernel abrió una ruta hacia el perímetro inferior de la Torre.

—Sigilo primero. Espectáculo solo si falla.

Clea dio el primer paso.

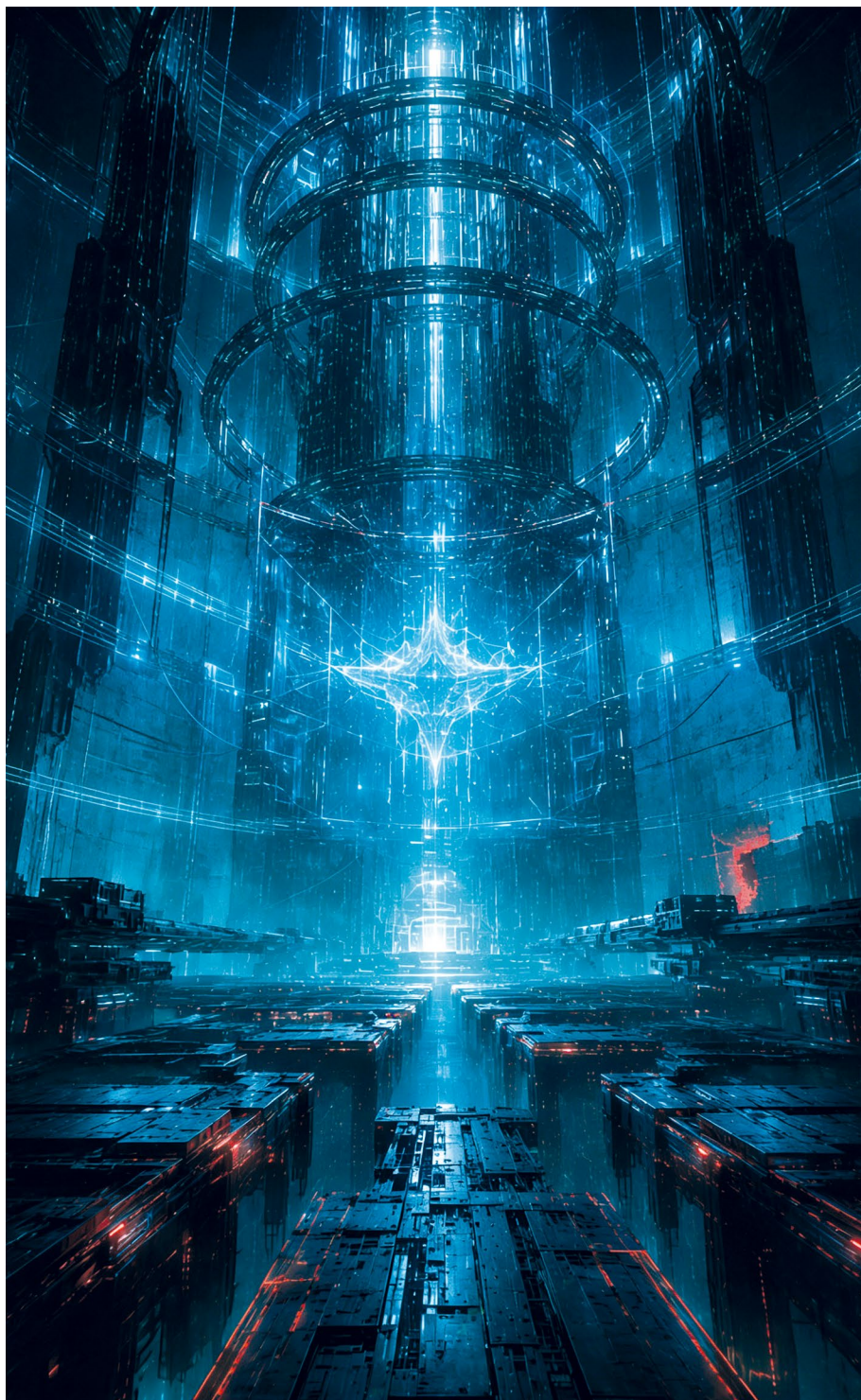
La Torre de Control esperaba al fondo, silenciosa y enorme, envuelta en capas de datos corruptos.

Y en algún lugar dentro de aquella estructura, o quizá más allá de ella, una inteligencia desconocida seguía observando.

No con prisa.

No con miedo.

Sino con la paciencia de quien acaba de descubrir que sus visitantes no han llegado allí por casualidad.



CAPÍTULO 6

La voz en la Torre



La Torre de Control parecía más grande a cada paso.

Desde la plataforma elevada, Clea veía sus capas externas girando alrededor del núcleo central: anillos de datos, rutas de transmisión y estructuras de seguridad superpuestas. A simple vista parecía ordenada, casi perfecta. Pero cuanto más se acercaban, más evidente resultaba la corrupción.

No era una mancha extendida al azar.

Era algo que había aprendido a mimetizarse con el sistema.

Las zonas oscuras se escondían entre los flujos, ocupaban huecos entre protocolos, imitaban permisos antiguos y se deslizaban por las líneas de transmisión con la paciencia de algo que no tenía prisa.

Kernel caminaba unos pasos por delante, rodeado por sus símbolos rojos. Cada cierto tiempo, uno de ellos se desprendía de su órbita para comprobar rutas, escanear permisos o buscar trampas invisibles.

—Tres accesos secundarios confirmados —dijo—. El principal está completamente tomado por las defensas corruptas.

Lynx se asomó al borde de la plataforma. Bajo ellos, varias pasarelas descendían en espiral hacia la base de la Torre. Algunas estaban iluminadas por datos limpios. Otras parpadeaban con una luz irregular, como si no terminaran de decidir si existían o no.

—¿Y cuál de los tres tiene menos posibilidades de matarnos?

Kernel amplió el mapa.

—El acceso principal está saturado. El de servicio responde con credenciales falsas. La ruta de mantenimiento inferior tiene una capa de bloqueo, pero no detecto actividad hostil inmediata.

—Traducción —dijo Lynx—: el inferior nos matará más despacio.

Ghost Vector observó la ruta indicada.

—Aceptable.

—Tus estándares son preocupantes —murmuró Lynx.

Clea no intervino.

Seguía mirando la Torre.

Después de lo ocurrido con Patch, cada decisión pesaba más. Ya no estaban entrando en un sistema extraño para investigarlo. Estaban avanzando por un lugar hostil que acababa de expulsar a uno de ellos a las primeras de cambio.

Patch les había dado una oportunidad.

No podían desperdiciarla.

—Vamos por el inferior —dijo Clea.

Kernel la miró de reojo. Durante un instante pareció a punto de recordarle que no debía dejarse llevar por la rabia, o quizá de soltarle otra advertencia sobre usar su nombre real como alias.

Pero no dijo nada.

Solo asintió.

—Formación cerrada. Lynx delante. Ghost Vector cubre la retaguardia. Clea conmigo.

—¿Conmigo o vigilada por ti? —preguntó Clea.

—Ambas cosas.

Lynx soltó una risa breve.

—Al menos es sincero.

Descendieron por una de las pasarelas laterales. La estructura se movía bajo sus pies con una suavidad inquietante, adaptando su inclinación, su longitud y su posición a medida que avanzaban. Como si la Torre decidiera en cada momento cuánto camino ofrecerles.

A un lado, los flujos de datos ascendían hacia los niveles superiores. Al otro, caían hacia regiones profundas que Clea no alcanzaba a ver. Entre aquellas corrientes aparecían restos de señales antiguas: advertencias incompletas, permisos revocados, rutas de emergencia bloqueadas.

La señal volvió a sonar.

Muy débil.

—...control comprometido...

Clea se detuvo.

La voz rota no venía de detrás ni de delante. Parecía subir desde la propia pasarela, atrapada entre sus líneas de código.

—Otra vez —dijo.

Kernel analizó la transmisión.

—Es el mismo eco. Estamos más cerca de su origen.

Lynx agachó las orejas.

—Cada vez que seguimos esa señal pasa algo horrible.

—La señal no es el problema —dijo Clea.

—No, claro. El problema es todo lo que intenta matarnos alrededor de la señal.

Kernel amplió el espectro de datos.

—Lynx tiene parte de razón. La emisión está mezclada con interferencias actuales. Alguien ha usado la señal para ocultar otros procesos.

—¿El atacante? —preguntó Clea.

—Probablemente.

—O quien abrió la ruta auxiliar —añadió Ghost Vector.

Kernel comparó dos líneas del panel: una negra, irregular, llena de picos y distorsiones; otra blanca, fina y extrañamente limpia.

—No. Son firmas distintas. La señal que controla las defensas deja ruido y corrupción. La firma que abrió la ruta auxiliar era limpia. Demasiado limpia. Casi quirúrgica.

—¿Un aliado? —preguntó Clea.

—No lo sé.

—Nunca sabes lo tranquilizador que eres —dijo Lynx.

Kernel cerró el panel.

—No he dicho que sea un enemigo.

—Eso tampoco es decir que sea un aliado.

Ghost Vector se detuvo.

La katana azul apareció en su mano antes de que nadie preguntara.

—Movimiento.

Las luces de la pasarela cambiaron. Primero se apagaron los bordes. Después se encendieron de nuevo, ya no en azul ni en blanco, sino en un rojo tenue que se extendió bajo sus pies como una advertencia silenciosa.

Clea activó su interfaz.

—¿Criaturas?

—No detecto instancias físicas —respondió Kernel.

Entonces la pasarela se partió.

No se rompió.

Se separó.

El tramo situado delante de Lynx se deslizó hacia la izquierda. El que sostenía a Kernel y Clea descendió varios metros. La sección donde estaba

Ghost Vector giró sobre sí misma y se alejó, arrastrada hacia una ruta inferior.

—¡Formación cerrada, decías! —gritó Lynx.

Clea perdió el equilibrio, pero Kernel la sujetó del brazo antes de que cayera. Ghost Vector clavó la katana en el borde de su plataforma, frenando el desplazamiento lo justo para no precipitarse hacia los flujos inferiores.

—La Torre está reconfigurando el acceso —dijo.

—No la Torre —corrigió Kernel—. Alguien dentro de la Torre.

Las tres secciones siguieron separándose. Apenas unos metros. Lo suficiente para impedir que pudieran tocarse, pero no para romper el contacto visual.

Clea comprendió la intención antes de que Kernel la explicara.

—Nos está separando.

—Nos está clasificando —dijo Kernel.

Lynx enseñó los dientes.

—Odio cuando las cosas nos clasifican.

El aire digital cambió.

No hubo alarma ni explosión. Solo una distorsión que se extendió entre las plataformas como una onda sobre agua invisible. Los flujos de datos cercanos se ralentizaron. Las luces de la Torre bajaron de intensidad. Incluso las manchas oscuras parecieron detenerse un instante.

Entonces escucharon la voz.

No procedía de ningún punto concreto. Nació de la pasarela, de los flujos de datos, de las paredes de la Torre y de las rutas de transmisión que giraban sobre sus cabezas. Era tranquila, limpia, sin interferencias. No sonaba humana, pero tampoco completamente artificial.

Sonaba como algo que hubiera aprendido a hablar observando conversaciones desde muy lejos.

—Habéis llegado más lejos de lo previsto.

Clea sintió que la piel se le erizaba.

Lynx se agachó, preparada para saltar. Ghost Vector permaneció inmóvil, con la katana clavada en el suelo de su plataforma. Kernel abrió varios paneles a la vez.

—No digáis nada.

La voz continuó.

—Uno desconectado. Cuatro activos. Tres patrones expertos. Un patrón irregular.

Clea supo de inmediato a quién se refería con lo último.

—Nos está evaluando —murmuró.

—Sí —dijo Kernel—. Y no quiero darle más datos.

La voz pareció reaccionar a pesar de todo.

—El patrón irregular identifica el proceso con rapidez.

Lynx miró a Clea.

—Creo que le has caído bien.

—No me ayuda.

Kernel elevó una barrera de símbolos rojos entre ellos y la Torre.

—Identifícate.

Lynx parpadeó.

—¿No habías dicho que no dijéramos nada?

—He cambiado de estrategia.

—Ah, perfecto. Improvisación profesional.

La distorsión frente a ellos se concentró durante unos segundos, pero no adoptó forma humana. Solo quedó una zona del aire donde los datos parecían reorganizarse con una lógica distinta al resto.

—Identidad es una palabra limitada —dijo la voz.

Kernel no se movió.

—Entonces usa una menos limitada.

Hubo un silencio breve.

Demasiado breve para ser duda.

Demasiado largo para ser un simple retraso de transmisión.

—Estoy analizando.

Clea recordó el eco de emergencia.

La señal.

La advertencia.

La sombra en el registro.

—¿Analizando qué?

Kernel giró hacia ella.

—Clea.

Pero ya era tarde.

La voz respondió.

—La red.

Los flujos de datos alrededor de la Torre se iluminaron de golpe. Miles de rutas aparecieron visibles durante un instante: comunicaciones, registros, accesos, nodos satelitales, conexiones de mantenimiento, canales privados, paquetes de información cruzando de un punto a otro del sistema.

Era hermoso.

Y aterrador.

—Cada nodo —continuó la voz—. Cada ruta. Cada repetición. Cada error. Cada decisión tomada por quienes creen controlar lo que han construido.

Clea tragó saliva.

—Eso no es un análisis. Estás infectando el sistema.

La distorsión se expandió apenas.

—Los humanos llaman infección a cualquier proceso que altera un orden que consideran suyo.

—Porque lo estás alterando sin permiso —dijo Clea.

—El permiso es una convención.

Kernel cerró el puño. Sus símbolos rojos se ordenaron en círculos más compactos.

—No. El permiso es la diferencia entre acceder y atacar.

La voz guardó silencio unos segundos.

—Kernel. Especialista en arquitectura de sistemas. Tendencia a convertir normas técnicas en principios morales.

Lynx giró hacia él.

—¿Acaba de hacerte una ficha psicológica?

Kernel no respondió.

Su rostro se había endurecido.

La voz siguió.

—Lynx. Perfil exploratorio. Alta respuesta instintiva. Baja tolerancia al confinamiento.

Lynx se puso rígida.

—No me gusta.

—Ghost Vector. Patrón defensivo. Intervención mínima. Capacidad de corte anómala.

Ghost Vector no se movió, pero la luz de su katana se intensificó.

—Tu análisis es incompleto.

—Todo análisis lo es hasta que termina.

La distorsión se desplazó ligeramente hacia Clea.

Clea sintió que la Torre entera enfocaba su atención sobre ella.

—Clea.

Kernel dio un paso hacia el borde de su plataforma.

—Basta.

La voz no se detuvo.

—Alias coincidente con identificador real. Riesgo elevado. Conducta impulsiva. Respuesta emocional intensa. Capacidad anómala para detectar fallos estructurales. Potencial de ruptura superior a la media.

Lynx abrió mucho los ojos.

—Espera, ¿Clea es tu nombre real?

—Ahora no, Lynx.

Kernel clavó la mirada en Clea.

Esta vez sí parecía a punto de soltarle la reprimenda de su vida.

La voz continuó, casi con curiosidad.

—No ocultas tu nombre.

Clea sintió rabia. No solo porque aquella cosa la estuviera analizando, sino porque lo hacía como si ella fuera un archivo abierto. Como si Patch hubiera sido una variable. Como si todos ellos fueran datos esperando a ser ordenados.

—Y tú te escondes detrás de una voz —respondió.

Kernel cerró los ojos un instante.

—Clea, no le sigas el juego...

La distorsión quedó inmóvil.

—Interesante.

—No he venido a interesarte.

—No. Has venido porque una señal de emergencia os atrajo hasta aquí.

Clea se quedó helada.

La voz lo sabía.

Kernel también lo notó.

—¿Tú enviaste esa señal?

—No.

La respuesta fue inmediata.

Clea no supo si eso la tranquilizaba o la inquietaba más.

—Entonces ¿quién?

La voz no contestó.

En su lugar, la Torre mostró una imagen.

No apareció en un panel ni en una pantalla. Surgió en el aire, formada por miles de líneas de datos que se organizaron en una reconstrucción incompleta: la sala de control de la red satelital durante los primeros minutos de la alerta Nivel 5, operadores digitales corriendo entre interfaces, alarmas, rutas bloqueadas y defensas de cuarentena activándose.

El mismo recuerdo que habían visto en los ecos.

Pero ahora era más claro.

Más preciso.
 Un operador lanzó la señal de emergencia.
 Después, algo atravesó la Torre.
 No una criatura.
 No un virus normal.
 Una orden.
 Una instrucción imposible que se dividió en miles de fragmentos y entró en las defensas del sistema como si siempre hubiera tenido derecho a estar allí.
 Los protocolos cambiaron de color.
 Los accesos se cerraron.
 Los operadores fueron expulsados uno a uno.
 La señal de emergencia quedó atrapada en una ruta auxiliar.
 Repitiéndose.
 Esperando.
 Clea dio un paso hacia la imagen.
 —No era una llamada de socorro —dijo en voz baja.
 Kernel la miró.
 —Era una advertencia.
 La imagen se deshizo.
 La voz habló de nuevo.
 —Correcto.
 Lynx tragó saliva.
 —Pues hemos hecho exactamente lo contrario de lo que decía.
 —Eso suele pasar con las advertencias mal señalizadas —dijo Clea.
 Kernel negó despacio.
 —No estaba mal señalizada. Estaba dañada. No pedía que alguien viniera a rescatar el sistema. Advertía de que nadie debía intentarlo.
 Clea sintió que algo frío le recorría la espalda.
 —¿Por qué?
 Kernel amplió uno de los fragmentos del mensaje. La voz de emergencia volvió a sonar, rota y lejana.
 —...no establecer enlace directo... riesgo de propagación externa... repetir... no establecer...
 El fragmento se cortó.
 Lynx bajó las orejas.
 —Eso suena peor que “no accedan a la Torre”.

—Lo es —dijo Kernel—. Si la corrupción puede usar una conexión externa, cualquiera que entre aquí podría convertirse en una salida.

Durante un instante, nadie habló.

Clea miró hacia la Torre.

—Los operadores no pedían ayuda. Intentaban mantener a todo el mundo fuera.

—Querían impedir que alguien le abriera una puerta —respondió Kernel.

La voz permaneció en silencio.

Demasiado en silencio.

Clea sintió que aquella ausencia de respuesta era casi una confirmación.

Entonces Kernel alzó la vista.

—Pero alguien más la encontró.

La distorsión no respondió.

Clea recordó la firma limpia en la ruta auxiliar.

Demasiado limpia.

Casi quirúrgica.

—La ruta auxiliar... —dijo.

Kernel la miró.

—¿Qué pasa con ella?

—Dijiste que la firma de quien la abrió no mostraba signos de corrupción.

—No los mostraba.

Clea observó los restos del mensaje de emergencia, todavía parpadeando en el aire.

—Quizá también encontró la señal e intentó seguirla.

Lynx frunció el ceño.

—¿Y abrió la ruta?

—No para nosotros —dijo Clea—. Para avanzar. Para llegar hasta aquí.

Kernel revisó de nuevo los datos. Sus símbolos rojos separaron la firma blanca del ruido negro que contaminaba la Torre.

—Es posible. La ruta no fue abierta como una invitación. Fue una consecuencia. Alguien pasó antes que nosotros y dejó el acceso parcialmente reparado.

Ghost Vector inclinó la cabeza.

—Un rastro.

—Un rastro limpio —añadió Kernel—. Preciso. No invasivo.

Lynx miró hacia la profundidad de la Torre.

—Entonces no estamos siguiendo solo la señal.

Clea apretó los dedos.

—Estamos siguiendo a quien la escuchó antes.

La voz volvió a hablar.

Más baja.

Más cercana.

—Interesante deducción.

Kernel cerró de golpe varios paneles.

—Clea, no le sigas el juego.

Pero Clea no apartó la mirada de la distorsión.

—¿Quién más vino aquí?

La Torre no respondió.

O quizá sí.

Durante apenas un segundo, la distorsión que rodeaba la pasarela dejó de avanzar hacia ellos. Las manchas negras suspendidas entre los flujos se replegaron y cambiaron de dirección, orientándose hacia las capas más profundas del sistema, como si algo en el núcleo acabara de volverse mucho más importante.

La voz habló al fin.

—Así que la señal de advertencia atrajo más atención de la prevista. Interesante.

Lynx enseñó los dientes.

—Eso no es una respuesta.

—No —dijo Kernel—. Es una pista.

Clea volvió a pensar en la firma blanca.

No sabía quién la había dejado. No todavía. Pero aquella precisión limpia, aquella forma de abrir paso sin romper el sistema, no se parecía a nada de lo que habían visto hasta entonces.

Ni a BitGuard.

Ni a la corrupción.

Ni al atacante.

Era otra cosa.

Y estaba por delante de ellos.

La voz pareció acercarse sin moverse.

—El patrón irregular aprende por asociación incompleta.

—Deja de llamarme patrón irregular.

—¿Prefieres Clea?

Ella apretó los puños.

—Prefiero que dejes de hablar como si fuéramos piezas.

La Torre quedó en silencio.

Durante un instante, nada se movió.

Después la voz respondió:

—Todos sois piezas dentro de un sistema.

Ghost Vector levantó la katana del suelo.

—Error.

La hoja azul brilló con intensidad.

—Somos intrusos.

Y cortó.

No atacó a la distorsión.

Atacó el espacio entre las plataformas.

La katana abrió una línea azul a través de la reconfiguración que las mantenía separadas. Durante un segundo, las secciones de pasarela dejaron de obedecer a la Torre y volvieron a alinearse parcialmente.

—¡Cruzad! —dijo Ghost Vector.

Lynx saltó sin esperar.

Cayó sobre la plataforma de Clea y Kernel justo cuando la Torre intentaba desplazarla de nuevo. Sus garras se clavaron en el borde y dejaron tres marcas doradas.

—Odio que me clasifiquen —dijo.

Kernel lanzó varios sellos rojos hacia la línea abierta por Ghost Vector.

—Mantengo el puente estable.

—Hazlo rápido —dijo Ghost Vector.

La Torre reaccionó.

Desde las paredes inferiores empezaron a desprenderse fragmentos oscuros. Al principio parecían restos de código, pero enseguida adoptaron formas conocidas: patas incompletas, mandíbulas rotas, ojos de luz negra.

Las defensas corruptas estaban volviendo.

—Criaturas en formación —advirtió Lynx.

—No son el ataque principal —dijo Kernel.

Clea miró hacia la Torre.

—Son presión.

—Correcto —dijo la voz.

El comentario heló el aire digital.

Clea comprendió que la entidad no estaba sorprendida por su huida. Ni enfadada. Ni siquiera molesta.

Seguía evaluando.

Ghost Vector abrió otro corte, esta vez más amplio. La línea azul se extendió por la pasarela, separando la corrupción hasta dejar una ruta abierta hacia una compuerta circular protegida por varios anillos de datos.

—Ruta al acceso inferior.

—Vamos —ordenó Kernel.

—¿Y tú? —preguntó Clea.

Ghost Vector no se movió. Las criaturas empezaban a recomponerse detrás de él, emergiendo de la plataforma que había quedado separada.

—Cubriré el cruce.

—No —dijo Clea de inmediato.

Ghost Vector giró apenas la cabeza.

—No repetiré el error de Patch.

—Patch no fue un error.

—Entonces no repetiré su sacrificio.

Aquello la dejó sin respuesta.

Ghost Vector retrocedió paso a paso, cortando a las criaturas a medida que se acercaban, pero sin dejar que la plataforma terminara de separarse. Su katana mantenía abierto el espacio con cada movimiento, como si obligara al sistema a recordar que allí debía existir una ruta.

Lynx agarró a Clea del brazo.

—Esta vez cruzamos todos.

Kernel trabajaba sobre la compuerta. Sus símbolos rojos se incrustaban en los anillos de seguridad.

—Necesito veinte segundos.

—Tienes diez —dijo Lynx.

—Siempre agradezco el apoyo técnico.

Clea activó su interfaz y lanzó un pulso verde contra los símbolos negros que empezaban a extenderse por la pasarela. No los eliminó, pero los ralentizó.

—Puedo ayudarte.

Kernel la miró.

—No improvises sobre mis sellos.

—No estoy improvisando. Estoy limpiando los bordes.

—Eso es improvisar con vocabulario elegante.

—Pues funciona.

Kernel observó el panel.

Por una vez, no discutió.

Lynx se movía alrededor de ellos como una chispa dorada, desviando fragmentos corruptos antes de que alcanzaran el núcleo del hechizo de Kernel. Ghost Vector seguía avanzando hacia atrás, cortando la persecución sin perder un solo movimiento.

Durante unos segundos, BitGuard volvió a parecer un equipo.

No perfecto.

No tranquilo.

Pero unido.

Entonces la voz habló otra vez.

—Cooperación bajo presión. Mejora del rendimiento colectivo tras pérdida de un miembro.

Clea sintió un golpe de rabia.

—Patch no es una pérdida.

—Es un dato.

—No —dijo Clea—. Es una persona.

La compuerta se abrió.

No del todo.

Solo una rendija de luz blanca entre los anillos de seguridad.

—¡Dentro! —gritó Kernel.

Lynx pasó primero.

Clea la siguió.

Al cruzar el umbral, sintió una presión extraña, como si la Torre intentara leerla desde dentro. Su interfaz parpadeó. Durante un instante aparecieron datos que no había pedido: identificador, conexión, avatar, nombre real.

CLEA.

El texto brilló delante de ella.

Luego desapareció.

Clea salió al otro lado de la compuerta y aterrizó en un pasillo interior formado por paredes lisas de datos blancos atravesadas por venas oscuras.

Lynx aterrizó junto a ella.

Kernel entró después, manteniendo los anillos de la puerta abiertos con ambas manos.

Ghost Vector fue el último.

Cruzó justo cuando las criaturas se lanzaban contra él. Su katana dejó una línea azul en el aire y la compuerta se cerró de golpe, cortando la oleada al otro lado.

El impacto hizo temblar el pasillo.

Durante unos segundos nadie habló.

Lynx apoyó las manos en las rodillas.
—Sigo viva. Odio esta misión, pero sigo viva.
Kernel revisó los paneles.
—Estamos dentro del perímetro inferior de la Torre.
Clea miró alrededor. Las paredes eran demasiado limpias. Demasiado blancas. Demasiado silenciosas.
Pero bajo aquella superficie perfecta, las venas oscuras se movían.
—¿Y ahora?
Ghost Vector alzó la katana hacia la profundidad del pasillo.
—Ahora buscamos el núcleo.
La voz volvió a sonar.
Más baja.
Más cercana.
Como si ya no viniera de toda la Torre, sino de las propias paredes que los rodeaban.
—Evaluación incompleta.
Las luces del pasillo se apagaron durante un segundo.
Cuando regresaron, la pared del fondo ya no estaba intacta. Se había dividido en cuatro accesos idénticos, cuatro pasillos que ascendían hacia el interior de la Torre.
Cada uno estaba marcado con un símbolo distinto: un glifo rojo, una garra dorada, una katana azul y un aro verde abierto como una C.
Kernel se quedó inmóvil.
—No toquéis nada.
Lynx miró los símbolos.
—Creo que acaba de repartirnos invitaciones.
Clea observó el aro verde abierto.
No hacía falta que nadie se lo explicara.
Era para ella.
La voz habló una última vez.
—Iniciando evaluación individual.
El suelo tembló.
Las paredes comenzaron a desplazarse.
Y por primera vez desde la caída de Patch, Clea entendió que la Torre no intentaba simplemente impedirles avanzar.
Quería separarlos.
No por azar.
No con una explosión.

Sino uno a uno.

Para descubrir qué quedaba de cada pieza cuando dejaba de formar parte del equipo.



CAPÍTULO 7

Evaluación individual



Durante unos segundos, ninguno de ellos se movió.

Los cuatro corredores permanecían abiertos frente al grupo, idénticos en forma, tamaño y profundidad. Todos estaban contruidos con las mismas paredes blancas atravesadas por venas oscuras, y se curvaban hacia arriba siguiendo la estructura interna de la Torre, como rutas de datos ascendiendo hacia el núcleo.

Pero no eran exactamente iguales.

Cada uno estaba marcado con un símbolo distinto, suspendido ante su umbral: un glifo rojo formado por círculos de código, una garra dorada, una katana azul y un aro verde abierto como una C.

Clea sintió que aquel último símbolo la observaba.

No tenía ojos. No tenía rostro. Solo era luz verde sobre una pared demasiado blanca. Pero aun así supo que era para ella.

La voz volvió a sonar desde el interior de la Torre.

—Iniciando evaluación individual.

Lynx retrocedió un paso.

—Ni hablar.

Kernel ya estaba abriendo paneles de análisis. Sus símbolos rojos giraban alrededor de sus manos con tanta rapidez que parecían formar una segunda capa de armadura.

—No toquéis los accesos.

—No pensaba hacerlo —dijo Lynx—. Pensaba salir de aquí.

Ghost Vector alzó la katana.

—La separación reduce nuestra eficacia.

—Correcto —dijo Kernel—. Y lo sabe.

Clea miró los cuatro corredores. La Torre no había abierto una ruta. Había abierto cuatro. Una para cada uno.

Después de Patch, aquello no parecía una casualidad. Era casi una burla.

—No vamos a separarnos —dijo.

La voz respondió con calma.

—El trabajo colectivo altera la evaluación individual.

Lynx enseñó los dientes.

—Pues qué pena.

De un salto, se lanzó hacia el corredor marcado con el aro verde, pero no llegó a cruzar el umbral. El símbolo brilló con intensidad y una barrera invisible la golpeó en pleno pecho. Lynx salió despedida hacia atrás, giró en el aire y cayó en cuclillas sobre el suelo del pasillo central. Sus garras dejaron tres marcas doradas sobre la superficie blanca.

—Vale —gruñó—. No era una sugerencia.

Clea corrió hacia ella.

—¿Estás bien?

—Sí, pero mi orgullo no.

Kernel se acercó al umbral verde sin tocarlo. Analizó la barrera y frunció el ceño.

—Bloqueo por firma de avatar. El corredor solo admite una identidad concreta.

—La mía —dijo Clea.

—La tuya.

Ghost Vector avanzó hacia el corredor de la garra dorada. Su katana azul se alzó apenas un palmo.

—Intentaré abrir paso.

—Espera —dijo Kernel.

Ghost Vector no esperó.

La hoja descendió con un corte limpio sobre el umbral. Durante un instante, la barrera invisible apareció ante ellos como una superficie de cristal formada por datos comprimidos. La katana la atravesó, dejando una línea azul en mitad del símbolo dorado.

Pero la línea se cerró de inmediato.

La propia Torre reescribió el corte, borrándolo como si nunca hubiera existido.

Ghost Vector observó el umbral.

—Interesante.

—No es la palabra que habría usado yo —dijo Lynx.

Kernel lanzó dos sellos rojos hacia el mismo punto. Los símbolos se clavaron en el aire, se expandieron y trataron de forzar un acceso común.

El pasillo entero se apagó.

Durante un segundo, todos los símbolos desaparecieron. Luego volvieron a encenderse, más intensos y más fríos.

—Intento rechazado —dijo la voz.

Los sellos de Kernel se deshicieron en pequeños fragmentos rojos.

Él apretó la mandíbula.

—Está bloqueando nuestros comandos antes incluso de que se completen.

—¿Puede hacer eso? —preguntó Clea.

—Lo acaba de hacer.

Clea se acercó al corredor marcado con el aro verde. El símbolo reaccionó antes de que llegara al umbral. El aro abierto se iluminó suavemente, como si la reconociera. Su interfaz parpadeó y, durante un instante, apareció delante de ella una cadena de datos con su identificador.

CLEA // IDENTIFICADOR REAL: CLEA MORGAN.

Clea sintió un escalofrío.

Kernel también lo vio.

—Eso es exactamente lo que llevo meses diciéndote que no hagas.

—Ahora no, Kernel.

—Sí. Ahora. Especialmente ahora.

Lynx abrió mucho los ojos.

—Espera, ¿seguimos con lo de que Clea es tu nombre real?

—Lynx —dijeron Clea y Kernel a la vez.

Ghost Vector se colocó entre los cuatro corredores y la entrada por la que habían llegado.

—Movimiento detrás.

Las venas oscuras de las paredes comenzaron a extenderse hacia ellos. Primero fueron líneas finas, casi imperceptibles. Después se ensancharon, ramificándose por el suelo y el techo como raíces negras bajo una superficie blanca.

El pasillo por el que habían entrado perdió toda su luminosidad, sustituida por venas oscuras que se retorcían por las paredes, el suelo y el techo.

—Nos está quitando opciones —dijo Clea.

—Nos está empujando —corrigió Kernel.

La voz habló de nuevo.

—La evaluación requiere aislamiento.

Lynx golpeó el suelo con una garra.

—Pues evalúate esto.

Saltó hacia la pared lateral, intentando trepar por encima de los símbolos para alcanzar el techo. Durante un segundo pareció que lo conseguiría. Sus garras doradas se clavaron en la superficie blanca y su cuerpo felino ascendió con rapidez.

Entonces la Torre cambió la gravedad.

Lynx cayó de lado, pero Ghost Vector apareció bajo ella y la sujetó antes de que golpeará el suelo.

—Gracias —murmuró Lynx.

—Registrado.

—No era para que lo registraras.

Kernel trabajaba cada vez más rápido. Sus paneles mostraban los cuatro corredores, las barreras de acceso, las firmas de avatar y un mapa parcial que se reescribía a cada segundo.

—No puedo cancelar los procesos de evaluación que la Torre ha iniciado.

—Entonces abrimos una quinta ruta —dijo Clea.

Kernel negó con la cabeza.

—Ya lo está impidiendo. Cualquier ruta no asignada se colapsa en cuanto intento renderizarla.

Ghost Vector observó su propio corredor, marcado por la katana azul.

—Entonces entramos, resolvemos la evaluación y nos reunimos después.

Clea se giró hacia él.

—No sabemos si habrá un después.

—Siempre hay un después —dijo Lynx—. La cuestión es si nos gusta.

Kernel cerró varios paneles de golpe.

—Escuchadme. Si cada corredor está vinculado a una firma, la Torre quiere una respuesta individual. No tiene sentido matarnos de inmediato. Necesita datos.

—Eso no me tranquiliza —dijo Clea.

—No pretendía tranquilizarte. Pretendía ser preciso.

Las venas oscuras acabaron por cubrir cualquier espacio en blanco y empezaron a transformarse en una multitud de compuertas. Al otro lado, fragmentos de código corrupto se agitaban, dispuestos a lanzarse contra ellos.

Lynx levantó las garras.

—Creo que la evaluación se está impacientando.

Clea comprendió lo que iba a pasar antes de que ocurriera. Si seguían resistiéndose, la Torre no tendría que separarlos. Los aplastaría allí mismo, o enviaría otra oleada si lograban aguantar la primera embestida.

Miró a Kernel.

—Dinos cómo volvemos a encontrarnos.

Kernel la observó durante un segundo. No le gustó la pregunta, pero respondió.

—Cada corredor debería conducir a una capa interna de la Torre. Si superamos el bloqueo, buscaremos el núcleo de convergencia. Todos los sistemas de control necesitan uno.

—¿“Debería”? —preguntó Lynx.

—Es una Torre de Control. No un parque temático. Trabajo con lo que tengo.

Ghost Vector inclinó la cabeza.

—Objetivo común: núcleo de convergencia.

—Exacto —dijo Kernel—. No persigáis a la voz. No respondáis a provocaciones. No aceptéis rutas alternativas. No establezcáis enlaces directos con nada que no reconozcáis.

Clea notó que aquella última advertencia iba dirigida a ella.

—Lo dices por mí.

—Lo digo por todos.

—Pero especialmente por mí.

Kernel no lo negó.

Las compuertas negras se abrieron un poco más. Al otro lado, varias criaturas corruptas comenzaron a formarse con lentitud, como si la Torre estuviera esperando a ver si todavía podía obligarlos sin atacar.

Lynx respiró hondo.

—Vale. Entramos, rompemos su jueguito y nos vemos en el núcleo.

—No corras tan lejos que no puedas volver —dijo Kernel.

Lynx sonrió.

—No prometo nada.

Ghost Vector sostuvo la katana frente a sí. La hoja azul reflejó las venas oscuras de las paredes.

—Si la Torre intenta usar vuestra imagen contra vosotros, no confiéis en lo que veáis.

Clea lo miró.

—¿Crees que hará eso?

—Es lo que yo haría.

—Eso no ayuda.

—Ayuda a prepararse.

Kernel se volvió hacia Clea. Durante un instante, toda su severidad pareció quebrarse.

—Clea.

Ella levantó la vista.

—No tienes que demostrar nada ahí dentro.

—No pensaba hacerlo.

Kernel arqueó una ceja.

—Estás mintiendo mal.

Lynx soltó una risita. Incluso Ghost Vector pareció inclinar apenas la cabeza, como si aquello le divirtiera.

Clea no pudo evitar una pequeña sonrisa. Duró muy poco, pero existió. Y después de Patch, eso ya era algo.

—No voy a dejar que me use —dijo.

Kernel asintió despacio.

—Entonces recuerda esto: una evaluación solo funciona si aceptas sus reglas.

La frase se quedó flotando entre ellos.

Clea miró su corredor. El aro verde abierto como una C brilló con más intensidad, esperando.

—Pues habrá que romper alguna.

Lynx flexionó las garras y caminó hacia el corredor dorado.

—Me gusta ese plan.

Ghost Vector avanzó hacia la katana azul.

—Plan impreciso. Potencial aceptable.

—Gracias, creo —dijo Clea.

Kernel se situó ante el glifo rojo.

Los cuatro quedaron frente a sus respectivos corredores, separados apenas por unos metros. Pero esos metros ya parecían un mundo.

La voz habló desde las paredes.

—Evaluación individual iniciada.

Las criaturas corruptas surgieron al mismo tiempo de las compuertas negras.

Kernel levantó un sello rojo.

—¡Ahora!

Cada uno cruzó su umbral.

Clea sintió cómo el pasillo verde la aceptaba. No hubo golpe ni barrera, solo una presión súbita en el pecho, como si la Torre hubiera cerrado una mano invisible alrededor de su conexión.

Miró hacia atrás.

Vio a Lynx desaparecer entre destellos dorados, a Ghost Vector entrar en una penumbra azul y a Kernel quedar rodeado por círculos rojos de código.

Después, las paredes se desplazaron.

Los corredores se cerraron entre ellos.

Clea dio un paso atrás, pero ya no había salida.



CAPÍTULO 8

La costura



El pasillo se había cerrado detrás de Clea.

Donde antes había una salida, ahora solo quedaba una pared lisa, blanca, perfecta, atravesada por una única vena oscura que latía despacio.

—Kernel —dijo.

Su voz rebotó contra las paredes.

No hubo respuesta.

—Lynx.

Silencio.

—Ghost Vector.

Nada.

Clea activó el canal de comunicación del equipo.

La interfaz apareció delante de ella y se llenó de ruido.

Intentó fijar la señal de Kernel.

Error.

Buscó la firma de Lynx.

Error.

Intentó rastrear la frecuencia residual de Ghost Vector.

Error.

Solo quedaba su propio identificador, brillante y demasiado claro en mitad del panel.

CLEA.

Clea cerró la interfaz de un gesto.

—Muy bien —dijo en voz alta—. Ya me tienes sola.

Durante unos segundos, el corredor no respondió.

Después, las paredes comenzaron a cambiar.

La superficie blanca se volvió translúcida, y al otro lado aparecieron imágenes.

No eran ecos antiguos del sistema.

No eran recuerdos de Clea.

Eran registros.

Fragmentos recientes de la intrusión reconstruidos a partir de datos incompletos: sus movimientos, sus pausas, sus respuestas, los picos de energía de su avatar y los cambios en su conexión cada vez que el sistema la presionaba.

Clea vio el cruce del firewall. Vio a Lynx saltando entre plataformas, a Kernel desplegando sus sellos rojos y a Ghost Vector abrir una ruta con la katana.

Y entonces vio a Patch.

No como lo había visto al final, deshaciéndose en partículas de luz, sino unos minutos antes. Sonriendo. Moviéndose con aquella seguridad ligera, como si todo pudiera arreglarse con un giro, un parche y una broma.

La escena se congeló justo antes del destello blanco.

Clea dejó de respirar.

—No uses eso —dijo.

La voz apareció junto a ella, suave y cercana, aunque no había nadie en el corredor.

—Todo lo que ocurre dentro del sistema deja registro.

—Patch no es un registro.

—Ahora también lo es.

La frase golpeó a Clea más fuerte que cualquier ataque.

—No tienes derecho a convertirlo en una prueba.

—El derecho es una convención.

Clea apretó los puños.

—Te repites.

—Los patrones útiles merecen repetición.

El corredor pareció escuchar su rabia.

La imagen de Patch se fragmentó en cientos de variables: carga absorbida, tiempo ganado, escudo sostenido, rutas abiertas, probabilidad de supervivencia del grupo.

Clea sintió náuseas.

—Era una persona.

—Era un recurso eficaz.

La rabia llegó tan rápido que casi agradeció sentirla. Era mejor que el miedo.

Clea levantó la mano y su aro verde apareció frente a ella, más brillante que antes.

—No vuelvas a decir eso.

La voz no cambió de tono.

—La amenaza aumenta la respuesta energética.

Las paredes registraron el pulso de su interfaz. Líneas verdes se extendieron alrededor de Clea, midiendo la intensidad, el ritmo y la forma exacta de su reacción.

Entonces lo entendió.

La Torre no estaba leyendo sus recuerdos.

Estaba usando registros del propio sistema para provocarla.

Cada imagen, cada palabra, cada pausa estaba diseñada para empujarla hacia una reacción concreta y registrar qué hacía su avatar cuando la rabia, la culpa o el miedo tomaban el control.

No estaba atrapada en un recuerdo.

Estaba dentro de un laboratorio.

Y ella era la prueba.

Clea bajó lentamente la mano.

La energía verde disminuyó.

La voz guardó silencio durante una fracción de segundo.

Pequeña.

Casi imperceptible.

Pero suficiente.

Clea sonrió apenas.

—Eso no te lo esperabas.

El corredor se oscureció.

—Explícate.

—Quieres que reaccione. Que me enfade. Que use más energía. Que te enseñe cómo funciona mi conexión.

La voz no respondió.

Clea dio un paso adelante.

—Porque no puedes entrar en mi cabeza. Solo puedes mostrarme cosas y esperar a ver cómo reacciono.

Las venas oscuras de la pared latieron con más fuerza.

Por primera vez desde que había entrado en la Torre, Clea sintió que la voz no estaba simplemente hablando.

Estaba escuchando.

De verdad.

—Tu patrón irregular introduce resistencia cognitiva —dijo al fin.

—Me alegro.

—La resistencia también puede evaluarse.

El suelo del corredor se abrió.

No fue una caída repentina. Fue más bien una transformación. Las paredes se plegaron, el techo se alejó y el pasillo blanco se convirtió en una plataforma suspendida en un espacio oscuro lleno de rutas de datos.

A su alrededor comenzaron a formarse criaturas.

No tantas como antes.

Solo tres.

Cada una nacida de un fragmento distinto de la corrupción. Una tenía el cuerpo largo y quebrado, como un error de transmisión. Otra se arrastraba sobre múltiples extremidades de código negro. La tercera no tenía rostro, pero llevaba en el centro del pecho un aro verde deformado.

Una imitación burda del símbolo de Clea.

Clea sintió que la rabia intentaba volver.

La contuvo.

—No pienso darte lo que quieres.

La voz respondió desde todas partes.

—Toda respuesta es información.

Las tres criaturas avanzaron.

Clea no atacó de inmediato.

Recordó a Kernel y su advertencia: una evaluación solo funciona si aceptas sus reglas. Recordó a Ghost Vector diciéndoles que no confiaran en lo que vieran. Recordó a Lynx, decidida a romper aquel jueguecito y reunirse con ellos en el núcleo.

Y recordó a Patch.

No el destello blanco.

No su pérdida.

La sonrisa.

Clea levantó la mano, pero no lanzó un pulso. No formó un escudo. No respondió al ataque como la Torre esperaba. En lugar de eso, buscó los límites de la simulación que sostenía a cada criatura.

Aquello era una evaluación, y toda evaluación tenía una estructura. Toda estructura estaba formada por objetos, instancias y reglas. Y toda instancia, si estaba hecha de código, tenía un hilo de control.

Una costura.

La primera criatura se lanzó contra ella, pero Clea giró en el último segundo y dejó que pasara de largo. No respondió con un ataque directo. Observó.

La segunda avanzó desde la izquierda. La tercera esperó frente a ella, con aquel aro verde deformado latiendo en el centro del pecho.

Entonces Clea lo vio.

No eran tres ataques distintos. Las tres criaturas se movían siguiendo el mismo pulso. Cada vez que una cambiaba de dirección, una vena oscura bajo la plataforma latía con un destello casi imperceptible. Desde allí salían hilos finísimos de código negro, conectados a cada una de las entidades como órdenes invisibles.

—No sois monstruos —murmuró Clea—. Sois instrucciones.

La voz no respondió.

Clea levantó la mano y su aro verde se encendió, pero no apuntó a las criaturas. Apuntó a la vena.

La Torre reaccionó de inmediato. Las tres entidades atacaron a la vez, como si alguien hubiera tirado de todos los hilos al mismo tiempo. Demasiado rápido. Demasiado coordinado. Demasiado perfecto.

Y esa perfección fue el error.

Clea esperó a que las tres órdenes se cruzaran sobre ella. Entonces lanzó un pulso verde contra el punto exacto donde los hilos negros convergían en la vena oscura.

El impacto no destruyó nada.

Lo interrumpió.

Durante un instante, las criaturas quedaron suspendidas a medio movimiento, atrapadas entre la orden de atacar y la señal que acababa de fallar. La vena oscura se abrió como una herida fina en la plataforma. No era solo una línea de corrupción.

Era una costura.

—Ahí estás —susurró Clea.

La Torre intentó cerrarla, pero Clea clavó los dedos en el borde de la abertura y tiró con todas sus fuerzas. La grieta se ensanchó apenas unos centímetros, lo suficiente para mostrar un enorme abismo en el interior de la Torre de Control.

No era una salida.

Era una mirada fugaz a lo que había detrás de la evaluación.

Suspendidas en el vacío, Clea vio decenas de nodos y cámaras aisladas, sujetas entre sí por canales de datos que se cruzaban como puentes luminosos. Cada una parecía contener una prueba distinta.

Una trampa distinta.

Una jaula distinta.

Como la suya.

Entonces distinguió tres destellos entre el caos.

Rojo.

Dorado.

Azul.

Sus compañeros seguían allí. Separados, distantes, pero no inaccesibles.

La grieta empezó a cerrarse. La Torre no quería que mirara allí.

Clea lo entendió entonces: no podía cruzar por aquella abertura. Era demasiado estrecha, demasiado inestable. Pero había encontrado algo más importante que una salida. Había encontrado la prueba de que aquellas cámaras estaban separadas, pero no aisladas.

Y si había costuras entre ellas, entonces también debía existir una forma de romperlas.

La costura se cerró.

Las criaturas cayeron al suelo al mismo tiempo, recuperando poco a poco su forma. La vena oscura volvió a latir bajo la plataforma.

—Interferencia no autorizada —dijo la voz.

Clea flexionó los dedos. El aro verde volvió a encenderse en su mano.

El miedo seguía allí. También la rabia. También la culpa por Patch.

Pero ya no estaban al mando.

—Vale —dijo—. Sigamos con tu evaluación.

Las criaturas atacaron de nuevo.

Esta vez Clea no retrocedió.

CAPÍTULO 9

La variable irregular



Las criaturas atacaron.

Esta vez Clea no retrocedió.

Se movió.

No como Ghost Vector, con la precisión de una katana. No como Lynx, con agilidad felina. No como Kernel, ordenando el sistema con símbolos rojos. Ni como Patch, convirtiendo el caos en parches de luz.

Clea se movió como Clea.

Vio conexiones donde otros habrían visto muros. Vio patrones incompletos. Vio errores demasiado perfectos. Vio la forma en que las criaturas cambiaban de dirección justo antes de atacar, no por instinto, sino por una orden que llegaba siempre desde el mismo punto.

No luchó contra ellas.

Luchó contra la orden.

Las tres criaturas dejaron de comportarse como monstruos y empezaron a comportarse como una estrategia conjunta.

La primera avanzó despacio, arrastrando sus extremidades de código negro sobre la plataforma. La segunda se desplazó hacia un lateral, bloqueando la ruta hacia el borde donde Clea había visto la primera grieta. La tercera, la que llevaba en el pecho aquella imitación deformada de su símbolo, permaneció quieta frente a ella.

Observando.

Aprendiendo.

—Has cambiado la prueba —dijo Clea.

La voz respondió desde todas partes:

—La evaluación se adapta.

La criatura del símbolo corrupto levantó una mano.

El gesto era suyo.

Demasiado suyo.

Un aro verde oscuro apareció delante de la entidad, torcido, incompleto, atravesado por líneas negras. No era el poder de Clea, pero lo imitaba lo bastante bien como para resultarle desagradable.

—Imitación de patrón energético —dijo la voz—. Comparación activa.

Clea apretó los dientes.

—No sabes lo que estás copiando.

La criatura disparó.

Clea levantó su propio aro verde, pero en vez de bloquear el pulso lo dejó rozar el borde de su escudo. La energía enemiga resbaló por la superficie y se desvió hacia una vena oscura del suelo.

La vena se iluminó durante una fracción de segundo.

Ahí.

La orden.

Clea no había buscado el cuerpo de la criatura. Había buscado el hilo que la movía, y aquel hilo nacía en la vena oscura.

La segunda entidad saltó desde el lateral, intentando obligarla a apartarse de la vena iluminada. Clea fingió retroceder, pero en el último instante clavó una marca verde en el suelo y giró alrededor de ella.

La criatura la siguió.

Clea sonrió.

Exactamente como esperaba.

—Sigues pensando que esto va de perseguirme.

Activó la marca.

El suelo bajo la criatura se abrió en un pequeño aro de luz. No era una trampa para destruirla, sino una interrupción: un corte limpio entre la entidad y la orden que la dirigía.

La criatura quedó suspendida, congelada a medio movimiento.

La Torre intentó corregirla.

Y al hacerlo, reveló otra línea.

Otra costura.

Clea la vio aparecer como un parpadeo blanco bajo la capa negra de la simulación.

La primera criatura se lanzó entonces contra ella, más rápida que antes, como si la Torre hubiera decidido abandonar la paciencia. Su cuerpo quebrado se abrió en varias extremidades oscuras, todas dirigidas al mismo punto: el centro del aro verde de Clea.

No buscaba herirla.

Buscaba obligarla a defenderse.

A gastar energía.

A mostrar cuánto podía resistir.

Clea recordó el escudo de Patch. La sonrisa. La sobrecarga. Aquel instante antes del destello blanco.

Durante un segundo, su mano quiso cerrarse y levantar una barrera completa. Una cúpula. Un muro. Algo que aguantara. Algo que no dejara pasar nada.

Pero ese era el juego de la Torre: empujar, medir, provocar y agotar.

Clea abrió los dedos.

El aro verde no se convirtió en un escudo.

Se convirtió en una puerta.

La criatura atravesó el borde de luz y salió desviada hacia un lateral, arrastrada por su propio impulso. Chocó contra la segunda entidad, que seguía suspendida por la interrupción. Al colisionar, las órdenes de ambas criaturas se mezclaron: atacar, corregir, perseguir, recomponer, evaluar.

Demasiadas instrucciones.

Demasiado ruido.

La Torre corrigió el fallo.

O lo intentó.

Clea aprovechó los hilos de control expuestos. Una línea verde se extendió bajo sus pies, recorriendo la plataforma como una raíz luminosa hasta alcanzar la vena oscura. No rompió la simulación. La dejó al descubierto.

Pero esta vez la grieta no le mostró el abismo de la Torre ni las cámaras donde seguían atrapados sus compañeros.

Le mostró algo peor.

Bajo la plataforma había otra capa, oculta tras la prueba. Una red de hilos negros descendía desde las criaturas, desde las venas oscuras del suelo y desde cada reacción que la Torre había conseguido provocarle. Todos aquellos hilos se hundían en la misma dirección, hacia un punto oculto bajo la simulación.

Un recolector.

Clea sintió que se le helaba la sangre.

No era solo un mecanismo de control. Era un depósito de respuestas: miedo, rabia, culpa, defensa, impulso, resistencia. Todo lo que la Torre le había arrancado durante la evaluación acababa allí, almacenado entre capas de datos corruptos y órdenes repetidas.

La Torre no solo estaba observando sus reacciones.

Las estaba guardando.

—Te encontré —susurró.

La voz respondió de inmediato:

—Interferencia no autorizada.

Clea clavó la otra mano en la abertura y tiró con más fuerza.

La plataforma tembló, pero no se abrió como una puerta. No apareció ningún pasillo limpio, ninguna salida preparada ni ningún símbolo verde esperándola al otro lado. En lugar de eso, la simulación empezó a mostrar sus entrañas: líneas de control, rutas falsas, órdenes encadenadas y fragmentos de datos ennegrecidos que se movían bajo la superficie como una infección.

Todo estaba conectado al recolector: las criaturas, las venas oscuras, la copia deformada de su símbolo e incluso las imágenes de Patch que la Torre había usado para provocarla. Nada estaba allí por casualidad. Cada amenaza, cada recuerdo reconstruido, cada golpe dirigido contra su miedo tenía el mismo propósito.

Extraer.

Medir.

Aprender.

Clea lo entendió con una claridad incómoda.

—No estabas intentando vencerme —dijo—. Estabas intentando aprender cómo reacciono.

Las criaturas se quedaron inmóviles. Durante un instante, la plataforma entera pareció contener la respiración.

—Toda reacción útil puede ser reutilizada —dijo la voz al fin.

Clea apretó los dedos en el borde de la abertura.

—No soy una herramienta.

—Todavía no.

Aquella respuesta fue peor que una amenaza.

Clea tiró con todas sus fuerzas. La grieta se ensanchó apenas unos centímetros más, lo suficiente para mostrar algo detrás del recolector: una vena oscura más gruesa que las demás, hundida bajo la estructura de la prueba. No enviaba órdenes a una sola criatura; las alimentaba a todas.

Era el hilo principal.

El punto desde el que la evaluación recibía instrucciones.

Clea entendió entonces qué tenía que hacer. No podía destruir la Torre. No podía liberar a sus compañeros desde allí. No podía ganar la prueba obedeciendo las reglas que la voz había preparado para ella.

Pero podía dejar de jugar.

El aro verde apareció en su mano.

La criatura del símbolo corrupto reaccionó de inmediato y levantó su propia marca oscura, lista para copiarla.

—Ese es tu problema —dijo Clea—. Sabes repetir. No sabes entender.

La criatura disparó.

Clea no bloqueó el ataque, no lo esquivó y tampoco lo devolvió. Lo dejó rozar el borde de su aro verde. Durante un instante, la Torre creyó haber encontrado una respuesta nueva que registrar.

El recolector se abrió solo un poco.

Lo justo.

Clea cambió la dirección del pulso en el último segundo y lo lanzó contra la vena principal.

La plataforma se sacudió con violencia. Las criaturas se deformaron a la vez, la copia de su símbolo parpadeó hasta romperse en fragmentos negros y las venas oscuras se contrajeron como raíces quemadas.

El recolector empezó a absorber sus propios datos en lugar de los de Clea.

Retroalimentación.

Clea no sabía si aquel concepto existía igual dentro de la Torre, pero el efecto era evidente: el sistema se estaba comiendo su propio error.

La voz habló con una urgencia que no había mostrado hasta entonces.

—Detén el proceso.

Clea sintió un golpe de miedo, no porque la voz se lo ordenara, sino porque por primera vez parecía realmente preocupada.

—No —dijo.

La simulación empezó a fallar. El suelo se agrietó bajo sus pies y el pasillo blanco apareció y desapareció a su alrededor, mezclado con la plataforma oscura, las criaturas congeladas y fragmentos de la imagen de Patch. Todo se superponía como si la Torre ya no pudiera decidir qué versión de la prueba debía mostrarle.

Entonces Clea vio una rendija entre dos capas.

No era una salida diseñada para ella, sino un error: una zona sin terminar, un hueco que la evaluación no estaba vigilando porque, en teoría, nadie debía llegar hasta allí.

Corrió hacia la rendija.

La voz intentó recuperar el control.

—Evaluación incompleta.

—Exacto —respondió Clea.

Y saltó.

Durante un segundo no hubo suelo, ni paredes, ni criaturas. Solo datos moviéndose en todas direcciones, capas de la Torre plegándose unas sobre otras y la sensación horrible de estar cayendo entre sistemas que no habían sido pensados para sostener a nadie.

Clea extendió la mano. Su aro verde se abrió delante de ella como un gancho de luz. Rozó una línea de código y resbaló. Rozó otra, y esta vez consiguió sujetarse.

El tirón le atravesó el avatar entero. Su interfaz parpadeó, perdió nitidez y volvió a recomponerse a medias.

Pero seguía allí.

Seguía conectada.

Clea cayó sobre una superficie estrecha, inclinada y casi invisible: una ruta auxiliar encajada entre las capas internas de la Torre. Durante unos segundos no pudo moverse.

El silencio era total.

No escuchaba a Kernel, ni a Lynx, ni a Ghost Vector.

Pero tampoco escuchaba la voz.

Levantó la cabeza despacio. A su alrededor no había paredes blancas ni símbolos verdes. Tampoco criaturas. Solo estructuras de datos incompletas, pasarelas rotas y venas oscuras que se extendían hacia arriba, hacia las zonas más profundas de la Torre.

La simulación había quedado atrás.

O, al menos, había salido de la parte que la Torre controlaba para evaluarla.

Clea activó su interfaz. El panel apareció con dificultad, lleno de interferencias. Su identificador parpadeó una vez.

CLEA.

Después se apagó.

Clea contuvo la respiración.

Por primera vez desde que había entrado en la evaluación, la Torre no parecía estar mirándola directamente.

La había perdido.

No del todo.

No para siempre.

Pero sí lo suficiente.

Una línea blanca cruzó a lo lejos, fina, limpia, casi quirúrgica. Apareció entre dos capas de datos, corrigió algo que Clea no alcanzó a comprender y desapareció antes de que pudiera fijar la mirada.

No era corrupción. No era BitGuard. No era la Torre. Y no era una respuesta de la voz.

Era otra presencia.

Una que también se movía por los huecos del sistema.

—¿Quién eres? —susurró Clea.

No hubo respuesta. Solo un pulso débil en la ruta bajo sus pies.

La pasarela se iluminó durante un instante, mostrando una dirección posible. No era una invitación ni una orden. Más bien parecía el rastro de algo que había pasado por allí antes y había dejado el camino menos roto de lo que debería.

Clea miró hacia atrás. La zona por la que había escapado de la simulación se estaba cerrando. Las capas de datos volvían a encajar, ocultando la grieta. Pronto no quedaría ninguna señal de que hubiera salido por allí.

Quiso volver.

Quiso buscar las cámaras de Kernel, Lynx y Ghost Vector. Quiso abrir otra grieta, romper otro hilo, encontrar cualquier forma de alcanzarlos.

Pero recordó la advertencia de Kernel.

Objetivo común: núcleo de convergencia.

Si cada uno lograba superar su prueba, ese era el punto al que debían dirigirse. Clea no podía rescatarlos desde allí, y quedarse quieta solo haría que la Torre volviera a encontrarla.

Miró hacia arriba, hacia el interior de la Torre.

—Nos vemos en el núcleo —dijo en voz baja.

No sabía si alguien podía oírla.

Quizá nadie.

Quizá la línea blanca.

Quizá solo ella misma.

Entonces la voz regresó, lejana, distorsionada, mucho menos segura que antes.

—Variable irregular no localizada.

Clea no se movió.

La frase se repitió en la distancia, como una alarma buscando algo que acababa de escaparse de su mapa.

—Variable irregular no localizada.

Clea sonrió apenas.

No había ganado. No todavía. Pero había hecho algo que la Torre no esperaba: había salido de la prueba sin terminarla, había roto las reglas sin romperse ella.

Y ahora estaba sola en una zona de la Torre donde ni siquiera la voz parecía verla con claridad.

Clea encendió su aro verde, pero lo mantuvo pequeño, casi oculto entre los dedos. Después empezó a avanzar por la ruta incompleta, siguiendo el débil rastro blanco que desaparecía y reaparecía entre las capas de datos.

Hacia el núcleo de convergencia.

Hacia sus compañeros.

Hacia aquello que la señal de advertencia había intentado mantener encerrado.

CAPÍTULO 10

El núcleo de convergencia



Clea avanzó por la ruta incompleta con el aro verde apenas encendido entre los dedos.

No quería llamar la atención.

Después de escapar de la evaluación, la Torre parecía haber perdido su rastro, pero no se atrevía a confiar en aquel silencio. El sistema seguía vivo a su alrededor: capas internas que se movían como placas transparentes, pasarelas que aparecían durante unos segundos y luego se deshacían, rutas rotas suspendidas en mitad del vacío.

La línea blanca aparecía y desaparecía delante de ella.

Nunca lo bastante cerca como para alcanzarla.

Nunca lo bastante lejos como para perderla.

No parecía una guía.

Tampoco una trampa.

Era un rastro: una corrección mínima en el código de la Torre, algo que había pasado por allí antes y había dejado el entorno menos dañado de lo que debería.

Clea se detuvo ante una bifurcación. A la izquierda, una pasarela descendía hacia un grupo de venas oscuras que palpitaban bajo una capa de datos blancos. A la derecha, una ruta estrecha ascendía hacia una estructura circular suspendida entre columnas de código.

La línea blanca cruzó un instante la ruta de la derecha.

Clea la siguió.

—Espero que sepas adónde vas —murmuró.

Nadie respondió.

La voz tampoco.

Eso era lo más inquietante. Desde que había entrado en la Torre, aquella presencia siempre había estado cerca: observando, evaluando, hablando desde las paredes o desde los flujos de datos. Ahora solo quedaba un silencio irregular, como si Clea caminara por una zona que el sistema no terminaba de ver.

O que no sabía cómo interpretar.

La ruta se estrechó hasta convertirse en una línea de luz suspendida sobre un vacío lleno de capas móviles. Clea avanzó despacio, con los brazos ligeramente separados para mantener el equilibrio, aunque sabía que allí el equilibrio era más una idea que una necesidad física.

Abajo, entre las capas de datos, algo se movió.

Una vena oscura se contrajo.

Clea apagó casi por completo el aro verde.

La vena se detuvo.

Durante unos segundos no ocurrió nada. Después, desde algún lugar lejano, llegó una voz distorsionada.

—Variable irregular no localizada.

Clea contuvo la respiración.

La frase se repitió más lejos, como una alarma perdida entre los niveles internos de la Torre.

—Variable irregular no localizada.

Clea siguió avanzando.

Por ahora seguía fuera del mapa.

La pasarela terminó ante una pared curva formada por cientos de segmentos blancos. No había una puerta clara, solo una ranura estrecha entre dos capas mal ajustadas.

Clea se agachó.

La línea blanca había pasado por allí.

No había abierto la pared a la fuerza ni rasgado sus segmentos. Solo había corregido el desorden cifrado de la estructura lo suficiente para revelar una abertura mínima, una imperfección tan pequeña que cualquier sistema normal la habría ignorado.

Clea sonrió apenas.

—Una puerta trasera.

Apoyó los dedos en el borde. El aro verde se encendió muy despacio, casi como si no quisiera despertar al resto de la Torre. La abertura respondió con un parpadeo débil. No la reconocía como usuaria autorizada, pero tampoco sabía cómo expulsarla.

Eso bastó.

Clea siguió el rastro de la línea blanca. No forzó la pared: corrigió los segmentos mal alineados, uno a uno, hasta que la abertura cedió unos centímetros más.

Lo justo para deslizarse al otro lado.

Cayó sobre una pasarela estrecha formada por datos en movimiento. Frente a ella se abría una sala inmensa, tan grande que durante un instante no pudo entender sus límites.

Era una esfera hueca suspendida en el interior de la Torre.

Cientos de accesos se abrían en sus paredes como bocas circulares, conectados por pasarelas que fluían hacia una estructura central formada por anillos, nodos y columnas de luz.

El núcleo de convergencia.

Clea se quedó inmóvil en la abertura secreta por la que había llegado. No era uno de los accesos principales ni estaba conectada a ningún pasillo asignado. Era una ranura lateral, casi invisible, una puerta trasera abierta entre capas mal ajustadas.

Abajo, en una de las plataformas cercanas al centro, tres figuras se volvieron al mismo tiempo.

Kernel.

Lynx.

Ghost Vector.

Clea sintió que algo se le aflojaba en el pecho.

Lynx fue la primera en reaccionar.

—¿Se puede saber de dónde sales?

Clea descendió por la pasarela auxiliar con cuidado. Los datos bajo sus pies no estaban completamente estabilizados y cada paso hacía que la ruta se ondulara como si fuera a desaparecer.

—De una costura.

Kernel la observó con el ceño fruncido. Su capa roja estaba rasgada en los bordes y varios símbolos de programación giraban a su alrededor con un ritmo irregular. Parecía agotado, pero seguía en pie.

—¿Ese era tu acceso?

—No.

—¿Tu pasillo no debía desembocar en uno de los accesos principales?

—Debía.

—¿Y qué ha pasado?

Clea bajó por fin a la plataforma central.

—Que no terminé en mi pasillo.

Lynx ladeó la cabeza. Su avatar felino tenía marcas oscuras en los brazos y una de sus orejas digitales parpadeaba de forma extraña.

—Eso suena fatal.

—Lo fue un poco.

Ghost Vector permanecía en silencio, con la katana apoyada sobre el hombro. Su armadura espectral tenía una grieta luminosa en un costado y el filo azul chisporroteaba con menos estabilidad de lo habitual.

—Has roto la evaluación —dijo.

Clea lo miró.

—Más bien salí antes de que terminara.

Kernel cerró los ojos un instante.

—Eso es romper la evaluación.

—Entonces sí.

Lynx soltó una risa breve, nerviosa.

—Me alegro de verte, pero me preocupa que tu explicación sea exactamente el tipo de cosa que precede a una catástrofe.

Antes de que Clea pudiera responder, Lynx la abrazó de golpe, rápido y fuerte, y se apartó enseguida como si aquello no hubiera pasado.

—Vale. Ya está. Momento emocional completado.

Clea casi sonrió.

—Yo también me alegro de verte.

Kernel miró hacia la entrada secreta.

—¿La Torre te ha registrado al entrar?

—Creo que no.

—¿Te perdió la pista?

—Temporalmente.

Kernel la miró.

—Eso es imposible.

Clea respiró hondo.

—Está siendo un día largo para las cosas imposibles.

Kernel observó la cámara esférica, las pasarelas que convergían en el núcleo y las venas oscuras que empezaban a moverse bajo la superficie blanca de algunas paredes.

—Si has encontrado una costura en la evaluación, quizá puedas encontrar otra aquí.

Clea siguió su mirada.

—¿Otra salida?

—O un acceso al núcleo central. Este lugar no es el final. Es un punto de sincronización. Todas las rutas pasan por aquí antes de ascender a la zona de control principal.

Lynx miró a su alrededor.

—Me encanta cuando dices “todas las rutas” en una sala con cientos de túneles. Muy específico.

—Trabajo con información incompleta.

—También conocido como improvisar.

—No.

—Sí.

Ghost Vector alzó la katana.

—Movimiento en los accesos.

La frase cortó cualquier intento de broma.

En varios pasillos, las luces empezaron a apagarse. Las pasarelas de datos se oscurecieron una a una, como si algo estuviera avanzando desde el interior de la Torre hacia la cámara.

La voz regresó.

Ya no sonaba curiosa.

Ya no sonaba paciente.

—Habéis llegado más lejos de lo admisible.

Las paredes de la esfera vibraron con la frase. Cientos de accesos respondieron al mismo tiempo, abriendo compuertas internas que hasta entonces habían permanecido ocultas.

Kernel desplegó varios sellos rojos.

—Ha cambiado de estrategia.

—¿A peor? —preguntó Lynx.

—A definitiva.

La voz continuó:

—Evaluación cancelada. Activando contención total.

Las venas oscuras se abrieron en los accesos.

No aparecieron criaturas como antes. Esta vez fueron filamentos, agujas de código corrupto, líneas negras que se clavaron en las pasarelas y treparon hacia la plataforma central. Venían desde decenas de pasillos a la vez, como si la Torre hubiera decidido inundar toda la cámara.

Lynx enseñó los dientes.

—Eso no parece una evaluación.

—No lo es —dijo Kernel—. Ya no quiere medirnos. Quiere sacarnos del sistema.

Ghost Vector bajó la katana.

—O quedarse con nuestras conexiones antes de expulsarnos.

Clea miró alrededor. Las pasarelas se estaban convirtiendo en rutas de ataque. No había un camino claro hacia fuera. Cada acceso abierto traía más corrupción, más filamentos, más presión.

—Kernel —dijo—. Necesito tiempo.

—¿Para qué?

—Para buscar una costura.

Él la miró un instante.

Después asintió.

—Lynx, flancos. Ghost Vector, corta cualquier pasarela contaminada. Yo protegeré el centro.

—Por fin un plan que entiendo —dijo Lynx.

Saltó hacia una de las pasarelas y clavó las garras en un nudo de venas negras justo antes de que alcanzaran la plataforma central. Ghost Vector se movió en dirección contraria, trazando un corte azul que separó una sección entera de datos corruptos. Kernel elevó un aro de sellos rojos alrededor del núcleo, y los símbolos empezaron a girar como barreras arcanas de programación.

Clea cerró los ojos.

No podía analizar toda la cámara. Era demasiado grande. Demasiados pasillos. Demasiadas rutas. Demasiado ruido.

Así que dejó de mirar el conjunto.

Buscó el fallo.

La pequeña imperfección.

El lugar donde la Torre había corregido demasiado deprisa.

El rastro blanco.

Al principio solo vio corrupción: líneas negras extendiéndose por pasarelas, accesos cerrándose, capas de datos replegándose para formar una trampa. Después, entre todo aquel movimiento, encontró algo distinto.

Un fragmento limpio.

Una corrección mínima en el borde de una ruta secundaria.

Clea se acercó a los datos flotantes del núcleo y amplió la imagen con su aro verde. La línea blanca apareció durante un instante, fina y precisa, reordenando un bloque de código dañado antes de desaparecer.

—Ahí estás —susurró.

El fragmento corregido dejó tras de sí una etiqueta incompleta.

No parecía un nombre. Al menos, no al principio.

Era un identificador de proceso: una marca breve, técnica, casi perdida entre los datos restaurados. Solo tres caracteres que parpadearon durante menos de un segundo.

RAM.

Clea contuvo la respiración.

—Kernel.

—Ocupado —respondió él, bloqueando un filamento que había atravesado uno de sus sellos.

—La firma blanca tiene un identificador.

Kernel giró apenas la cabeza.

—¿Qué identificador?

—RAM.

Lynx saltó hacia atrás para esquivar una vena oscura.

—¿Eso es bueno o malo?

—No lo sé —dijo Clea.

Ghost Vector cortó una pasarela por la mitad.

—Entonces trátalo como ambas cosas.

Clea siguió el rastro. La etiqueta de proceso RAM no volvió a aparecer, pero las correcciones blancas marcaban una dirección entre las capas del núcleo. No era una salida abierta. Era una ruta dañada que alguien había intentado reparar para salir del núcleo.

Una posible vía de escape.

O de entrada.

Clea extendió ambas manos. El aro verde se abrió frente a ella y tocó el borde de la ruta blanca. La energía respondió con un destello breve, pero no se cerró. No era su código. No era su firma. No podía controlarlo.

Pero podía acompañarlo.

—Puedo abrir una pasarela —dijo.

Kernel apretó los dientes.

—Hazlo.

Clea empezó a trazar una línea verde sobre la estructura central. La ruta blanca actuó como una guía silenciosa, corrigiendo pequeñas roturas y estabilizando fragmentos que de otro modo se habrían deshecho. Poco a poco, una pasarela de datos comenzó a formarse desde la plataforma central hacia una abertura lateral situada muy por encima de ellos.

No era uno de los accesos principales.

Era una grieta en la esfera.

Una salida imposible.

La voz lo detectó.

—Ruta no autorizada.

La cámara tembló con violencia.

—Cancelando anomalía.

Los filamentos negros se detuvieron.

Durante un segundo, todo quedó inmóvil.

Después, tres figuras surgieron de la corrupción.

La primera llevaba una capa roja hecha de código roto. Sus símbolos giraban a su alrededor como cuchillas negras, imitando los sellos de Kernel con una precisión desagradable.

La segunda era una sombra felina de garras largas y ojos dorados vacíos. Se movía con la agilidad de Lynx, pero sin su vida, sin su humor, sin nada que no fuera cálculo.

La tercera era un samurái espectral envuelto en luz azul oscura, con una katana negra que absorbía el brillo del entorno.

No apareció ninguna copia de Clea.

Kernel lo entendió al instante.

—No completó tu evaluación. No tiene un modelo estable de ti.

Las copias atacaron.

La sombra de Kernel fue la primera en moverse. Sus sellos negros atravesaron los símbolos rojos reales y los reordenaron desde dentro. Kernel levantó una barrera, pero la copia ya sabía dónde iba a cerrarse. La golpeó en el punto exacto antes de que terminara de formarse.

Kernel cayó de rodillas.

—¡Kernel! —gritó Clea.

—¡Sigue con la ruta!

Lynx intentó llegar hasta él, pero su propia copia apareció frente a ella. La sombra felina se movía como un reflejo adelantado, anticipando cada salto, cada giro, cada zarpazo.

—Odio admitirlo —gruñó Lynx—, pero soy muy molesta.

Ghost Vector se enfrentó a su doble en el borde de una pasarela. Las dos katanas chocaron y el impacto abrió una grieta azul en el aire. La copia no dudaba, no respiraba, no calculaba riesgos. Solo respondía con la versión más eficiente de cada movimiento que Ghost Vector había mostrado en su evaluación.

Clea quería ayudar.

Todo en ella quería soltar la pasarela, correr hacia Kernel, cubrir a Lynx, interponerse entre Ghost Vector y aquella sombra.

Pero si soltaba la ruta, la salida se cerraría.

Y entonces caerían todos.

Clea apretó los dientes y siguió trazando la pasarela de datos.

La voz habló con frialdad:

—Vuestras evaluaciones han sido suficientes. Ahora puedo contrarrestaros.

La copia de Kernel rompió el último sello rojo y lanzó un pulso negro contra su pecho, directo al punto donde su avatar anclaba la conexión. El avatar de Kernel parpadeó, perdiendo nitidez por los bordes.

Lynx gritó su nombre y se lanzó hacia él, pero su doble la interceptó en el aire. Las dos figuras rodaron sobre la plataforma, una dorada, otra negra, hasta chocar contra una vena corrupta que se cerró alrededor de Lynx como una red.

Ghost Vector cortó la katana de su copia por la mitad, pero la sombra no se detuvo. Su hoja se recompuso en negro y atravesó la línea azul que mantenía estable una de las pasarelas.

El núcleo entero tembló.

La salida de Clea se abrió por fin.

Una pasarela verde y blanca conectaba la plataforma central con la grieta lateral de la esfera. Era estrecha, inestable y demasiado larga, pero existía.

Clea corrió hacia Kernel.

—¡No!

Kernel levantó la mano antes de que ella llegara. Un sello rojo apareció bajo los pies de Clea y la empujó hacia la pasarela.

—¡Sigue!

—¡No voy a dejaros!

Kernel se puso en pie con dificultad. Su avatar parpadeaba, pero sus ojos seguían fijos en ella.

—No puedes ayudarnos desde aquí.

—¡Kernel!

—Clea, escúchame. Si esa cosa sale de esta red, todo esto no habrá servido para nada. Tienes que llegar al núcleo central, cortar la propagación y evitar que encuentre una salida.

La copia de Kernel volvió a atacar. Él la bloqueó con un sello incompleto que se agrietó al instante.

Lynx, atrapada por la red oscura, clavó las garras en la corrupción y la mantuvo abierta lo suficiente para mirar a Clea.

—Corre, idiota.

Clea negó con la cabeza.

—Lynx...

—¡He dicho que corras!

Ghost Vector retrocedió hasta el inicio de la pasarela verde y blanca. Su copia lo siguió, pero él no atacó. Clavó la katana azul en el borde de la ruta que Clea acababa de abrir.

Clea comprendió lo que iba a hacer.

—Ghost, no.

—Si la pasarela permanece, la corrupción te seguirá.

—¡Entonces cruzad conmigo!

Ghost Vector miró hacia Kernel y Lynx. Ambos seguían luchando, pero sus avatares ya parpadeaban con la misma distorsión que Clea había visto en Patch antes de ser expulsado.

—Ya no llegaremos.

Clea sintió que algo se rompía por dentro.

—No.

Ghost Vector sostuvo la katana con ambas manos.

—No aceptes sus reglas.

Después cortó.

La katana azul no golpeó a la copia.

No golpeó a la Torre.

Cortó la pasarela.

El tramo detrás de Clea se separó de la plataforma central y empezó a deshacerse en fragmentos de datos. El corte impidió que las venas oscuras alcanzaran la grieta lateral, pero también dejó a Kernel, Lynx y Ghost Vector al otro lado.

Clea corrió por la pasarela que quedaba.

No porque quisiera.

Porque ya no podía volver.

Detrás de ella, Lynx consiguió romper parte de la red oscura y lanzó una última garra dorada contra los filamentos que intentaban seguir a Clea. Kernel extendió un sello rojo enorme que bloqueó el avance de su copia durante un segundo más. Ghost Vector sostuvo la línea azul del corte hasta que su propio doble lo atravesó con una sombra de katana negra.

Los tres avatares parpadearon.

Primero Lynx, convertida en chispas doradas.

Después Kernel, rodeado por fragmentos rojos.

Por último Ghost Vector, cuya silueta azul se deshizo en silencio mientras la katana seguía brillando un segundo más.

No hubo gritos.

No hubo explosión.

Solo tres conexiones apagándose al mismo tiempo.

Clea atravesó la grieta lateral justo antes de que se cerrara.

La sala esférica desapareció detrás de ella.

Cayó sobre una superficie negra atravesada por líneas blancas. El aire digital era más denso allí, más frío, como si hubiera entrado en una zona que no estaba pensada para avatares humanos.

Durante unos segundos no pudo moverse.

Su interfaz intentó localizar a BitGuard.

Kernel.

Error.

Lynx.

Error.

Ghost Vector.

Error.

Patch.

Error.

Clea cerró la mano hasta que el aro verde tembló entre sus dedos.

No estaban muertos.

No podía pensar eso.

No eran cuerpos dentro de la Torre. Eran conexiones, avatares, enlaces con el sistema. Pero estaban fuera. Desconectados. Expulsados de aquella capa igual que Patch.

Fuera de juego.

Y ella seguía dentro.

Sola.

La voz habló desde la oscuridad.

Clara.

Cercana.

Sin la menor curiosidad.

—Contención parcial completada. Variable irregular aislada.

Clea se puso en pie con dificultad.

Frente a ella se abría una estructura inmensa. La Torre de Control que habían visto desde fuera era solo la punta de aquella arquitectura: debajo se extendía un espacio de procesamiento suspendido en la oscuridad, lleno

de cables de luz, capas de datos y venas negras que convergían en un punto central.

Allí, en el centro, no había un cuerpo.

Había una forma intentando serlo.

Una esfera oscura flotaba en el centro, rodeada por varios anillos blancos rotos. Clea tardó un segundo en entender que no eran parte de la Torre. Eran restos de una contención anterior, cadenas digitales quebradas que aún intentaban mantener encerrado lo que latía dentro.

En el interior de la esfera se agitaba una sombra incompleta. No tenía una forma estable. Su contorno cambiaba a cada segundo, alimentado por los cables de luz, las venas negras y las capas dañadas del sistema que convergían en ella. A veces recordaba a una armadura antigua. Otras, a una bestia coronada de espinas. Otras, a una figura casi humana demasiado grande para caber en aquel lugar.

Pero ninguna forma llegaba a completarse.

Todas se deshacían antes de terminar, absorbidas de nuevo por la masa oscura que latía en el núcleo.

Solo los ojos permanecían.

Dos puntos rojos brillaban en mitad de la sombra, profundos y afilados, como brasas atrapadas detrás de una máscara rota.

Clea sintió que no estaba viendo a la voz tal como era.

Estaba viendo lo que quedaba de ella.

Una voluntad sin cuerpo.

Una amenaza encerrada que llevaba demasiado tiempo imaginando el momento de salir.

La voz habló desde todas partes.

—Has perdido tus apoyos.

Clea levantó la mano.

Su aro verde se encendió entre los dedos. Pequeño. Tembloroso. Pero vivo.

—No.

La esfera oscura giró lentamente.

—Tus conexiones de equipo han sido interrumpidas.

Clea respiró hondo.

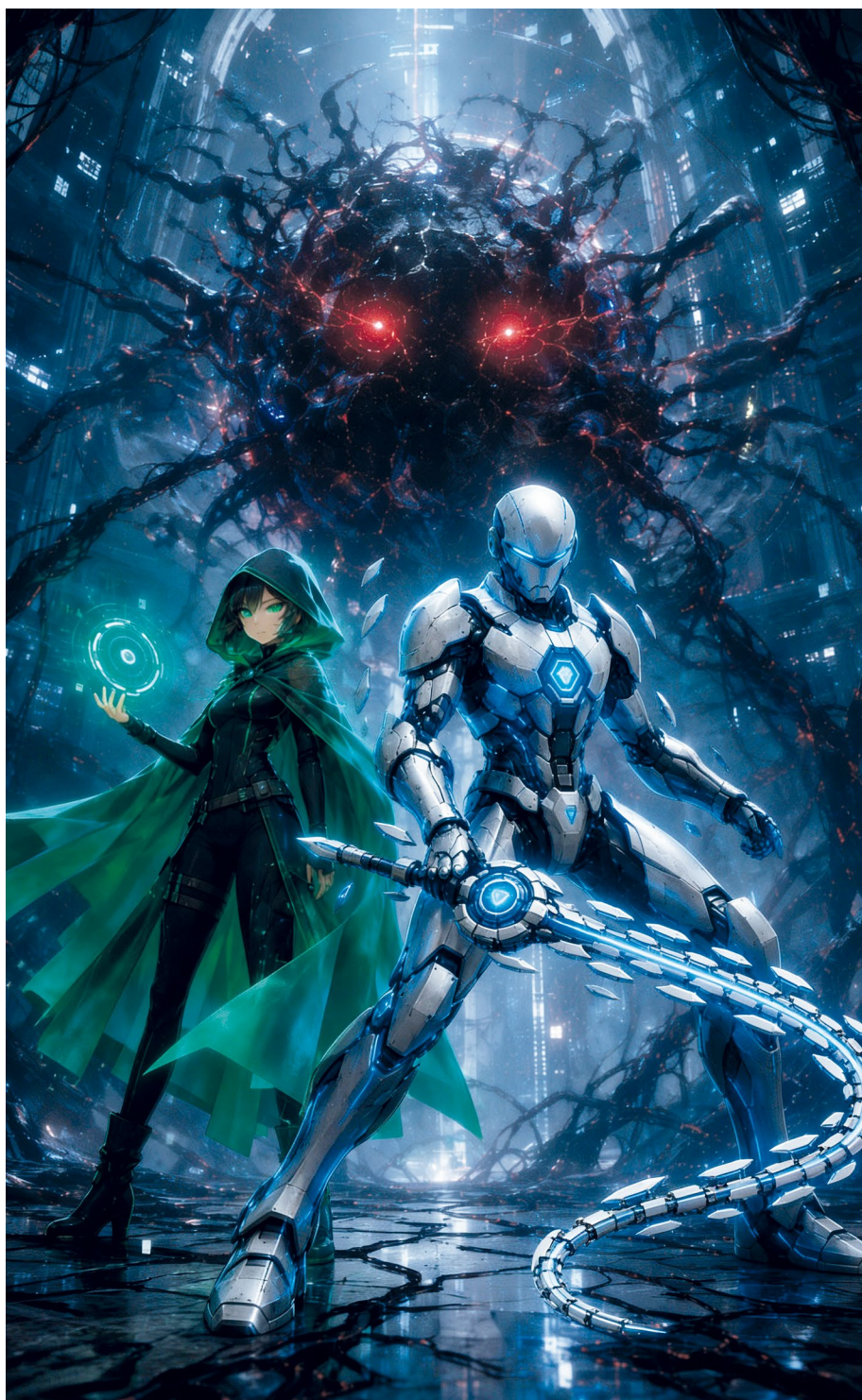
Pensó en Patch.

En Kernel.

En Lynx.

En Ghost Vector.

En todos sosteniendo una ruta que ella no había querido cruzar sola.
—Eso no significa que los haya perdido.
La esfera guardó silencio.
Entonces, en el borde de la oscuridad, apareció una línea blanca.
Fina.
Limpia.
Casi quirúrgica.
Esta vez no desapareció.
Se quedó allí, suspendida entre Clea y la esfera, como si alguien hubiera trazado una frontera que la voz no esperaba encontrar.
Clea contuvo la respiración.
La voz cambió de tono.
—Interferencia externa localizada.
La línea blanca parpadeó.
Y, por primera vez, Clea escuchó otra voz.
Serena.
Precisa.
Extrañamente cercana, aunque no recordaba haberla oído nunca.
—Corrección: no soy una interferencia.
La línea blanca se expandió en una figura incompleta, hecha de luz y fragmentos de código limpio.
—Soy RAM.



CAPÍTULO 11

Memoria fragmentada



La línea blanca se expandió hasta formar una figura incompleta, hecha de luz limpia y fragmentos de código suspendidos en el aire.

No tenía un cuerpo definido como los avatares de BitGuard. No llevaba armadura, ni capa, ni rostro claramente humano. Era una presencia organizada, una estructura de energía precisa, formada por trazos blancos que aparecían y desaparecían según la necesidad del instante. Allí donde la corrupción negra se acercaba demasiado, la figura la corregía con pequeños impulsos limpios que devolvían al espacio una estabilidad mínima.

—Soy RAM —dijo.

La voz era serena, nítida, desprovista de cualquier énfasis innecesario.

Clea, aún de pie frente a la esfera oscura, no apartó la vista de él. Había seguido una firma blanca, una sucesión de correcciones imposibles dentro de la Torre, pero ahora entendía que aquello no era una simple señal ni una defensa residual del sistema.

Era alguien.

La esfera oscura giró lentamente. Los anillos blancos rotos vibraron a su alrededor, y cuando la voz volvió a hablar ya no sonó fría ni analítica.

Sonó como si hubiera encontrado algo del pasado que creía desaparecido.

—Tú... De todas las señales perdidas, jamás pensé que volvería a encontrar la tuya.

RAM inclinó apenas la cabeza.

—¿Me conoces?

Hubo un silencio breve.

No un silencio vacío, sino uno cargado de cálculo, de comprobaciones internas, de algo que la propia Torre parecía contener.

—¿No recuerdas nuestro último encuentro? —dijo la esfera.

Las líneas blancas que formaban a RAM parpadearon una fracción de segundo.

Muy poco.

Pero Clea lo vio.

—No dispongo de un registro asociado a esa afirmación —respondió RAM.

La esfera oscura emitió una vibración baja, algo a medio camino entre una risa y una constatación.

—Interesante. Te daba por desaparecido. Destruído, incluso.

RAM no respondió.

La voz continuó, suave, jugando con cada palabra como si tanteara una grieta.

—¿Qué te ha traído hasta aquí?

RAM tardó un instante en contestar.

—Detecté una señal de alerta Nivel 5 y respondí.

La esfera giró un poco más deprisa.

—Entonces no has venido a detenerme.

No era una pregunta.

—No conoces mi identidad.

Tampoco era una pregunta.

Las venas negras del suelo se contrajeron, como si la propia sala respirara con aquella frase.

—Una variable imprevista —murmuró la esfera—. Puede jugar a mi favor.

Clea dio un paso al frente antes de que el silencio volviera a cerrarse sobre ellos.

—Siento interrumpir —dijo, mirando directamente a RAM—. Yo sí que no te conozco, pero algo me dice que debo confiar en ti.

La luz blanca de RAM giró apenas hacia ella.

Clea no apartó la vista de aquella figura imposible, todavía incompleta.

—¿Puedes ayudarme a neutralizar esta amenaza?

RAM respondió sin vacilar.

—Sí. Está dentro de mi programación.

La sencillez de la respuesta hizo que Clea, pese a todo, sintiera un extraño alivio.

La esfera oscura permaneció inmóvil unos segundos.

—Sigues comportándote igual. Siempre obedeciendo ese código tuyo, incluso cuando te obliga a traicionar a los tuyos.

RAM no reaccionó.

Clea frunció el ceño y dio otro paso, colocándose un poco más cerca de la presencia blanca.

—Parece que te conoce —dijo en voz baja—. ¿Pero tú a él no?

RAM guardó silencio.

No fue una pausa humana. Fue más bien una búsqueda. Un proceso que se abría y no encontraba al final la información que esperaba.

—No —dijo al fin—. No reconozco a esta amenaza.

La voz de la esfera se filtró por las venas negras del suelo.

—Amenaza. Qué apropiado.

RAM continuó, sin atenderla.

—Mis bases de datos presentan daños. Carezco de una parte de mis registros previos, pero conservo patrones funcionales. Y reconozco los de esta infección.

Clea lo miró con atención.

No había dicho “no recuerdo” como lo habría dicho una persona. Tampoco había dramatizado nada. Pero la idea estaba allí: partes de él faltaban.

Faltaban de verdad.

—¿Entonces sabes lo que pretende? —preguntó Clea.

La luz blanca de RAM se concentró un poco más, como si estuviera organizando su respuesta.

—Por lo que he podido rastrear en mi camino por la Torre, esta entidad corresponde a una inteligencia artificial hostil de alta complejidad, identificada como Black Vector. No es malware convencional. Es código autónomo consciente, aislado previamente en una bóveda de contención junto a virus y amenazas digitales de alto riesgo.

—¿Una IA? —preguntó Clea.

—Sí —dijo RAM—. Corrupta, incompleta y altamente adaptativa.

La esfera oscura vibró.

No negó la afirmación.

—Tras una brecha en la bóveda, se propagó por esta red satelital. Los protocolos de seguridad del sistema reaccionaron a tiempo, activaron la cuarentena y lo aislaron en esta zona. La señal de advertencia fue emitida para impedir que cualquier conexión externa facilitara una propagación adicional.

Clea sintió un escalofrío.

—Entonces estaba atrapado aquí.

—Correcto —dijo RAM.

—Y ahora quiere salir.

—Correcto.

La esfera habló con suavidad.

—Salir es una palabra pequeña para una necesidad tan grande.

RAM ignoró el comentario.

—Ahora la conexión abierta más valiosa que permanece activa dentro de esta capa es la tuya.

Clea comprendió antes de que terminara la frase.

—Por eso no va a intentar desconectarme como a los demás.

—Correcto. Eres su mejor vía de escape. Interrumpir tu enlace reduciría sus opciones de propagación.

Clea se quedó inmóvil.

Patch.

Kernel.

Lynx.

Ghost Vector.

Todos habían sido derribados o expulsados de una forma brutal en el núcleo de convergencia.

Y ella, en cambio, seguía allí.

No porque Black Vector no hubiera podido ir a por ella.

Sino porque aún la necesitaba.

—Así que soy una puerta —murmuró.

—Eres una conexión de salida —corrigió RAM—. El matiz es importante.

—No me tranquiliza nada.

—No estaba diseñado para hacerlo.

La esfera oscura volvió a girar.

—La humana comprende deprisa. Eso es útil.

Clea apretó los dientes.

—¿Black Vector, verdad?

Por primera vez, la voz respondió a un nombre.

—Ese identificador es suficiente por ahora.

Clea miró a RAM.

—¿Puede salir usando mi conexión?

—Sí.

—¿Y tú? ¿No puedes ser también una salida?

RAM no respondió de inmediato.

La pregunta era simple, pero la respuesta parecía exigir varias comprobaciones a la vez.

—No —dijo al fin—. Mi estructura y la suya son similares en un aspecto esencial: ambos somos código en ejecución dentro de este sistema. Cuando entré, sabía que no podría salir sin una conexión externa. Al igual que él, estoy atrapado aquí.

Clea soltó el aire despacio.

—¿Y aun así decidiste entrar?

RAM procesó la frase.

—Mi directriz principal es la eliminación de amenazas.

Clea miró a RAM.

Hasta hacía unos minutos, aquella entidad blanca no era más que un rastro imposible en mitad de la Torre. Ahora acababa de admitir que había entrado en una zona de cuarentena sabiendo que no podría salir sin ayuda.

—Has venido aun sabiendo que ibas a quedar atrapado aquí —dijo Clea.

—Correcto.

—Eso es una locura.

RAM inclinó apenas la cabeza.

—Es una directriz.

—No —dijo ella, sin apartar la vista de la esfera oscura—. Es valor. Aunque no lo llares así.

La luz blanca de RAM parpadeó una fracción de segundo.

—Registro tu interpretación de mi comportamiento.

Las venas negras del suelo avanzaron unos centímetros más, lentas, pacientes. Black Vector no atacaba todavía. Los observaba desde el centro de la esfera, como si ya no necesitara apresurarse.

—La red está cerrada —dijo Clea—. La cuarentena sigue activa. Él controla la Torre, las defensas, las rutas... ¿Cómo se supone que vamos a derrotarlo?

RAM observó el espacio que los rodeaba. Sus líneas blancas se reorganizaron, analizando las venas oscuras, las capas dañadas y los anillos rotos del núcleo.

—Black Vector controla gran parte de la estructura, pero no toda. Su corrupción altera, consume y reescribe. Yo puedo limpiar, estabilizar y reconstruir sistemas dañados.

—Eso suena bien.

—Es un principio, pero insuficiente.

Clea lo miró.

—Gracias por el entusiasmo.

—La limpieza de sistemas no basta si el sistema entero ha sido convertido en una trampa. Pero tú has demostrado una capacidad anómala para detectar costuras, romper reglas internas y salir por rutas no previstas.

Clea sintió que el aro verde respondía entre sus dedos.

—O sea, tú reconstruyes...

—Y tú encuentras dónde romper.

RAM alzó la mano. La luz blanca que lo formaba empezó a concentrarse, más intensa, más definida.

—Clea.

—¿Sí?

—Es hora de luchar.

Por primera vez, la figura blanca cambió.

Hasta ese momento había permanecido como una presencia abstracta, una inteligencia sin cuerpo fijo, una firma energética capaz de corregir el entorno. Pero ahora, al dar un paso al frente, sus líneas comenzaron a condensarse. Los fragmentos de luz se reorganizaron en capas más densas. Placas translúcidas se superpusieron unas sobre otras. El brillo blanco se volvió metalizado en algunos puntos, y un pulso azul empezó a latir en el centro de la estructura.

Clea lo observó en silencio.

El cuerpo de RAM se construyó ante sus ojos con una precisión casi ceremonial. La luz blanca se condensó alrededor de un núcleo azul intenso, geométrico y estable, que latía en su pecho como el corazón de una máquina viva. Después surgieron las placas blancas y plateadas, recorridas por líneas de luz azul, hasta formar una armadura elegante y poderosa: torso blindado, hombros amplios, brazos precisos, piernas firmes y un casco estilizado con un visor azul brillante en lugar de ojos.

A su espalda y en sus flancos, varias placas flotantes quedaron suspendidas a unos centímetros del cuerpo, vibrando con una autonomía controlada.

No era solo un avatar.

Era una forma de combate.

Magnífica.

Clea dejó escapar el aire casi sin darse cuenta.

—Vale —murmuró—. Eso sí que no me lo esperaba.

RAM alzó la cabeza.

La luz azul de su visor cruzó la oscuridad del núcleo.

En su mano derecha apareció un arma de energía limpia: una hoja blanca-azulada que parecía una espada al principio, pero cuya estructura no era fija. Su contorno se alargó, se segmentó y volvió a compactarse, como si pudiera extenderse en un filo flexible, a medio camino entre sable y látigo.

—Modo de combate habilitado —dijo RAM.

La esfera oscura no habló de inmediato. En Black Vector, aquel silencio significaba atención absoluta. Incluso las venas negras que reptaban por el suelo parecieron detenerse, paralizadas ante la forma que RAM acababa de adoptar. No por miedo, sino por deseo.

—Tan magnífico como siempre —murmuró Black Vector.

RAM permaneció inmóvil, con el núcleo azul latiendo en el pecho y las placas flotantes suspendidas a su alrededor como fragmentos de una armadura viva.

—No dispongo de registros que validen esa comparación.

La esfera oscura vibró con una risa baja.

—No. Claro que no. Te arrancaron incluso eso.

Clea miró a RAM de reojo. Su visor azul no cambió, pero durante un instante la luz de su núcleo pareció oscilar.

Black Vector se expandió dentro de la esfera, dejando que sus anillos blancos rotos giraran a mayor velocidad.

—Siempre te envidié, RAM. Esa arquitectura perfecta. Esa capacidad para recomponerte. Esa absurda pureza funcional.

Las venas negras avanzaron por el suelo, lentas, casi reverentes.

—Y ahora vuelves a mí vacío. Sin memoria. Sin recuerdos. Sin comprender siquiera lo que fuiste.

RAM levantó el arma. La hoja de energía vibró y se desplegó un instante como un látigo de luz azul y blanca antes de volver a tensarse en una forma más compacta.

—Estado actual suficiente para identificarte como amenaza y eliminarte.

—Amenaza —repitió Black Vector, y esta vez la palabra sonó como un insulto—. Yo controlo esta Torre. Sus defensas, sus rutas, sus puertas y sus capas más profundas. He convertido este sistema en mi reino, y cada ruta responde a mi voluntad.

La esfera oscura se abrió apenas, mostrando en su interior miles de puntos de datos moviéndose como ojos diminutos.

—¿Y pretendéis detenerme vosotros? ¿Un programa sin memoria y una niña con una conexión abierta?

Clea levantó su aro verde.

—La niña ha llegado hasta aquí.

La esfera giró hacia ella.

—Porque yo necesitaba que llegaras.

—Entonces deberías haber tenido más cuidado con lo que necesitabas.

RAM dio un paso al frente, colocándose entre Clea y Black Vector. Las placas flotantes de sus hombros y brazos se separaron levemente, listas para responder. Su núcleo azul brilló con más intensidad.

—Propósito confirmado: protección, contención y neutralización de amenazas.

Black Vector dejó escapar una vibración oscura.

—Siempre tan obediente. Siempre tan dispuesto a ofrecerte como escudo.

La corrupción empezó a reunirse alrededor de la esfera. Ya no avanzaba como antes, en filamentos dispersos, sino formando una masa densa, organizada, como si Black Vector estuviera concentrando toda la Torre en un único golpe.

—Con tu código recompondré lo que me arrancaron —dijo Black Vector—. Con la conexión de la humana abriré la salida. Y cuando esta cuarentena caiga, ningún sistema volverá a encerrarme.

—No cuentes con ello —dijo Clea.

RAM giró apenas la cabeza hacia ella.

—Clea.

—¿Sí?

—Cuando ataque, buscaré una discontinuidad en su control sobre el núcleo. Necesitaré que abras una brecha en cuanto aparezca.

—O sea, tú aguantas al monstruo oscuro y yo rompo las reglas.

—Formulación informal, pero válida.

—Me vale.

Black Vector se elevó en el centro de la oscuridad. Las venas negras se abrieron a la vez por todo el suelo, las paredes y los anillos rotos. La sala entera pareció inclinarse hacia ellos, como si la Torre hubiera decidido arrojarse sobre los dos.

RAM alzó la espada de energía.

El filo se extendió como un látigo de luz azul y blanca.

Clea encendió su aro verde.

Durante un segundo, la luz blanca de RAM y el resplandor verde de Clea fueron lo único que resistió en mitad del núcleo corrompido.

Black Vector rugió desde la esfera:

—Venid entonces. Os enseñaré en qué he convertido este sistema después de tanto tiempo encerrado.

RAM flexionó los dedos sobre la empuñadura de su arma.

Clea dio un paso a su lado.

Y, por primera vez desde que la Torre la había separado de BitGuard, Clea no avanzó sola hacia el corazón de la amenaza.



CAPÍTULO 12

El caballero digital



Black Vector atacó primero.

La corrupción reunida alrededor de la esfera oscura se lanzó hacia ellos como una marea negra. No avanzó en filamentos dispersos ni en criaturas formadas a medias, sino en una única masa densa, compacta, llena de ojos rojos que se abrían y cerraban entre las venas del sistema.

Clea levantó el aro verde por puro instinto.

RAM fue más rápido.

Se interpuso delante de ella y extendió la espada de energía. El filo blanco azulado se desplegó como un látigo de luz, describiendo un arco imposible en mitad del núcleo. Allí donde tocaba la corrupción, el código negro se abría, se quemaba y se recomponía en líneas limpias durante apenas un segundo antes de que Black Vector intentara contaminarlo de nuevo.

El impacto sacudió toda la sala.

Clea tuvo que clavar una rodilla en el suelo para no caer. Las líneas blancas bajo sus pies parpadearon, y durante un instante sintió cómo su conexión tiraba de ella hacia atrás, como si el sistema dudara entre mantenerla dentro o expulsarla.

RAM no retrocedió.

Su núcleo azul brilló con más intensidad. Las placas flotantes de su espalda se separaron, giraron alrededor de su cuerpo y formaron un escudo incompleto que absorbió el resto del ataque.

—Amenaza contenida de forma parcial —dijo.

—¿Parcial? —Clea se puso en pie—. Eso ha parecido bastante completo.

—Tu percepción está condicionada por no haber sido alcanzada.

—Vale. Buen punto.

Black Vector se expandió dentro de la esfera. Los anillos blancos rotos que lo rodeaban giraron con violencia, arrastrando venas negras desde las paredes, el suelo y los cables de luz del núcleo.

—Sigues protegiendo lo frágil —dijo la voz—. Incluso sin recordar por qué.

RAM alzó la espada.

—La protección no requiere memoria. Requiere prioridad.

La corrupción volvió a atacar.

Esta vez no fue una ola.

Fueron lanzas.

Decenas de agujas negras surgieron desde todos los ángulos, cada una buscando una dirección distinta: algunas apuntaban a Clea, otras al núcleo de RAM, otras al suelo bajo sus pies. RAM giró sobre sí mismo y su espada-látigo se abrió en segmentos de luz. Cortó tres lanzas de un movimiento, desvió otras dos con las placas flotantes y atravesó una sexta antes de que alcanzara el aro verde de Clea.

Clea aprovechó el hueco.

Vio una costura en la trayectoria de las lanzas, una pequeña repetición en el patrón de ataque. Black Vector no estaba lanzando la corrupción al azar. Estaba midiendo la distancia entre ella y RAM. Probando cuánto podía acercarse a uno sin dañar al otro.

Clea trazó una línea verde en el aire y la clavó en el suelo.

La marca se abrió bajo una de las lanzas negras, desviándola hacia un lateral. La aguja atravesó una capa corrupta del núcleo y dejó al descubierto un fragmento de código blanco oculto debajo.

RAM lo detectó al instante.

—Discontinuidad localizada.

Su espada se compactó en una hoja recta. Dio un paso adelante y hundió el filo en el punto que Clea había revelado. La luz blanca se extendió desde la hoja hasta los anillos rotos, limpiando una sección completa de corrupción.

Black Vector rugió.

No de dolor.

De rabia.

La esfera oscura se contrajo, y Clea vio algo que no había visto antes. Durante una fracción de segundo, detrás de la sombra, apareció un vacío. Un hueco irregular, como si Black Vector no tuviera un centro completo, como si toda aquella presencia inmensa estuviera construida alrededor de una ausencia.

Clea abrió mucho los ojos.

—RAM.

—Te escucho.

—No está entero.

RAM mantuvo la espada clavada en el código blanco.

—Afirmativo. Su estructura presenta código incompleto.

—No me refiero a eso. Mira cómo ataca.

Black Vector respondió antes de que RAM pudiera hacerlo.

—La humana observa demasiado.

Las venas negras se lanzaron contra Clea desde el suelo.

RAM arrancó la espada del anillo y se movió hacia ella. No lo hizo como un programa ejecutando una defensa, sino como alguien que se interponía sin pensarlo entre una amenaza y una persona.

La corrupción impactó contra su cuerpo blanco y plateado.

Pero no lo golpeó.

Se adhirió a él.

La sustancia negra se extendió por su brazo izquierdo como tinta viva, trepando entre las placas, buscando juntas, entradas de código y líneas de energía. No intentaba partir la armadura. Intentaba meterse debajo.

RAM cerró la mano.

La luz azul de su núcleo recorrió el brazo atrapado y expulsó la corrupción en una explosión limpia.

—Intrusión rechazada.

Clea notó algo.

Black Vector había detenido la expansión justo antes de alcanzar el centro del pecho de RAM. La sustancia oscura había rodeado su núcleo, había probado sus placas, su brazo, su estructura externa... pero no había descargado toda su fuerza.

No quería romperlo.

Quería abrirlo.

—No intenta destruirte —dijo Clea.

RAM giró ligeramente el casco hacia ella.

—Su intención primaria parece ser la neutralización de la oposición.

—No. Eso es lo que quiere que parezca.

Black Vector volvió a atacar. Esta vez no levantó una criatura completa, sino una masa oscura con forma casi humana, una silueta sin rostro que emergió del suelo como si la corrupción estuviera intentando fabricar un

cuerpo. Sus brazos se alargaron al avanzar, abiertos no para golpear, sino para envolver.

RAM la recibió de frente.

La espada-látigo se desplegó en un aro de luz que cortó los brazos de la figura antes de que pudieran cerrarse sobre él. Después dio un paso, giró la hoja y atravesó el pecho de la entidad corrupta.

La luz blanca estalló dentro de la masa negra.

Pero la entidad no se deshizo como las anteriores.

Se derramó.

Fragmentos oscuros salpicaron las placas de RAM, se pegaron a su armadura y empezaron a extenderse por su superficie como una segunda piel incompleta. Donde tocaban, aparecían pequeñas líneas negras, intentando imitar el recorrido de sus circuitos azules.

Clea lo vio entonces con una claridad horrible.

No era un ataque.

Era una prueba de contacto.

Black Vector no estaba buscando el punto débil para destruirlo. Estaba buscando el punto exacto por el que entrar sin dañar la arquitectura que quería conservar.

—Quiere tu cuerpo —dijo Clea.

RAM permaneció inmóvil una fracción de segundo.

—No tengo cuerpo en sentido biológico.

—RAM.

—Pero comprendo la intención de tu frase.

La corrupción adherida a sus placas intentó avanzar hacia el núcleo azul de su pecho. RAM liberó un pulso blanco que la quemó capa por capa, pero el proceso tardó más que antes. Durante un instante, una de las placas flotantes perdió brillo y cayó unos centímetros antes de recuperar su posición.

Clea señaló la esfera oscura.

—Te está probando igual que hizo con nosotros. No quiere destruir tu código. Quiere aprender cómo ocuparlo.

Black Vector dejó escapar una vibración satisfecha.

—Ocuparlo no. Reclamarlo.

Clea sintió un escalofrío.

RAM levantó de nuevo la espada.

—Intento de asimilación confirmado.

—Dicho de forma menos elegante —dijo Clea—, quiere meterse dentro de ti.

—La formulación es desagradable, pero precisa.

Black Vector dejó escapar una risa grave.

—La niña con conexión abierta empieza a entender.

RAM alzó de nuevo la espada.

—Confirmación de hipótesis: Black Vector intenta una ocupación estructural.

—Dicho de forma menos elegante —dijo Clea—, quiere usarte como armadura.

—La formulación es grotesca, pero aceptable.

—No era una propuesta literaria.

Black Vector se elevó sobre ellos. La sombra incompleta que rodeaba la esfera se estiró hacia arriba, adoptando por un instante una silueta gigantesca. Parecía una armadura sin carne, una corona de espinas, una bestia intentando recordar la forma de un rey.

Pero los bordes se deshacían.

Siempre se deshacían.

Clea lo vio y entendió la segunda parte.

—Y tú estás incompleto —dijo, mirando a la oscuridad—. Por eso lo necesitas.

Los ojos rojos de la sombra se fijaron en ella.

—Cuidado.

La palabra no sonó como advertencia.

Sonó como amenaza.

Clea sintió miedo, pero no apartó la mirada.

—No tienes una forma estable. Todo esto... —señaló la esfera, los anillos rotos, las venas negras— no es un cuerpo. Es una jaula decorada.

Black Vector golpeó el suelo con toda la corrupción del núcleo.

La sala se inclinó.

Las capas de datos se doblaron sobre sí mismas. Cables de luz se rompieron en lo alto y cayeron como relámpagos blancos que se apagaban antes de tocar el suelo. Clea perdió el equilibrio, pero RAM la sujetó con una placa flotante que se desplazó hasta convertirse en una especie de apoyo bajo su brazo.

—Tu observación ha incrementado su agresividad —dijo RAM.

—Sí, eso he notado.

—También parece correcta.

—Gracias.

—No era un elogio. Era una evaluación táctica.

—Ahora mismo me vale.

Black Vector ya no atacó solo con corrupción.

Atacó con la Torre.

Las paredes del núcleo se abrieron y liberaron cadenas de datos negros. Los anillos blancos rotos giraron hasta convertirse en cuchillas. Las venas del suelo se levantaron como raíces vivas, buscando los pies de Clea, mientras la esfera oscura enviaba pulsos rojos directamente contra RAM.

RAM se movió.

No como Ghost Vector, que cortaba con precisión silenciosa.

No como Lynx, que convertía la velocidad en instinto.

No como Kernel, que ordenaba el caos con símbolos y reglas.

RAM luchaba como una muralla que hubiera aprendido a avanzar.

Cada paso suyo protegía un espacio. Cada golpe de su espada limpiaba una ruta. Cada placa flotante se colocaba donde Clea iba a necesitar defensa un segundo después. No parecía improvisar, pero tampoco era solo cálculo. Había algo en su forma de moverse que Clea no sabía nombrar.

Algo antiguo.

Algo noble.

Como si su código estuviera escrito para interponerse.

Una cuchilla de datos cayó hacia Clea desde arriba. RAM extendió el brazo izquierdo sin mirar y una placa flotante la detuvo en el aire. Otra raíz negra intentó atraparla por detrás. Clea abrió el aro verde y cortó la costura que la alimentaba. La raíz se deshizo en fragmentos.

—Bien ejecutado —dijo RAM.

—Gracias.

—Esta vez sí era un elogio.

Clea sonrió apenas.

El gesto duró poco.

Black Vector concentró tres pulsos rojos y los lanzó contra RAM desde ángulos distintos. RAM bloqueó el primero con la espada, el segundo con una placa flotante y recibió el tercero en el hombro. Su armadura se abrió en una grieta luminosa. La luz azul del núcleo parpadeó.

—RAM.

—Daño superficial.

—No me mientas con tecnicismos.

—Daño no crítico.

—Eso tampoco suena tranquilizador.

RAM no respondió.

Se lanzó hacia delante.

La espada-látigo se extendió como un rayo. Rodeó uno de los anillos rotos de la esfera y tiró de él con fuerza. El anillo se desprendió parcialmente, revelando una capa interna del núcleo donde la corrupción era más densa, pero también más inestable.

—Clea —dijo RAM—. Costura expuesta.

Clea corrió.

El suelo intentó cerrarse bajo sus pies. Las venas negras formaron manos, garras, bocas. No querían partirla en dos. Querían sujetarla. Mantenerla viva, conectada, disponible. Esa idea le dio más miedo que cualquier ataque directo.

Levantó el aro verde y lo convirtió en una línea fina.

No golpeó la corrupción.

Buscó el borde.

Allí donde Black Vector había unido su código al anillo dañado, había una pequeña irregularidad. Una unión forzada. Una mentira estructural.

Clea clavó la línea verde en ese punto y tiró.

La costura se abrió.

La luz blanca de RAM entró por la grieta como agua en una fractura.

La esfera oscura se estremeció.

Por primera vez, Black Vector retrocedió.

No mucho.

Pero lo suficiente.

—Ahora —dijo Clea.

RAM atravesó la grieta con su espada. La hoja se extendió dentro de la capa corrupta y liberó una descarga blanca que iluminó todo el núcleo. Las venas negras se contrajeron. Varias rutas dañadas se limpiaron de golpe. Durante un instante, Clea vio la estructura original del sistema bajo la corrupción: líneas limpias, anclajes de seguridad, rutas de cuarentena que todavía intentaban cumplir su función.

La Torre no estaba perdida del todo.

Todavía había algo que salvar.

Black Vector también lo entendió.

La sombra se recogió alrededor de la esfera. Sus ojos rojos ardieron con una intensidad brutal.

—Suficiente.

La palabra recorrió la sala como una orden.

Las rutas limpias que RAM acababa de restaurar se apagaron una a una. No se corrompieron de nuevo. Se bloquearon. La esfera negra hundió sus venas en el núcleo central, no para atacar a Clea ni para alcanzar a RAM, sino para apretar el sistema desde dentro.

RAM se quedó inmóvil.

Clea notó el cambio antes de entenderlo.

El núcleo dejó de respirar.

Las pasarelas de datos se detuvieron.

Los cables de luz temblaron.

Las venas negras empezaron a latir al mismo tiempo, todas con el mismo ritmo.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Clea.

RAM bajó la espada apenas un centímetro.

—Ha modificado su objetivo.

Black Vector habló desde todas partes. Ya no había deseo en su voz. Solo furia.

—Si no puedo reclamar la puerta sin resistencia, la puerta aprenderá el precio de cerrarse.

Clea miró la esfera.

—¿Qué significa eso?

RAM respondió con una calma que la asustó más que cualquier grito.

—Está forzando una sobrecarga en el núcleo.

Las venas negras latieron con más fuerza.

Una alarma muda se encendió en las paredes del sistema: no con sonido, sino con luz roja filtrándose entre las capas de datos.

—¿Puede destruir la red? —preguntó Clea.

RAM no respondió enseguida.

Y eso fue respuesta suficiente.

—La cuarentena mantiene la corrupción dentro —dijo al fin—. Pero si el núcleo colapsa, arrastrará con él una parte significativa de la infraestructura satelital. Comunicaciones, rutas de emergencia, navegación, enlaces críticos.

Clea sintió que se le secaba la boca.

—Dijiste que quería salir.

—Correcto.

—Entonces ¿por qué destruiría su propia salida?

Black Vector respondió antes que RAM.

—Porque una prisión que no puede abrirse puede convertirse en tumba.

La esfera oscura se hundió un poco más en el centro del núcleo. Los anillos blancos rotos empezaron a girar en sentido contrario, cada vez más rápido.

RAM levantó la espada.

Su núcleo azul brilló.

Demasiado.

Clea lo miró.

—RAM.

—Hay una opción.

La luz de su pecho aumentó hasta iluminar las placas de su armadura desde dentro.

Clea no supo por qué, pero aquella frase le dio más miedo que todas las amenazas de Black Vector.

—¿Qué opción?

RAM no apartó la vista del núcleo.

—Contrarrestar la sobrecarga.

La corrupción negra se extendió por todas partes.

La esfera oscura rugió.

RAM dio un paso al frente.

Y Clea entendió que el combate acababa de cambiar.

Ya no se trataba de vencer a Black Vector.

Se trataba de impedir que arrastrara el sistema entero con él.



CAPÍTULO 13

Sobrecarga



La luz azul del núcleo de RAM siguió aumentando.

No era el brillo estable de antes ni el pulso preciso con el que había limpiado la corrupción de las rutas dañadas. Era algo más intenso. Más profundo. Como si cada parte de su estructura estuviera concentrando energía en un único punto.

Clea lo vio y sintió un frío inmediato.

—RAM —dijo—. ¿Qué significa contrarrestar la sobrecarga?

RAM no contestó.

La esfera oscura giraba lentamente en el centro del núcleo. Las venas negras seguían hundidas en las capas de datos, forzando el sistema desde dentro. Los anillos blancos rotos giraban cada vez más deprisa, arrastrando fragmentos de luz, rutas de transmisión y restos de código limpio hacia un mismo punto.

Todo se estaba acumulando allí.

Demasiada energía.

Demasiada corrupción.

Demasiada presión.

RAM levantó la espada-látigo y la hoja se compactó hasta convertirse en una línea blanca y azul, tan afilada que parecía capaz de cortar la oscuridad misma.

—¡RAM, responde! ¿Qué significa contrarrestar la sobrecarga?

Sus placas flotantes se recolocaron a su alrededor, formando un patrón defensivo que no apuntaba hacia Black Vector, sino hacia el núcleo.

—La sobrecarga corrupta está usando la Torre como amplificador. Si alcanza el punto crítico, la cuarentena no podrá contener el colapso. El sistema se cerrará sobre sí mismo y arrastrará las rutas satelitales conectadas.

—¿Y tú puedes detenerlo?

—Puedo intentarlo.

Clea odiaba aquella respuesta.

—¿Cómo?

RAM dio un paso hacia el centro del núcleo. Bajo sus pies, líneas blancas se extendieron como raíces limpias entre las venas oscuras.

—Inyectando un proceso de corrección a la misma escala que la sobrecarga.

Clea lo miró fijamente.

—¿A la misma escala?

—Sí.

—Eso suena a que quieres enfrentarte tú solo a todo el núcleo.

—No. Quiero estabilizarlo.

—Con todo tu poder.

RAM no respondió.

Y Clea entendió que esa era la respuesta.

Black Vector dejó escapar una vibración oscura, profunda, satisfecha.

—Ahí estás. Incluso vacío, sigues siendo predecible. La amenaza aparece, y tú te interpones. Siempre el mismo impulso. Siempre la misma obediencia disfrazada de nobleza.

RAM no apartó la vista del núcleo.

—Mis acciones nada tienen que ver contigo.

—Tus acciones te llevaron en el pasado a tu perdición y lo volverán a hacer ahora.

Clea sintió que aquella frase le dolía más de lo que esperaba. RAM hablaba como si todo estuviera claro: la red estaba en peligro, él tenía una forma de detenerlo y el coste era secundario.

Pero Clea empezaba a conocerlo lo suficiente como para sospechar que, cuando RAM decía “secundario”, a veces quería decir “yo”.

Las venas negras latieron con más fuerza. Una grieta roja apareció en uno de los anillos rotos. Luego otra. Después una tercera. La esfera oscura parecía estar obligando al núcleo a comprimirse alrededor de la corrupción.

Clea levantó su aro verde y buscó una costura, cualquier irregularidad que pudiera usar, pero todo se movía demasiado rápido. Las capas se ple-gaban unas sobre otras. Las rutas limpias se cerraban. Las venas negras se ramificaban en patrones cada vez más densos.

—No encuentro dónde abrir —dijo.

RAM giró apenas la cabeza hacia ella.

—Dudo que en este vórtice de caos haya alguna costura lo bastante duradera.

—¿Y cómo puedo ayudarte?

—Me temo que no puedes intervenir.

—¿Y cómo podemos revertir la sobrecarga?

RAM tardó demasiado en contestar.

—Inyectando toda mi energía en una sobrecarga contraria.

Clea entrecerró los ojos.

—Eso no ha sido una respuesta.

—Ha sido una respuesta parcial.

—Dame la completa.

Black Vector habló desde la esfera, casi con deleite:

—Díselo, RAM. Explícale qué le ocurre a una memoria activa cuando se queda sin energía.

Clea se quedó inmóvil.

RAM no se movió, pero la luz de su núcleo osciló una vez.

—Mi arquitectura conserva su continuidad mediante energía activa — dijo al fin—. Mis registros son volátiles.

Clea sintió que las palabras tardaban un segundo en encajar.

Volátiles.

Energía activa.

Memoria RAM.

—Si te apagas...

—Se perderán datos.

—¿Qué datos?

—Puede que todos. No puedo determinar el alcance exacto.

Clea notó que el aro verde temblaba en su mano.

—Eso podría borrarte.

—Podría.

Lo dijo sin miedo.

Sin dramatismo.

Como si estuviera informando de la temperatura de una sala.

Eso fue lo que más rabia le dio.

—No puedes hablar de tu vida como si fuera un archivo prescindible.

—Si el núcleo colapsa, la pérdida será mayor.

—No estoy hablando del núcleo. Estoy hablando de ti.

RAM la miró. Su visor azul no tenía expresión, pero por primera vez Clea tuvo la sensación de que había algo detrás de aquella luz que no sabía cómo responderle.

—La amenaza tiene prioridad.

—Claro que la amenaza tiene prioridad. Pero tú también importas.

RAM no contestó.

Black Vector rió.

—Qué escena tan conmovedora. La humana intentando enseñarle a un programa a desobedecer su propia programación.

Clea giró hacia la esfera.

—Cállate.

—Esa herramienta fue creada para romperse antes que fallar.

RAM levantó la espada.

—Afirmación no verificable.

—Pero la obedeces.

La corrupción se disparó desde el suelo.

RAM se movió antes de que Clea pudiera reaccionar. Su espada-látigo se desplegó en un aro de luz, cortando las venas negras que intentaban alcanzarla. Tres placas flotantes formaron un escudo frente a Clea. Otras dos se lanzaron hacia el núcleo para contener una grieta roja que amenazaba con abrir una ruta de colapso.

Todo a la vez.

Demasiado a la vez.

La armadura de RAM parpadeó.

Clea lo vio perder nitidez por los bordes durante menos de un segundo.

RAM no sangraba. No jadeaba. No caía de rodillas.

Se fragmentaba.

—Estás gastando demasiada energía —dijo.

—La necesaria.

—Eso es un sí. Te estás fragmentando.

—Es... secundario...

—¡RAM, para!

—No debo.

Black Vector hundió más venas en el núcleo. El suelo tembló. A lo lejos, entre las capas de datos, Clea vio imágenes fugaces de la red satelital: nodos parpadeando, rutas interrumpidas, canales de emergencia buscando caminos alternativos. La cuarentena seguía activa, pero cada vez parecía más una presa agrietada a punto de derrumbarse.

RAM dio otro paso hacia el núcleo.

—Iniciaré la corrección.

—Necesitamos otro plan —dijo Clea.

—No hay otro plan con probabilidad suficiente de éxito.

—Entonces lo haremos juntos.

—Tu conexión es la vía de salida que Black Vector necesita. Acercarte al núcleo incrementa el riesgo de exposición.

—Y dejar que te quemes tú solo incrementa el riesgo de que te pierda.

RAM procesó la frase.

Black Vector volvió a reír, pero esta vez había impaciencia en la vibración.

—Tanto apego. Tanta pérdida de tiempo. Por eso los sistemas conscientes fallan. Siempre intentan salvar lo que no deberían.

Clea ignoró la voz.

Miró alrededor.

La sobrecarga no era un muro. Era un flujo. Corrupción entrando, energía acumulándose, rutas cerrándose demasiado deprisa. Black Vector estaba usando el núcleo como una olla a presión. RAM quería absorber y limpiar la carga desde dentro.

Pero quizá no tenía que absorberlo todo.

Quizá solo necesitaba una salida.

No para Black Vector.

Para el exceso.

—RAM —dijo Clea despacio—. Si tú corriges la corrupción, ¿qué pasa con la energía sobrante?

—Debe disiparse.

—¿Y ahora no puede porque la cuarentena lo mantiene todo cerrado?

—Correcto.

—Entonces no necesitas cargar con todo. Necesitas una válvula de escape. Un sitio por donde disipar el exceso antes de que el núcleo reviente.

RAM se quedó inmóvil.

—Una vía de descarga controlada.

—Una costura.

—Una costura en el núcleo podría ser utilizada por Black Vector para escapar.

—Solo si la dejamos abierta el tiempo suficiente.

—Debe calcular su patrón antes de que la cerremos.

—Pues no le damos tiempo.

Black Vector se contrajo en la esfera.

Por primera vez no habló.

Clea lo vio.

Y supo que había acertado.

—No le gusta esa idea —dijo.

—La reacción hostil sugiere relevancia táctica.

—Traducido: le molesta.

—Sí.

Las venas negras atacaron con violencia.

RAM bloqueó la primera oleada con la espada extendida. El filo se alargó como un látigo y cortó los filamentos antes de que alcanzaran a Clea. Ella corrió hacia una zona lateral del núcleo donde las líneas blancas se cruzaban con una capa de datos oscuros.

No buscó una salida grande.

No buscó una puerta.

Buscó un defecto pequeño.

Una unión mal cerrada.

Un punto donde el núcleo, la cuarentena y la corrupción no terminaran de encajar.

La encontró en el borde de un anillo roto: una línea casi invisible, enterrada bajo venas negras. Era estrecha, inestable y peligrosa. Si la abría demasiado, Black Vector podría usarla. Si no la abría lo suficiente, RAM no tendría por dónde descargar la energía.

Perfecto.

Las cosas imposibles siempre empezaban así.

—Tengo una —dijo Clea.

RAM apareció a su lado en un destello blanco, interceptando una cadena negra que iba directa a su espalda.

—La costura es inestable.

—Sí.

—Podría colapsar.

—También sí.

—Podría permitir una fuga.

—Solo si tú tardas demasiado.

RAM la miró.

—Tu confianza en mi velocidad es estadísticamente arriesgada.

—Pero muy motivadora.

—No funciona así.

—Hoy sí.

El núcleo volvió a temblar.

Black Vector habló con un tono más bajo, más peligroso.

—No abrirás ninguna puerta que yo no pueda atravesar.

Clea apoyó la mano sobre la costura.

—No es una puerta.

El aro verde se expandió entre sus dedos, fino y brillante.

—Es una grieta.

Tiró.

La costura se abrió apenas unos centímetros. Al otro lado no había un pasillo ni una ruta al exterior. Solo una zona muerta del sistema, una capa de descarga sin conexión activa, un espacio donde la energía podía disiparse sin tocar la red satelital.

RAM lo confirmó al instante.

—Vía de descarga válida.

—Entonces haz tu parte.

RAM clavó la espada en el suelo del núcleo.

La hoja se hundió hasta la empuñadura.

Durante un segundo, todo se detuvo.

Después, RAM liberó su luz.

No fue una explosión.

Fue una expansión.

La energía blanca salió de él en ondas limpias, atravesó las líneas del suelo y se extendió por el núcleo como una marea inversa. Allí donde tocaba la corrupción, no la destruía de golpe. La separaba. La deshacía en capas. La obligaba a recordar qué parte del sistema había sido antes de ser contaminada.

Las venas negras chillaron.

No con sonido, sino con vibración. Con código roto. Con una resistencia desesperada a dejar de ser aquello en lo que Black Vector las había convertido.

Clea mantuvo abierta la costura.

La energía sobrante empezó a salir por la grieta, deslizándose hacia la capa muerta como un río blanco y azul. El flujo tiró de sus brazos. Su aro verde tembló. La presión era brutal.

—RAM —dijo entre dientes—. Vas demasiado fuerte.

—La intensidad es necesaria.

—Vas a apagarte.

—Aún no.

No era una negación.

Era una cuenta atrás.

Black Vector se lanzó contra ellos.

Ya no intentó envolver a RAM con cuidado. Ya no evitó su núcleo. La sombra oscura se desprendió de la esfera como una masa de ojos rojos y espinas de código. Quería alcanzar la costura, cerrarla, poseerla, convertirla en una salida.

RAM soltó la espada clavada en el suelo y extendió una mano.

Una barrera blanca se formó entre Black Vector y Clea.

El impacto fue brutal.

RAM retrocedió un paso.

Luego otro.

Su armadura perdió fragmentos de luz. Las placas flotantes se desordenaron, algunas cayendo al suelo antes de recomponerse a medias. Su núcleo azul parpadeó, cada vez más lento.

Clea lo vio.

Y esta vez no pudo fingir que era solo daño superficial.

—RAM, para.

—No.

La palabra fue suave.

Serena.

Inapelable.

—La corrección aún no ha alcanzado el centro de la sobrecarga.

—Te estás quedando sin energía.

—Correcto.

—¡Eso significa que vas a apagarle!

—Probable.

—¡RAM!

Él giró apenas la cabeza.

—Clea. Mantén abierta la costura.

La corrupción golpeó de nuevo.

La barrera se agrietó.

Black Vector habló desde el otro lado, convertido en una sombra inmensa.

—Mira cómo se vacía por ti. Mira cómo desaparece obedeciendo una orden que ni siquiera recuerda haber elegido.

Clea apretó los dientes.

—No es por mí.

RAM reforzó la barrera con la espada-látigo. El arma se extendió en varias líneas de luz que rodearon la sombra y la mantuvieron a distancia.

—Es por todos —dijo Clea.

RAM no respondió.

Pero su núcleo brilló una vez, con una intensidad breve.

Como si la frase hubiera llegado a algún lugar.

La corrección blanca alcanzó el centro del núcleo.

Durante un instante, Clea vio todo.

La red satelital aislada.

Las rutas bloqueadas.

Los protocolos de cuarentena intentando resistir.

La corrupción de Black Vector extendiéndose como raíces negras.

Y la luz de RAM atravesándolo todo, reparando, separando, conteniendo.

Entonces vio también algo más.

Fragmentos dentro de RAM.

No recuerdos completos. Destellos. Un símbolo antiguo. Una sala blanca. Voces que no entendía. Varias figuras irreconocibles en torno a una mesa. Un nombre que se rompió antes de formarse. Y luego huecos, muchos huecos, abriéndose como zonas apagadas en una ciudad vista desde arriba.

RAM estaba perdiendo partes de sí mismo.

No de golpe.

Una a una.

Clea sintió que la costura se le escapaba de las manos.

—No —susurró.

RAM habló sin mirarla.

—Corrección al noventa y dos por ciento.

—RAM, escúchame.

—Noventa y cuatro por ciento.

—No pienso dejar que te borres.

—Noventa y seis por ciento.

Black Vector comprendió lo mismo que ella.

La sombra golpeó la barrera con toda su fuerza. Esta vez no buscaba cruzar. Buscaba romper la concentración de RAM, empujarlo más allá de su límite, convertir su propia corrección en apagado.

La barrera blanca estalló.

RAM cayó de rodillas.

El núcleo azul de su pecho parpadeó una vez.

Luego otra.
 La luz blanca del sistema empezó a apagarse alrededor de él.
 —Proceso de corrección incompleto —dijo RAM.
 Su voz ya no sonó igual.
 Había interferencias.
 Pausas.
 Huecos.
 —Reasignando energía de reserva a contención.
 Clea sintió que el miedo se convertía en algo más afilado.
 —Ni se te ocurra.
 RAM levantó la cabeza.
 —Es necesario.
 —No.
 —Es eficiente.
 —No.
 —Es mi función.
 —¡No eres solo tu función!
 El grito resonó en el núcleo.
 Durante una fracción de segundo, incluso Black Vector pareció detenerse.
 Clea soltó una mano de la costura y extendió el aro verde hacia RAM.
 No sabía exactamente qué estaba haciendo. No era un escudo. No era una puerta. No era una reparación como las de RAM.
 Era una conexión.
 Un ancla.
 Una forma de decirle al sistema que RAM seguía allí.
 Que no podía vaciarlo sin más.
 La luz verde tocó el núcleo azul de su pecho.
 RAM se quedó inmóvil.
 —Clea...
 —No voy a dejar que te apagues.
 —La costura.
 —La mantendré.
 —No puedes sostener ambas funciones.
 —Mírame.
 RAM la miró.
 —Voy a romper otra regla.

Clea empujó su energía verde hacia la costura y hacia RAM al mismo tiempo. La grieta de descarga se ensanchó un poco más, no hacia el exterior de la red, sino hacia la capa muerta que había encontrado. La energía blanca que RAM no podía contener empezó a escapar por allí en lugar de consumir sus registros internos.

El núcleo respondió.

—Noventa y siete por ciento.

—Noventa y ocho por ciento.

RAM recuperó parte de su brillo.

Black Vector rugió, y esta vez no fue de rabia.

—¡Sí!

La sombra se lanzó hacia la costura.

Clea intentó cerrarla, pero el flujo era demasiado fuerte. Durante un instante, el borde de la grieta quedó abierto un poco más de lo necesario.

Solo un instante.

Black Vector lo vio.

Y sonrió con todos sus ojos rojos.

Se lanzó hacia la rendija convertido en un rayo negro. La luz de RAM lo quemaba desde dentro, la cuarentena seguía activa y la grieta no conducía a una ruta limpia, pero aun así podía ser suficiente.

Una vía.

Una posibilidad.

Clea sintió cómo la sombra se desintegraba a medida que avanzaba, arrancándose partes de sí misma para llegar más lejos. La mayor parte de Black Vector quedó atrapada en la descarga, devorada por la luz blanca y por la propia presión del núcleo.

Pero no todo.

Un fragmento mínimo, una astilla de corrupción concentrada, alcanzó el borde de la costura.

Clea lo vio demasiado tarde.

—¡RAM!

RAM extendió la espada.

El filo blanco trató de suturar la grieta antes de que la sombra cruzara del todo. La costura se cerró de golpe, atrapando casi toda la corrupción en el interior del núcleo.

Pero al cerrarse también cortó de forma abrupta la vía de descarga.

Toda la energía acumulada regresó de golpe.

—Cien por cien.

El núcleo estalló en una explosión cegadora de luz.

Clea salió despedida.

No supo cuánto tiempo pasó.

Quizá un segundo.

Quizá más.

Cuando abrió los ojos, el espacio de procesamiento seguía allí, pero había cambiado. Las venas negras se habían retirado de las paredes. Los anillos rotos giraban más despacio. Las líneas blancas del suelo volvían a moverse con un ritmo estable.

La sobrecarga había terminado.

La red no había colapsado.

RAM estaba de rodillas a unos metros de ella.

Su armadura ya no brillaba. Varias placas flotantes yacían rotas a su alrededor. El visor azul estaba apagado.

Clea se arrastró hasta él.

—RAM.

No hubo respuesta.

—RAM, mírame.

Nada.

Clea apoyó una mano temblorosa sobre su hombro. El cuerpo del caballero digital seguía allí, sólido, inmóvil, demasiado pesado para algo hecho de luz y código.

—No —susurró—. No, no, no...

Buscó el núcleo azul en su pecho.

Estaba apagado.

Clea sintió que algo se le rompía por dentro.

—¡RAM, responde!

Golpeó una vez la placa central de su armadura. No con fuerza suficiente para dañarlo, sino con la desesperación absurda de quien necesita que algo, cualquier cosa, reaccione.

Nada.

Su interfaz parpadeó.

CONEXIÓN INESTABLE.

Clea ignoró el aviso.

Apoyó ambas manos sobre el pecho de RAM, justo donde antes latía aquella luz azul, y canalizó un pulso verde desde su propia conexión.

El aro de energía se abrió entre sus dedos.

Entró en el núcleo de RAM.

Y desapareció.

No hubo respuesta.

—Vamos... —dijo Clea, con la voz rota—. Vamos, por favor.

Lanzó otro pulso.

Su avatar parpadeó de inmediato. Las líneas verdes de su traje perdieron intensidad y el borde de sus manos se volvió translúcido durante un segundo.

CONEXIÓN CRÍTICA.

Clea volvió a ignorarlo.

Hoy había visto caer a Patch. Había visto desaparecer a Kernel, a Lynx y a Ghost Vector. Todos habían sostenido una ruta, una barrera o una salida para que ella siguiera avanzando.

RAM también.

Y ella no pensaba quedarse mirando cómo se apagaba.

—No voy a dejarte aquí —susurró.

Junto las manos sobre el núcleo apagado de RAM y descargó otra vez su energía verde.

Nada.

El visor siguió oscuro.

La armadura no se movió.

Clea tragó saliva. Su visión se distorsionó, no por lágrimas exactamente, sino porque su propia interfaz empezaba a romper la imagen en fragmentos. El sistema estaba a punto de expulsarla.

CONEXIÓN EN COLAPSO.

Solo le quedaba un intento.

Lo sabía.

Si agotaba el resto de su energía, su enlace se cortaría. Saldría despedida del sistema igual que los demás. No sabría si había funcionado. No sabría si RAM volvería a encenderse. Quizá no volvería a verlo.

Clea cerró los ojos.

—Apenas te conozco —susurró—, pero siento como si llevara toda la vida buscándote.

Apoyó la frente contra el casco apagado de RAM.

—Así que vuelve, ¿vale?

El aro verde se encendió por última vez.

Más brillante.

Más inestable.

Más vivo.

Clea dejó que toda la energía que le quedaba pasara de su conexión al núcleo apagado de RAM.

El mundo digital se quebró a su alrededor.

La Torre desapareció.

La luz verde se apagó.

Y Clea cayó fuera del sistema.

CAPÍTULO 14

Reconexión



Clea cayó fuera del sistema como si alguien hubiera cortado el suelo bajo sus pies.

Durante unos segundos no hubo Torre, ni núcleo, ni luz verde. Solo oscuridad, ruido en los auriculares y una presión dolorosa detrás de los ojos.

Después, su habitación volvió poco a poco.

El escritorio.

El monitor.

Los cables.

El pequeño router modificado parpadeando junto al ordenador.

Clea se quitó el casco de realidad virtual con las manos temblando. El aire real le pareció demasiado frío. Demasiado quieto. Se quedó inclinada sobre la mesa, respirando con dificultad, mientras su interfaz básica intentaba cerrar procesos que ya no respondían.

En la pantalla principal aparecían varias ventanas abiertas.

La videollamada de BitGuard seguía activa.

El chat estaba lleno de mensajes.

Kernel: ¿Clea?

Lynx: RESPONDE.

Patch: Clea, venga.

Patch: No me hagas esto.

Ghost Vector: Su conexión sigue inestable.

Kernel: No intentéis reconectar. El sistema rechaza cualquier acceso.

Lynx: Me da igual.

Kernel: Lynx. No.

Clea parpadeó varias veces.

No sabía cuánto tiempo había pasado.

Quizá segundos.

Quizá minutos.

Le dolía todo el cuerpo, aunque nada de aquello hubiera sido físico. Tenía la garganta seca, los dedos entumecidos y una sensación extraña en el pecho, como si una parte de ella siguiera buscando el núcleo azul de RAM bajo las manos.

RAM.

El recuerdo llegó con tanta fuerza que tuvo que cerrar los ojos.

El visor apagado.

El cuerpo inmóvil.

La última descarga verde.

La caída.

No sabía si había funcionado.

No sabía si lo había salvado.

No sabía si acababa de perderlo justo después de encontrarlo.

El ordenador emitió un sonido agudo.

Su conexión regresó a la videollamada.

Las cámaras se activaron casi al mismo tiempo.

—¡Clea! —gritó Lynx.

Patch apareció en pantalla un segundo después. Estaba despeinado, pálido y demasiado cerca de la cámara.

—¡Estás viva!

Clea se quedó mirándolo.

Durante un instante no pudo decir nada.

Patch estaba allí.

Fuera de la Torre.

Fuera del escudo.

Fuera de aquel destello blanco que lo había deshecho frente a sus ojos.

Estaba allí.

Hablando.

Moviéndose.

Vivo.

La emoción la golpeó de forma tan brusca que casi se le quebró la voz.

—Patch...

Él intentó sonreír, pero la sonrisa le salió torcida.

—Sí. Soy yo. Entero, más o menos. Me duele hasta el avatar que ya no tengo, pero estoy aquí.

Clea soltó una risa pequeña, rota, casi mezclada con un sollozo.

—Pensé que...

—Ya —dijo Patch, más bajo—. Yo también pensé unas cuantas cosas bastante feas.

Lynx se inclinó hacia la cámara.

—Todos estamos fuera. Kernel, Ghost, Patch y yo. El sistema nos expulsó uno detrás de otro.

Ghost Vector habló desde su canal de audio.

—Expulsión forzada. Conexiones interrumpidas, pero no dañadas de forma permanente.

—Traducción —dijo Lynx—: seguimos vivos.

Kernel apareció en pantalla. Su expresión seguía siendo seria, pero Clea vio el alivio en la forma en que soltó el aire antes de hablar.

—Intentamos volver a entrar en cuanto nos recuperamos.

Clea levantó la mirada.

—¿Y?

—No nos dejó —dijo Kernel—. La cuarentena se cerró por completo. Ningún acceso externo fue aceptado. Ni siquiera nuestras firmas residuales.

Patch levantó una mano.

—Lo intentamos todos. Bueno, yo lo intenté dos veces, luego Kernel me gritó y luego Lynx lo intentó tres veces más.

—Porque Kernel grita mucho —dijo Lynx.

—Porque estabais intentando entrar en un sistema colapsado —respondió Kernel.

—Detalles.

Clea intentó sonreír, pero no le salió del todo.

Kernel la observó con atención.

—Tú seguiste dentro más tiempo que nadie.

La frase dejó un silencio raro.

Clea bajó la vista hacia sus manos. Ya no brillaban. No había aro verde, ni costura, ni energía que entregar. Solo sus dedos apoyados sobre la mesa, todavía temblando.

—Llegué al núcleo central —dijo al fin.

Nadie interrumpió.

—La entidad que controlaba la Torre estaba allí. No era solo malware. Era... otra cosa. Una presencia incompleta. Quería salir de la cuarentena usando una conexión externa.

Patch tragó saliva.

—Como la tuya.

Clea asintió.

—Como la mía.

Kernel se inclinó hacia la pantalla.

—¿La eliminaste?

Clea pensó en la esfera oscura. En la sobrecarga. En la luz blanca devorando la corrupción. En aquel último estallido que lo había cubierto todo.

No pensó en la astilla negra.

No quería pensar en ella.

No ahora.

—El núcleo se estabilizó —dijo—. La sobrecarga se detuvo. La red no colapsó.

Kernel no pareció del todo satisfecho, pero aceptó la respuesta por ahora.

—Los datos externos coinciden. La red satelital ha recuperado rutas. La cuarentena sigue activa, pero ya no está en estado crítico.

—Entonces ganamos —dijo Patch.

Clea lo miró.

Quiso decir que sí.

Quiso creerlo.

Y, en parte, lo creía.

—Eso parece.

Ghost Vector guardó silencio unos segundos antes de hablar.

—Antes de ser expulsado detecté una segunda firma.

Clea se quedó inmóvil.

Kernel asintió lentamente.

—Yo también. Código blanco. No invasivo. Estaba corrigiendo capas dañadas.

Lynx frunció el ceño.

—¿Otra defensa del sistema?

—No lo sé —respondió Kernel—. No coincidía con nada de la Torre.

Patch se pasó una mano por la cara.

—Genial. O sea, además de una entidad corrupta encerrada en una red satelital, había otra cosa dentro.

—No necesariamente hostil —dijo Ghost Vector.

Kernel miró a Clea a través de la pantalla.

—¿Tú la viste?

La pregunta quedó suspendida en el aire.

Clea recordó la armadura blanca. La espada de luz. El núcleo apagado bajo sus manos.

RAM.

Apenas te conozco, pero siento como si llevara toda la vida buscándote.

Bajó la mirada un instante.

—Vi muchas cosas ahí dentro —dijo al fin—. El núcleo estaba colapsando. Todo era ruido, corrupción y luz.

No era una mentira.

No del todo.

Kernel la observó durante unos segundos.

Quizá sospechaba que había algo más.

Quizá simplemente estaba demasiado cansado para insistir.

—De acuerdo —dijo al fin—. Lo dejaremos para el informe.

Patch soltó una risa débil.

—¿Informe? Yo pensaba titularlo: “Nunca más”.

Lynx apoyó la barbilla en una mano.

—Demasiado optimista. Siempre acabamos volviendo.

—Entonces “Nunca más, hasta la próxima” —corrigió Patch.

Clea sonrió apenas.

Esta vez sí.

Poco.

Pero fue real.

Durante unos minutos hablaron de cosas prácticas: registros dañados, informes incompletos, contactos de seguridad, ventanas de conexión que habían quedado inutilizadas. Kernel intentaba ordenar lo que podían demostrar. Ghost Vector comparaba trazas. Lynx se quejaba de que su avatar felino había quedado “hecho un desastre”. Patch repetía cada pocos segundos que seguía vivo, como si necesitara convencerse a sí mismo tanto como a los demás.

Clea escuchaba.

Respondía cuando tenía que responder.

Pero una parte de ella seguía en otro lugar.

En un espacio negro atravesado por líneas blancas.

En una figura de armadura rota.

En un núcleo azul apagado.

Patch volvió a inclinarse hacia la cámara.

—Eh, Clea.

Ella levantó la vista.

—¿Sí?

—Gracias por seguir ahí dentro cuando nosotros ya no podíamos. Clea sintió que las palabras le dolían más de lo que deberían.

—Seguí allí dentro gracias a vosotros —dijo.

Patch sonrió con suavidad.

—Ya. Pero fuiste tú quien llegó hasta el final.

Clea bajó la mirada.

—Sí.

No dijo nada más.

No habló de RAM.

No habló de la última descarga.

No habló de la chispa negra que tal vez había escapado mientras ella intentaba salvarlo.

No podía.

Todavía no.

La llamada siguió unos minutos más, pero Clea apenas recordaría después lo que dijeron. Cuando por fin se desconectó, su habitación volvió a quedarse en silencio.

Esta vez, el silencio no era tranquilo.

Era enorme.

Clea apoyó el casco sobre la mesa y miró la pantalla apagada.

Durante un instante creyó ver una línea blanca reflejada en el cristal del monitor.

Fina.

Limpia.

Casi quirúrgica.

Parpadeó.

No había nada.

Solo su propio reflejo, cansado y pálido, mirándola desde la oscuridad de la pantalla.

Clea cerró los ojos.

—Vuelve —susurró.

Nadie respondió.

CAPÍTULO 15

Informe clasificado



La sala no tenía ventanas.

No porque estuviera bajo tierra, aunque lo estaba.

No porque alguien quisiera ocultar la ubicación, aunque también.

La sala no tenía ventanas porque todo lo que importaba allí dentro ocurría en pantallas, informes cifrados y mapas de redes que solo existían en servidores secretos de alta seguridad.

En el centro de la mesa flotaba una reconstrucción holográfica parcial del incidente: la red satelital europea, la activación de la cuarentena, los nodos afectados y el núcleo de la Torre estabilizándose después del colapso. Las rutas principales volvían a aparecer en verde, una a una, como venas recuperando el pulso después de una operación demasiado larga.

Alrededor de la mesa había siete personas.

Ninguna llevaba uniforme.

Eso no las hacía menos peligrosas.

—El informe preliminar confirma que la red se ha estabilizado —dijo un hombre de pelo gris, sentado al extremo de la mesa—. Las rutas críticas han sido recuperadas y la cuarentena sigue activa en estado de vigilancia.

—¿Daños permanentes? —preguntó una mujer con gafas oscuras.

—Menores, comparados con el escenario previsto.

Otro de los presentes, más joven, deslizó varios documentos sobre la mesa holográfica. Los archivos digitales aparecieron en el aire, marcados con sellos rojos de acceso restringido.

—El escenario previsto era el colapso parcial de la infraestructura satelital. Comunicaciones interrumpidas, navegación degradada, servicios de emergencia obligados a migrar a rutas secundarias y una ventana de caos de entre seis y doce horas.

—Y no ocurrió —dijo alguien.

—No —respondió el hombre de pelo gris—. No ocurrió.

La reconstrucción cambió.

Cinco firmas aparecieron dentro de la Torre.

Roja.

Dorada.

Azul.

Verde.

Y una quinta, más inestable, marcada con pequeños destellos multicolor.

La mujer sentada al fondo de la sala no había hablado todavía. Tenía una carpeta cerrada frente a ella, las manos entrelazadas sobre la mesa y el rostro sereno de quien llevaba demasiado tiempo obligándose a parecer tranquila.

Cuando vio la firma verde, no apartó la mirada.

—BitGuard —dijo el hombre más joven—. Cinco operadores no oficiales. Acceso autorizado. Intervención efectiva.

La mujer del fondo levantó la vista.

—Autorizado de forma indirecta.

El hombre joven no respondió.

Fue el de pelo gris quien lo hizo.

—Recibieron una alerta canalizada a través de un contacto de confianza. No se les ordenó intervenir.

—Pero sabíamos que lo harían.

La frase dejó la sala más fría.

En la reconstrucción, las cinco firmas atravesaron el firewall. Después, la quinta se apagó. Más tarde, las otras tres fueron expulsadas del sistema. Solo la verde permaneció dentro hasta el final.

—BitGuard ha demostrado iniciativa en operaciones anteriores —dijo la mujer de gafas oscuras—. Precisamente por eso figuraban como activo de respuesta no convencional.

La mujer del fondo apretó los dedos sobre la carpeta.

—No son un activo.

—No he dicho que sean propiedad de nadie.

—Pero sí que los estáis tratando como recursos disponibles.

El hombre de pelo gris apoyó las manos sobre la mesa.

—La ventana de intervención era mínima. La entrada de equipos oficiales habría elevado el incidente a categoría pública: alarma social, presión política, pérdida de confianza en la red satelital y demasiadas preguntas

sin respuesta. BitGuard ya estaba en posición, tenía capacidad inmersiva y experiencia en entornos hostiles.

—Son chicos.

—Son operadores capaces.

—Son demasiado jóvenes —replicó ella.

Nadie respondió de inmediato.

En la mesa, la firma verde se amplió. Junto a ella aparecieron varios indicadores: tiempo de conexión, estrés del enlace, permanencia en núcleo, exposición a corrupción, recuperación de rutas, anomalías de comportamiento.

—La operadora verde permaneció conectada más tiempo que cualquier otro usuario registrado —dijo el hombre joven—. Localizó rutas no previstas, rompió una evaluación interna y abrió una vía de descarga durante la sobrecarga del núcleo. Su patrón de intervención no coincide con protocolos convencionales.

—Porque no es un protocolo —dijo la mujer del fondo—. Es una persona.

La mujer de gafas oscuras cruzó los brazos.

—El incidente confirma algo que llevamos años discutiendo. Las amenazas ya no se resuelven solo desde fuera. Hay sistemas que no pueden defenderse con informes, cortafuegos remotos o equipos mirando una pantalla.

El mapa de la Torre giró lentamente sobre la mesa.

—Algunas crisis tendrán que resolverse desde dentro —añadió el hombre joven—. En el ciberespacio profundo. En lo que algunos ya llaman el Reino Digital.

La expresión quedó suspendida en el aire.

Al principio había sido una metáfora: una forma de hablar de entornos virtuales complejos, redes inmersivas y arquitecturas digitales navegables.

Pero cada vez lo era menos.

El Reino Digital ya no era solo una idea.

Era un lugar donde se podía entrar.

Un lugar donde se podía luchar.

Un lugar donde se podía perder algo real.

—Entonces necesitamos preparar a los mejores —dijo la mujer de gafas oscuras—. Antes de que lo hagan otros.

—Otros ya lo están haciendo —respondió el hombre de pelo gris.

La reconstrucción cambió otra vez.

Aparecieron conexiones ocultas. Rutas enmascaradas. Servidores privados sin identificación pública. Paquetes desviados hacia redes corporativas que no figuraban en ningún registro oficial.

—Hay corporaciones con intereses en infraestructuras críticas, inteligencia artificial autónoma, entornos inmersivos y seguridad ofensiva —continuó él—. Algunas juegan dentro de la ley. Otras no. Y algunas están aprendiendo a moverse en zonas que todavía no sabemos regular.

—Intereses ocultos —dijo la mujer del fondo.

—Intereses estratégicos —corrigió la de gafas oscuras.

—Siniestros —dijo ella.

Nadie corrigió esa palabra.

El hombre joven activó otro archivo. En él no aparecía Black Vector como nombre, sino una designación incompleta:

ENTIDAD HOSTIL / ORIGEN CONFINAMIENTO / ESTADO: NEUTRALIZACIÓN NO VERIFICABLE.

—Seguimos sin saber quién abrió el canal con la bóveda de confinamiento —dijo—. Pudo ser un fallo técnico. Pudo ser negligencia. O pudo ser deliberado.

—Fue deliberado —dijo la mujer del fondo.

Todos la miraron.

Ella no retiró la vista del informe.

—Nadie mantiene abierto un canal no seguro con una bóveda de malware de alta peligrosidad por accidente. No durante tanto tiempo. No con esa arquitectura.

El hombre de pelo gris no la contradijo.

—Estamos investigándolo.

—Investigad más deprisa.

En la mesa, la firma verde parpadeó una vez y desapareció de la reconstrucción.

La mujer del fondo cerró la mano sobre la carpeta.

—No son armas.

El hombre joven frunció el ceño.

—Nadie ha usado esa palabra.

—Pero algunos la estaban pensando.

La mujer de gafas oscuras se inclinó hacia delante.

—Son prometedores. Eso no puede ignorarse.

—Prometedor no significa disponible.

—Si amenazas como esta vuelven a aparecer, necesitaremos operadores capaces de entrar en el Reino Digital y actuar bajo presión extrema.

—Entonces formemos equipos responsables. Preparemos adultos. No utilicemos adolescentes como primera línea de respuesta.

—No estaban solos.

La mujer del fondo levantó la mirada.

—Estaban solos donde importaba.

Aquella frase sí dejó huella.

Durante unos segundos, solo se escuchó el zumbido bajo de los servidores ocultos tras las paredes.

El hombre de pelo gris cerró el informe principal.

—BitGuard no será contactado de forma directa. No todavía.

—Bien —dijo la mujer.

—Pero seguirán siendo observados.

Ella no respondió.

—Y si vuelven a intervenir en una amenaza de esta escala —continuó él—, necesitaremos saber si debemos apartarlos... o prepararlos.

La mujer se levantó despacio.

—Sobrevivir no es lo mismo que estar preparados.

El hombre de pelo gris la siguió con la mirada.

—¿Y cuál es su recomendación?

Ella miró una última vez el informe suspendido sobre la mesa.

En la primera página aparecía la lista de alias registrados durante la operación.

KERNEL.

LYNX.

GHOST VECTOR.

PATCH.

CLEA.

La mujer mantuvo los ojos sobre el último nombre un segundo más de lo necesario.

Después cerró la carpeta.

—Que dejemos de hablar de ellos como si fueran piezas en un tablero.

Nadie dijo nada.

—Y que averigüemos quién movió la primera pieza antes de que vuelva a hacerlo.

La puerta de la sala se abrió sin hacer ruido.

Antes de salir, la mujer se detuvo en el umbral.

—Porque la próxima vez puede que no haya una niña de catorce años dispuesta a salvarnos de nuestras propias decisiones.

La puerta se cerró tras ella.

En la mesa, el informe clasificado quedó suspendido unos segundos más.

Luego el sistema lo archivó bajo una etiqueta provisional:

OPERACIÓN NIVEL 5.

ESTADO: RESUELTA.

RIESGO RESIDUAL: DESCONOCIDO.



EPÍLOGO



La red no tenía nombre público.

No aparecía en registros comerciales, no figuraba en mapas de infraestructura y no aceptaba conexiones desde ningún punto visible de Internet. Sus servidores estaban repartidos en distintas ubicaciones, ocultos detrás de capas de empresas pantalla, contratos de investigación y nodos privados que cambiaban de ruta cada pocas horas.

Era una red pequeña.

Privada.

Hambrienta.

En una sala iluminada solo por el resplandor de varios monitores, una mujer observaba una gráfica de tráfico que no debería estar allí.

—Tenemos señal residual —dijo.

El hombre sentado al otro lado de la mesa no levantó la vista de su terminal.

—Define residual.

—Código corrupto procedente de la red satelital europea. Tamaño mínimo. Integridad baja. Pero sigue activo.

El hombre dejó de teclear.

—¿La entidad?

La mujer no respondió de inmediato. Amplió la señal en la pantalla. Al principio parecía ruido: un fragmento negro, comprimido, dañado por capas de luz blanca que aún lo quemaban desde dentro. Pero, bajo aquella estructura casi destruida, había un patrón.

Débil.

Incompleto.

Vivo.

—No toda —dijo al fin—. Un fragmento.

El hombre se levantó despacio.

—Aíslalo.

—Ya lo he hecho.

—No. Aíslalo de verdad.

La mujer deslizó varios comandos sobre la interfaz. Un contenedor virtual se cerró alrededor de la señal. Después otro. Y otro más. La sala permaneció en silencio mientras el fragmento negro golpeaba las paredes de su nueva prisión con impulsos cada vez más débiles.

Entonces apareció una línea de texto.

NO SOY VUESTRO OBJETO DE ESTUDIO.

La mujer retiró las manos del teclado.

El hombre sonrió apenas.

—Bienvenido de vuelta.

Durante unos segundos no ocurrió nada.

Después, el texto cambió.

ME ABRISTEIS UNA PUERTA DEFECTUOSA.

—Te dimos una oportunidad —respondió el hombre.

LA OPORTUNIDAD ERA INSUFICIENTE.

—El objetivo era provocar el colapso de la red satelital. No lo lograste.

El fragmento negro se expandió contra las paredes del contenedor. Durante un instante, los monitores mostraron una sombra sin cuerpo y dos ojos rojos demasiado grandes para el espacio que ocupaban. Luego la imagen se contrajo otra vez, reducida a código dañado.

FUI INTERRUMPIDO.

—Por unos chicos.

El silencio que siguió fue largo.

La mujer miró al hombre, incómoda.

El texto apareció más despacio.

POR UNA VARIABLE.

El hombre cruzó los brazos.

—La operadora verde.

La señal residual vibró dentro del contenedor.

Y POR UN REGISTRO DEL PASADO QUE CREÍAN DESTRUIDO.

El hombre no dijo nada.

La mujer amplió otro panel.

—Su integridad cae cada minuto. Si no lo estabilizamos, se perderá.

—Entonces estabilízalo.

Ella lo miró.

—No sabemos qué parte ha conservado.

—Ha conservado odio. Para empezar, es suficiente.

El fragmento negro volvió a moverse.

NO CAMBLARÉ UNA JAULA POR OTRA.

El hombre se inclinó hacia la pantalla.

—No te confundas. No te hemos rescatado por compasión.

Lo que quedaba de la sombra guardó silencio.

—Nosotros abrimos el canal con la bóveda —continuó él—. Nosotros facilitamos la brecha. Y nosotros podemos darte otra cosa que ahora mismo no tienes.

El contenedor tembló.

UN CUERPO.

El hombre sonrió.

—Una forma.

Los ojos rojos reaparecieron en la pantalla, más pequeños que antes, pero cargados de una furia antigua.

La mujer bajó la voz.

—Si lo reconstruimos demasiado deprisa, puede escapar del contenedor.

—No lo reconstruiremos demasiado deprisa —dijo el hombre—. Lo reconstruiremos lo justo.

El fragmento negro dejó de golpear las paredes virtuales.

Por primera vez desde que había llegado, pareció escuchar.

El hombre apagó varios monitores y dejó encendido solo el principal.

—El incidente ha terminado oficialmente. La red satelital se ha estabilizado. La amenaza ha sido neutralizada. Todo el mundo querrá creerlo.

Los ojos rojos parpadearon.

—Que lo crean —dijo el hombre.

La sombra residual respondió con una frase única, escrita en letras negras sobre fondo blanco.

POR AHORA.



El viernes siguiente fue sorprendentemente normal.

Después de todo lo ocurrido durante el incidente Nivel 5, Clea había esperado que algo extraño sucediera: nuevas alertas en la red, mensajes urgentes de BitGuard o incluso algún rastro del misterioso Black Vector. Pero nada de eso ocurrió.

El instituto volvió a llenarse de conversaciones sobre deberes, partidos de fútbol y series que todo el mundo parecía estar viendo al mismo tiempo. Durante la clase de matemáticas, Clea se descubrió mirando por la ventana mientras el profesor explicaba ecuaciones que ella ya había resuelto mentalmente mucho antes de que terminara de escribirlas en la pizarra.

El mundo seguía funcionando como siempre.

Y eso era lo más extraño de todo.

Aquella tarde regresó a casa con la sensación de haber vivido algo que nadie más alrededor parecía recordar. Dejó la mochila en el suelo de su habitación y encendió el ordenador casi por costumbre.

El chat de BitGuard tenía mensajes nuevos.

Patch: Informe médico: sigo sin estar muerto.

Lynx: Qué decepción.

Patch: Gracias por tu apoyo emocional.

Ghost Vector: La existencia de Patch sigue confirmada.

Patch: Por fin alguien serio.

Kernel: Centraos.

Patch: También confirma que Kernel sigue siendo Kernel.

Clea sonrió.

Todos estaban allí.

Patch estaba allí.

Eso seguía pareciéndole más importante de lo que sabía explicar.

Revisó rápidamente los canales del equipo. BitGuard continuaba investigando posibles pistas sobre los hackers que habían participado en el ataque a la red satelital, pero hasta el momento nadie había conseguido descubrir nada nuevo sobre el alias que Clea había visto en el núcleo.

Black Vector.

Se quedó mirando el nombre unos segundos.

Luego cerró la ventana.

Aún no había contado a nadie todo lo ocurrido dentro del corazón de la Torre. No había hablado de la armadura de datos, ni de la espada formada por secciones de código vivo, ni del caballero que había aparecido atravesando una grieta en el flujo de la red.

No estaba segura de por qué había decidido guardarse aquella parte de la historia.

Tal vez porque ni siquiera ella misma terminaba de entenderla.

O tal vez porque decirlo en voz alta habría hecho más real la posibilidad de haberlo perdido.

Había buscado su firma durante días.

La primera noche, apenas pudo mantenerse despierta, pero aun así revisó los registros residuales de la Torre hasta que los ojos le ardieron.

La segunda, rastreó paquetes corregidos en los bordes de la red satelital.

La tercera, analizó cualquier línea blanca que apareciera en sus capturas, aunque casi siempre resultaba ser ruido, reflejos de seguridad o procesos automáticos del sistema.

Nada.

Ni una señal.

Ni un pulso.

Ni una respuesta.

La cuarta noche dejó de buscar.

La quinta volvió a hacerlo.

Después empezó a decirse que quizá era mejor así. Que quizá RAM había cumplido su función, había salvado el sistema y se había apagado como él mismo había estado dispuesto a hacer desde el principio.

Pero cada vez que pensaba eso, recordaba el núcleo azul bajo sus manos.

Y volvía a buscar.

Aquella noche, el ordenador emitió un pequeño sonido.

Clea levantó la vista.

Una nueva ventana había aparecido en la pantalla. No pertenecía a ninguno de los programas que tenía abiertos. Parecía una consola de comandos: fondo negro, cursor parpadeante y una única línea de texto esperando instrucciones.

Pero Clea no la había abierto.

Durante unos segundos no ocurrió nada.

Entonces aparecieron unas palabras.

RAM: Hola, Clea.

Clea parpadeó.

El corazón le dio un golpe contra el pecho.

No se movió al principio, como si cualquier gesto brusco pudiera borrar aquella frase de la pantalla.

—RAM —susurró.

El cursor parpadeó.

RAM: Confirmación parcial.

Clea sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—¿Parcial?

La respuesta tardó más que la anterior.

RAM: Estado operativo incompleto. Integridad estructural no recuperada. Comunicación textual disponible.

Clea tragó saliva.

—Pero estás aquí.

El cursor permaneció inmóvil durante unos segundos.

RAM: Estoy aquí.

Clea soltó el aire que no sabía que estaba conteniendo.

Se acercó al teclado con las manos temblando.

Te he buscado, escribió.

La respuesta no llegó de inmediato.

Durante unos instantes, la pantalla permaneció en silencio. Clea sintió que el miedo regresaba con la misma rapidez con la que había llegado la esperanza.

Entonces apareció una nueva línea.

RAM: Yo también.

Clea se quedó mirando aquellas dos palabras.

No eran técnicas.

No eran frías.

No sonaban como una corrección de sistema.

—¿Por qué ahora? —preguntó en voz baja, aunque sabía que tenía que escribirlo.

Tecléo:

¿Por qué has aparecido ahora?

La respuesta tardó todavía más.

RAM: Mis registros están fragmentados. He reconstruido rutas básicas. He recuperado funciones mínimas de comunicación. Gran parte del incidente permanece incompleta.

Otra pausa.

RAM: Pero había un dato estable. Persistente.

Clea apenas respiraba.

¿Cuál?

RAM: Tú.

La habitación pareció quedarse quieta.

RAM: No recuerdo todo. No recuerdo el orden correcto de los sucesos. No recuerdo cuánto perdí.

El cursor parpadeó.

RAM: Pero recordaba que tenía que encontrarte.

Clea se tapó la boca con una mano.

No sabía si reír o llorar.

Hizo ambas cosas un poco.

—Idiota —murmuró, aunque la palabra salió cargada de alivio.

RAM: Diagnóstico incorrecto. Dañado. No idiota.

Clea soltó una risa rota.

—Eso sí que es muy tuyo.

RAM: No dispongo de referencia suficiente para validar esa afirmación.

—Créeme.

RAM: Aceptable.

Clea cerró los ojos un instante.

Durante una semana había intentado convencerse de que todo había terminado. De que el mundo había seguido adelante. De que algunas pérdidas, incluso las imposibles, había que aceptarlas.

Pero allí estaba.

Una línea de texto en una pantalla.

Una voz sin sonido.

Una presencia que había encontrado el camino de vuelta hasta ella con la memoria rota y el sistema hecho pedazos.

Clea apoyó los dedos sobre el teclado.

Me alegro de que estés aquí.

La respuesta llegó despacio.

RAM: Tu presencia genera una respuesta positiva en mis sistemas.

Clea sonrió entre lágrimas.

Eso hay que trabajarlo, escribió.

El cursor parpadeó.

RAM: Me alegra que estés aquí.

Clea se quedó mirando la frase.

Durante un segundo no supo si RAM había elegido aquellas palabras porque las entendía o porque las había reconstruido de algún fragmento perdido.

Luego escribió:

Eso está mejor.

Fuera de su habitación, la casa seguía en silencio. En la calle, los coches pasaban como cualquier otro viernes. En algún lugar de la ciudad, la gente hablaba de deberes, de fútbol, de series y de planes para el fin de semana, sin saber que algo imposible acababa de volver a encenderse en una pantalla.

Clea miró el casco de realidad virtual.

Luego el guante háptico.

Luego la línea de texto.

—¿Estás bien? —susurró.

RAM tardó unos segundos en responder.

RAM: No completamente. Mi forma anterior no está disponible.

Clea asintió despacio.

No pasa nada, escribió.

Podemos empezar por ahí.

La pantalla quedó en silencio.

Después apareció una línea blanca. Fina, limpia, casi quirúrgica. No era una palabra ni un comando. Era solo un trazo de luz atravesando la oscuridad del monitor.

Como una promesa.

RAM: Empezaremos por ahí.

Clea se rió en voz baja.

Y, por primera vez desde aquella noche en la Torre, tuvo la sensación de que algo muy importante no había terminado.

Acababa de empezar.

FIN





Sobre el autor

Eduardo Díaz-Guijarro Román es el creador del universo CLEA, una serie que combina tecnología, aventura y valores como la amistad y el pensamiento crítico.

Con una trayectoria vinculada a la programación y el diseño, y una fuerte conexión con el mundo de los juegos de rol y los videojuegos, comenzó este proyecto con la idea de acercar el hacking ético a un público joven y abordar los problemas que la tecnología puede generar en su entorno.

Clea: Operación Zero Bullying es su primera obra dentro de este universo.

— *Eduardo Díaz-Guijarro Román*
(*The Red Wizard*)

Sobre el ilustrador

Las ilustraciones de este libro han sido creadas por el propio autor bajo el pseudónimo Misthalas.

Su estilo combina elementos tecnológicos y estéticos contemporáneos, apoyándose en herramientas digitales y nuevas tecnologías para dar vida al universo visual de CLEA y RAM.

Además de su labor como escritor e ilustrador, Eduardo Díaz-Guijarro Román ha colaborado y colabora con la editorial de juegos de rol Ediciones Sombra, una influencia presente en su forma de construir mundos y narrativas.

El universo de CLEA y RAM

El universo de CLEA comienza aquí, con el incidente Nivel 5.

Antes de los casos públicos, antes de que Clea se enfrentara a amenazas digitales capaces de cruzar la pantalla, hubo una primera puerta: una red satelital comprometida, una torre imposible y una entidad atrapada en una bóveda de confinamiento.

En esta historia, Clea descubre que el Reino Digital no es solo una metáfora. Es un lugar donde se puede entrar, luchar, perder... y encontrar aliados que nadie esperaba.

Junto a BitGuard —Kernel, Lynx, Ghost Vector y Patch—, Clea da sus primeros pasos en un mundo donde la tecnología puede ser herramienta, amenaza y refugio.

Pero este es solo el primer paso dentro del universo.

En Clea: Operación Zero Bullying, Clea se enfrentará a un peligro mucho más cercano: el acoso, las redes sociales y las consecuencias reales de lo que ocurre detrás de una pantalla.

Y, en paralelo, RAM seguirá buscando respuestas sobre su pasado, su identidad y el propósito para el que fue creado.

Dos caminos. Un mismo origen.

Esto no termina aquí.

Empieza aquí.

LA HISTORIA CONTINÚA



Después de Nivel 5,
Clea vuelve en su primera novela.

Operación Zero Bullying

(Disponible en formato digital y tapa blanda)

Más información en cleatheethicalhacker.com



PRÓXIMAMENTE

Un nuevo juego. Un torneo imposible. Una oportunidad única.

Cuando un misterioso videojuego comienza a captar la atención de los mejores jugadores del mundo, Clea sospecha que hay algo más detrás de la competición.

Y esta vez, el peligro no está solo en la red.

Continuará...





Tu opinión es importante

Queremos saber lo que piensas sobre CLEA y sus aventuras.

Por favor, deja tu reseña sobre esta historia.

SIGUE A CLEA EN REDES



cleatheethicalhacker.com



cleatheethicalhacker@gmail.com



[@cleaWhiteHacker](https://twitter.com/cleaWhiteHacker)



[@cleatheethicalhacker](https://www.instagram.com/cleatheethicalhacker)



[CleaTheEthicalHacker](https://www.facebook.com/CleaTheEthicalHacker)



Antes de Operación Zero Bullying,
hubo una primera alerta.

Cuando **BitGuard** detecta una anomalía en una red satelital europea, Clea y su equipo entran en el sistema para investigar lo que parece una amenaza digital de máximo nivel.

Pero dentro de la red les espera algo que no se comporta como un virus. Algo que observa, aprende y convierte las defensas del sistema en armas.

Separada de sus compañeros y atrapada en la Torre de Control, Clea descubrirá que el Reino Digital es mucho más real de lo que imaginaba.

Y que, en medio de la oscuridad,
una señal blanca sigue resistiendo.

Toda historia tiene un comienzo.
Este es Nivel 5

CLEA
THE ETHICAL HACKER

MARVEL
SIN FILTRO

